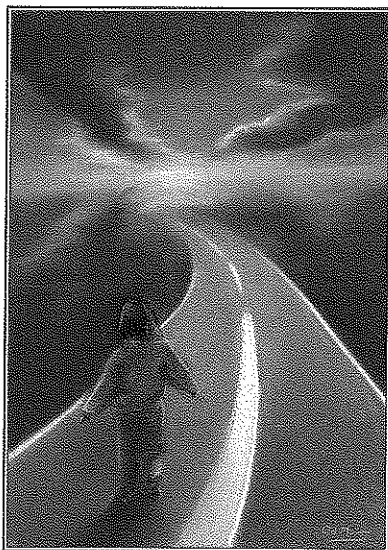


Celia Álvarez Fresno

Desde el V Viento



Palabra de Autor

ÍNDICE

CAPÍTULO I	9
CAPÍTULO II	61
CAPÍTULO III	69
CAPÍTULO IV	91
CAÍTULO V	117

Dedico este libro a mis hijos, jóvenes hoy

Otis vive con todos los que viven, y como el viento se filtra entre las historias cotidianas de la vida. Tal vez no le escuches; quizás sí, pero Él está vivo, y ríe con tu risa y llora con tu llanto. Todos se preguntan ¿quién es?, y sólo cuando se escucha al corazón, se encuentra la respuesta.

«Cansado está el monte de ver pasar el río.
El río pasa, se mueve, hace ruido y no
repara en la existencia del monte, que es
de donde viene el río».

«Ríos que todos vais a un cauce unidos más tarde en la inmensidad, no vayáis presumiendo de lo blanco o lo oscuro que habita en vuestras aguas, ya que mañana todos seréis uno».

«Montaña, tú, elevada sobre el entorno, alberga también a todo aquel que desea vivir en ti».

«¿Reconoces la diferencia entre el monte y el río».

«El río busca. El monte no».

«El río se mueve. El monte no. Pero el monte hace posible el nacimiento del río».

CAPÍTULO	

Y en aquel valle, verde como la hoja del cerezo en primavera, surgía la flor, encuadrada en un marco de vida que amanece.

● Ambiente de festiva claridad y un gozo al viento ante el canto del ave y el susurro del agua que frota a su paso la desgastada piedra.

● Intensidad en el color que dibuja formas en las distintas formas de las flores que nacen.

● Aquel jilguero expresa con su sonido la alegría ante la vida, y en el suelo yace, medio arrinconado entre la hierba, el reptil, atento, atisbando a la rana que intenta levantarse ante el fangoso musgo y resbala y se cae y es atrapada por aquel que espera su presa.

● El árbol, elevado, surgiendo en aparente rebeldía ante el entorno, amenaza mecido por el viento. Se vuelve una y otra vez hacia no sé dónde.

● Aquella mariposa de alas grandes se mueve ferozmente de flor en flor, de rama en rama, y toda su idea se centra en alejarse, en vivir. En lucir su hermosura con su aleteo.

● Y aquel sol, que aún no abrasa, abraza con su caricia al valle entero y no deja nada que se esconda a su paso, si es que ese algo no trata de esconderse, como el hongo y la seta, que crecen con la rapidez de un silbido, sin su luz, sin apreciar su

entorno. Ese aprecio que da la constancia del mirar muy poco a poco, sin tanta prisa y observándote y viéndote crecer.

El valle, en donde la vida se multiplica día a día, esconde vida y lleva vida y ve vida.

Un sendero conduce hacia la montaña y, en su subida, el cansancio desvanece la prisa y el poco a poco surge y el asiento llega.

Espinas de color amarillo inundan el atardecer de aquella protuberancia de corta vegetación.

Hay silencio, y en ese silencio se sienten los matices de la vida. Caminos y caminos que suben, que bajan, que llevan hacia otros senderos y otras formas de vida.

El sol sigue acariciando el monte, pero tenuemente. Él ya se va y en las espinas amarillas se huele, se siente la esperanza del «regresaré mañana».

Animales que pastan apacibles intentan levantar de cuando en vez su cuello, del que cuelga una esquila, y a su lado, un pastor frota sus manos suavemente; y en ese frotar, la aspereza de sus dedos, esos dedos que no suelen descansar.

En su mirada, verde como el campo, se refleja la angustia de lo incierto sobre la lluvia y el viento. Sobre su vida.

Rudeza en los modales, Amor en el corazón, y en su casa alguien le espera. Ese alguien que atiende a la gallina, al cerdo y al ternero.

Mirada azul como el mar cuando es acariciado por el sol; y en su semblante, la espera del marido y el anhelo del hijo que partió hacia su vida, su otra vida lejos del campo. En la ciudad.

Sentimientos de gozo y de amargura a la vez. Gozo por el recuerdo y el mañana que vendrá. Amargura y tristeza por el hoy que espera.

Y sus manos de mujer también tienen aspereza, porque en la vida, en su vida, existe lo no fácil, existe el sacrificio y la esperanza. En el viento se siente una plegaria.

Y tras el monte, bajando por la serpenteante colina, se dibuja en la noche una estrella en el cielo.

Destello de fuego, ilusión de las nubes y el viento acariciando la noche. La luna llena invade la oscuridad y el poeta se inspira en su contemplación.

Sonidos apacibles; y en la oscuridad, el ave caza al ave y el reptil, al reptil. Todos se esperan y se atisban.

Ya amanece. En ese amanecer despierta la vida para unos; y para otros, la vida se vuelve letargo en el día porque les llena en la noche.

Adiós a la montaña y al verde valle y ¡hola! al pueblo que surge en la falda del monte. Cerca de la ciudad.

Cascadas de flores en las cuidadas ventanas de las pequeñas casas. Ventanas que se abren tímidamente a la mañana; y en el silencio de una habitación cualquiera despierta un niño que emprende el día con ilusión y es acariciado por su madre en ese despertar.

Mesa con esmerada preparación, desayuno de zumos y cereales y café y tostadas con mantequilla.

En la ventana gris, sin tantas flores, se dibuja otra historia. Una historia con madre ausente que ya dejó la vida, y el niño sin caricias se levanta.

Raído pantalón. Soledad sentida; y en su mesa, un tazón de leche solitario con un trozo de pan empapado. Y el niño, con mirada ausente, abre la boca y sale de la casa tragando aquel bocado que derrama parte de blancura por su barbilla.

Y ya en la escuela, un niño risueño pregunta las preguntas que le surgen y aprende y ríe y sueña en su arropado futuro, mientras el otro mira ausente a través de la ventana y no pregunta, encerrado en su mundo, ese mundo del nada hoy y en sueños del mañana.

Las experiencias de la escuela, aplaudidas por unos en un entorno de gozo y de promesas, se quedan mudas en el otro,

ya que sus palabras, aun siendo pronunciadas, nadie las escucharía.

Y el sol sigue iluminando la vida entre las estrechas callejuelas.

Es mañana de un domingo y la iglesia del pueblo, abarrotada, da la bienvenida a aquellos novios ayer, hoy esposos, que se juran fidelidad; y un delirio en la mirada justifica esa unión.

Engalanados bancos, en blanco de pureza, lazos, flores, manojos de colores en fino tul.

Y al fondo, ilusionadas voces se dicen «Sí».

Primer banco del templo: a uno y otro lado, invitados de los dos contrayentes se atisban quedamente por el rabillo del ojo.

Modelos rimbombantes o sencillos; silencio en la mirada; y una pizca de orgullo para unos, decepción para otros; y en las voces, el «Sí, quiero» resonando en los oídos de los invitados.

Arroz, aplausos y un sinfín de bendiciones y felicitaciones.

Banquete con finas viandas y un beso. Apasionado beso entre los novios, que no ven, que no comen y que solo esperan su soledad unida.

Noche de pasión y nuevo día; y así uno y otro día. Uno y otro hijo. Y aquella esposa, tierna y engalanada ayer, deja paso a la arruga y al no mirarse en el espejo.

Y aquel hombre, que ayer fue fuerte y estaba lleno de ilusiones, perdió la ilusión centrado en el juego y la taberna.

Y en su hogar, un rictus de amargura en él y en ella.

Silencios, despertares, ilusiones que ya se acallaron en el hoy, pero en el mañana esa ilusión resurgirá en la vida de sus hijos y esos hijos volverán a girar en la rueda de la vida.

Y unos se perderán en la taberna, otros no. Y en el canto y en el no canto, una canción callada surgirá en el corazón.

Adiós al pueblo pequeño, y en ese adiós un ¡hola! a la ciudad.

Fábricas se elevan majestuosas, humeantes y negruzcas. Y en el suelo, el sonido de ruidos que impregnan el lugar.

Sirenas que se mueven ágiles y se desplazan hacia no sé dónde.

Un parque, que no valle, surge entre los arremolinados edificios. Bancos de madera, pintados unos; desgastados otros. Y farolas sobre pies negros alumbrando la tertulia de ancianos apresurados en contar las delicias de sus hijos, de sus nietos... De aquéllos a los que ven un día al mes y a los que imaginan otros muchos días.

Ilusión de cercanía en la soledad; y en su rostro, apiñados recuerdos se reflejan. Y sus manos, adheridas a un bastón, parecen adherirse a la vida ante la rebeldía del cercano adiós.

Collares adornan sus gargantas; y labios rojos en un ademán de coquetería, y en ellos sombreros y corbatas.

Zapatos brillantes y un tono altanero ante tanta soledad compartida. Soledad en muchos casos, que no todos.

Un ave surca el cielo. Desparramado en el suelo, cayó el testimonio de su paso.

Y gentes que van y vienen y se mueven con prisa...

La ciudad en la noche se tiñe de luces de colores.

«PENSIÓN DE LA MONEDA», dice un letrero que se enciende y se apaga alternativamente.

Allí adentro, un hombre da dinero a una mujer por los servicios prestados.

Habitación con cama de madera ennegrecida por el uso. Una mesilla de noche a su derecha.

Colcha y sábanas revueltas. Y sentada, poniendo sus vestidos, una joven.

Soledad, asco, tristeza, decepción y una ausencia de caricias en sus dorados cabellos.

Lágrimas que ruedan hacia ninguna parte. Un «me gustas» sin gustar sale de sus labios cada vez que comienza su trabajo, varias veces al día.

Vida difícil pasa ante sus ojos, y un recuerdo hacia el ayer cambiando lo que fue por lo que debía haber sido.

Tristeza en la mirada y un suspiro vacío inundando la estancia.

Un «hasta otro día». Un adiós. Un deseo irrefrenable de emprender nueva vida yaciendo en su interior.

Y vuelta a una esquina.

Tremendo abuso de poder ante aquellos que viven y sufren en las miserias de la vida.

Seres humanos solitarios con el corazón aplastado por el sufrimiento.

Abuso sobre su cuerpo y su alma. Y un hombre que escucha el lamento de aquella mujer.

Silenciosa en la esquina, ofrece su cuerpo con la mirada.

Pasa un hombre con suave aspecto e impecables formas.

Mirada bondadosa, profunda, comprensiva; y un «ven conmigo» se escucha. Suavemente.

Camino en lentitud, y un «¿por qué haces esto?» surge de los labios de un anciano que desprende ternura en su pregunta.

Mira, yo no sé qué voy a decirte. ¿Por qué me preguntas? Vamos a la pensión y te demuestro lo que valgo. Anda, anciano. Aunque creo que el trabajo será lento, dada tu edad...

Sonrisa apenada y una mano en el hombro de la mujer.

Cosquilleo en la espalda, mirada con pregunta y sorpresa en el sentimiento.

—¿Qué quieres de mí?

—Desearía decirte tantas cosas...

Silencio en las palabras de ambos.

—¿Qué edad tienes?

—Veintiocho años.

—Y tal vez un futuro prometedor en otro tiempo. Un futuro que hoy no promete.

—Nunca he tenido un futuro prometedor.

—¿Qué sientes cuando piensas en tu vida?

—No suelo pensar en ella. Siento asco y froto mi cuerpo en el agua, entre la espuma.

—¿Y por qué no intentas salir de donde te encuentras?

—No veo forma. ¡Aunque creo que deseo tanto que esto no hubiera comenzado nunca...!

—Hija, intenta terminar con todo.

—¿Cómo?

—Cierra una puerta. Cierra la puerta hasta tu hoy y busca un mañana.

—Es muy difícil salir de donde estoy. Muchos me conocen y la sociedad no me aceptará.

—¿Cómo has comenzado en esta vida?

—Tenía quince años. Vivíamos siete en una casa de cuarenta metros.

—Todo debía de ser compartido. Repito, todo debía de ser compartido, ¿comprendes?

—Sí.

—Comencé en la rueda y me vi sin ilusión ya desde muy joven. Comencé esta vida y desde entonces vivo así.

Poco a poco, tras el paso de los días, hacen una sólida amistad y los paseos se suceden a menudo.

—No tendré forma de encontrar otro trabajo.

—Nada es imposible.

—Para mí lo es.

—No vuelvas la mirada hacia atrás porque sólo haces recordar algo que nada puedes hacer hoy por remediar. Concluye todo lo bueno que comiences, pero antes de comenzar cerciónate de que puedes hacerlo.

—Estoy en un abismo. Veo el fin, aunque no acierto a comprender el fin...

—La mente humana nunca alcanzará a comprender el no fin, pero aun así existe. Mejor no pienses en el fin referido a

la vida porque no es. Puedes pensar en el final de tus vivencias.

—Es curioso, llevamos varios días hablando. Yo te llamo anciano. Tú me llamas joven. Resulta increíble no haber preguntado por nuestros nombres. Dime, ¿quién eres? ¿cómo te llamas?

—Llámame Otis.

—¿Otis?

—Sí. Significa oído. Y eso es lo que deseo: que tú me escuches y escuches y escucharte yo también. Dime, ¿quien crees que eres tú?

—Estoy tan perdida. No sé siquiera quién soy y tampoco sé por qué vivo.

—Pienso que eres la ilusión del que mira y la pregunta del que ve. Eres el infortunio de una vivencia plagada de carencias. Eres el regocijo de muchos durante unas horas. Eres el vacío en el corazón que nadie intenta conocer. Eres la luz de la mirada convertida en opaco hielo por el frío momento de una unión, sin fuego apasionado de un amor. Eres, quizá, el pañuelo de muchas soledades. Y la partida del que busca raudó. Pero no olvides que puedes ser la promesa de una vida que amanece y que llenará tus felices horas en el asiento de una butaca confortable, de un hogar creado en una unión. Serás la ilusión de unos hijos y la comprensión de aquel que, a buen seguro, aceptará tu pasado.

—Tengo miedo. Temo no tener sentimientos. Temo que tampoco me ame quien debiera amarme.

—Has cerrado tu vista, tu mirada y tu corazón con tanta fuerza que hoy pretendes abrirlos y no puedes.

—Háblame, Otis. Déjame soñar. Tu voz es canción.

—Las notas musicales son porque es la única forma de leer la música. Las palabras son porque sin ellas el ser humano no podría comunicar. El sentimiento es porque sin él el ser hu-

mano no amaría. La palabra y la escritura son porque interviene el ser humano. El sentimiento es porque interviene la Fuerza del Corazón.

—Tengo miedo. ¿Qué va a ser de mí?

—Eres caudal de grandes ríos. Pétalos de rosas. Anhelante del romero en flor, verde romero. Curiosidad para unos. Destellos de dulzura para otros. Suavidad de mirada. Corona de flores y miedos. Enmarcada bondad rodeada de Luz intensa. Lejos de vivir situaciones amargas, transforma la amargura en esperanza.

Corazón palpitante. Deseos de comenzar. Llaves en el matorral del jardín, lanzadas con mano firme. Y en el llavero, un nombre: Pensión de la Moneda.

Luces de colores y risa de enamorados en la calle.

Manos cogidas, música en los labios, miradas que se unen en una sola mirada, y un beso.

Grupos de jóvenes cantan una canción. Unidos sus hombros, y sinceras sonrisas se ven en el ambiente.

Otros, muchos menos, pasean tristes por la calle oscura. Temblorosos, esperando el sosiego de sus cuerpos cuando la aguja penetre entre sus venas.

Soledad en aparente unión.

Tendidos en el suelo, ojos perdidos en la nada, y una sonrisa se dibuja en un rostro sin sonrisa.

Carteras desparramadas yacen a su lado. Carnés de identidad. Monederos vacíos, y una fotografía.

Dinero fácil, conseguido tras el empujón o la navaja, y un ciudadano que lucha por recuperar lo que tanto le ha costado ganar.

Ruinas familiares tras el deseo de vivir situaciones nada reales llenas de imaginación y con fin en la nada. En el vacío de la vida.

Y la noche duerme.

Hace frío casi cuando amanece. Los cuerpos tendidos hasta ahora y ya casi despiertos se agolpan unos contra otros buscando calor. Uno de ellos, más alejado, ojos muy abiertos, toma conciencia de lo ocurrido y llora las lágrimas del arrepentimiento.

—Hola, hijo.

Silencios, callada respuesta.

Corazón enternecido ante tanta juventud perdida fruto de la avaricia de muchos adultos.

Corazón dolorido ante tanta historia sin escribir. Corazones llenos de bondad anulados por el no sentimiento.

—Hijo, no debes llorar.

Ninguna respuesta. Esperanzada amistad por parte de este anciano que acaba de llegar.

Manos que acarician con afecto los cabellos morenos y enortijados del joven.

Ninguna reacción. Ninguna pregunta. Acurrucado ante el hombre y al fin su mano respondiendo a la caricia.

—Deja, no hables. Solo escucha: debes ser fuerte ante la vida. No dejes que te arrastre el deseo momentáneo. ¿Qué buscas? ¿De qué huyes? ¿Eres tú un cobarde? No. Tú eres un triunfador. Lucha. Levanta el ánimo. Nada en las vivencias que te rodean puede ser tan trágico como para que conviertas tu vida en un infierno. Deja todo lo que te prometen como panacea de la felicidad. Logra tus logros en la vida e imagina siempre una mano amiga tendida hacia tu encuentro. Pero lucha por llegar a donde ansías, y desea siempre tu victoria en la lucha hacia el bien. Hacia tu bien. ¡Vive! ¡Vive! No te mueras en la vida. Mira hacia el sol que empieza a nacer y ahora vuelve la mirada a ti. ¡Vístete de Luz! Hijo, toma conciencia de tu vida y ama y siente y lucha y siéntete querido aunque no te quieran, porque yo te quiero y siempre estaré a tu lado. Y vendré aunque no venga.

Y con el amanecer despierta la vida en la ciudad.

Vuelta al trabajo. Vuelta a comenzar.

Nueve de la mañana. Se abren las puertas de unos grandes almacenes. Puertas traseras que dejan paso a apresurados empleados.

Camaradería, sonrisas, aparente buen humor; y en medio, alguien desesperado intenta retrasar la entrada en el suplicio.

Y ya en el interior, una mujer vigila que su preciado contenido no se esfume en manos de aquel hombre que levanta todas sus sospechas.

Trabajo y más trabajo y al final del día echa en falta su preciado tesoro.

Lágrimas, desesperación, traición envilecida hacia su persona.

Dudas, quebraderos de cabeza. Sin solución.

Miradas inquisitivas de su superior y un suspiro cegado por la duda de ¿quién? ¿Por qué?

Sospechas hoy y mañana otra vez la duda.

Y pasaba un día y otro día y hoy sí, mañana no. Pero...

En el viento flotaba la certeza de la respuesta, y aquel amigo de lo ajeno de algún modo intuía que ella intuía.

Y entonces las miradas se encontraban y los ojos, vivos, avispados, oscuros y pequeños, se clavaban desafiantes en los de ella.

Y en muchos corazones surgía la duda de quién era. Y un corazón endurecido apuntaba en lugar equivocado.

Una lágrima derramada y otra que nunca brotó haciendo herida para siempre en el sentimiento de aquella mujer.

Resolución final: no estaba equivocada.

En su corazón vapuleado, destrozado por la situación, surgió el odio y el rencor, aun cuando hasta ese día no había conocido ninguno de los dos.

Y entonces preguntó: ¿Por qué?

Y su corazón dijo: «Entonces, el cuervo que iba tejiendo su nido poco a poco hizo que su especie surcara los cielos.

Y había gran cantidad de cuervos que con su graznido entorpecían la vida.

Y el cuervo surgió del pensamiento y de la acción desconsiderada y traidora de algún ser humano. Entonces, lo que antes era Luz y claridad se convirtió en sombra bajo la Luz.

Y así comenzó la lucha del cuervo y la paloma. Y la paloma, confiada y bondadosa, sucumbió en gran medida en las garras afiladas del cuervo que buscaba presa con sus astutos ojos.

Y así, la astucia hizo su aparición con el reflejo de las desviadas acciones, de las desviadas sensaciones, de las desviadas tendencias.

Y así surgió el no bien cuando fue sustituto del bien en los corazones creados en bondad.

Y la tierra y las nubes sienten que el no bien anula al bien en gran parte de sus experiencias.

Y mientras, la Luz, el Todo, el Origen, deja hacer porque en cada uno, tanto en el que entorpece en como en el que ama y evoluciona, existe la libertad, y tiene que hacer según su criterio o deshacer según su tendencia.

Y entonces, lo que era bueno en principio cedió paso en ocasiones al no bueno, y así las energías desprenden energía.

Y la lucha de lo negativo y de lo positivo se convierte en constante cuando se vive.

Y el Amor y las buenas acciones hacen que la Luz se filtre en la oscuridad.

Pero en el destino está que la paloma vuele alto y que el cuervo deje de ser cuervo para ser paloma.

Potencialmente, todos los seres humanos pueden elegir lo uno o lo otro. También ambas cosas a la vez, como frecuentemente ocurre.

... Pero siempre existe satisfacción cuando, confiada, la paloma recoge el alimento que alguien le da sin tener que ir a buscarlo. Mientras que el cuervo no vive si no busca él mismo su sustento.

... Y entonces comenzó la lucha que no debía de haber comenzado. Y así, poco a poco, se fue tejiendo el entramado del incierto hoy para los seres que viven.

... Pero el Amor reinará porque siempre la sombra dejará paso a la Luz.

... Y por eso existe el canto de esperanza y de sosiego ante lo que es esperanza y sosiego y se convertirá en futuro de Amor, en la presencia del Todo.

... Y el Todo, para que sea Todo, no puede desprenderse de la parte; y como el Todo es Amor, todas sus partes serán Amor.

... Por eso, cierto está en los destinos de la existencia que la sombra dejará paso a la Luz y será Luz para volver todo al Todo.»

... Momentos de consuelo. Caricias en la no caricia de la palabra y un reproche a sí misma por aquel odio casi desvanecido ahora.

Navegante sin rumbo en el mar de la vida.

Camino hacia rincones oscuros lleva la gran ciudad. En el despacho, un hombre.

Pelo engominado, cuerpo erguido, immaculado traje, ademanes estudiados. Un folio entre las manos.

Gentes apresuradas..., preguntas con respuesta agria y certera por su parte.

Un grito en el aire.

Horas de oficina. Dinero fácil ganado con actitudes sombrías. Un recuerdo para las rectas palabras y consejos de su padre; y en el recuerdo, adiós a la enseñanza. Y hoy, contemplando modos de vida jamás soñados, se extiende su vivir.

Desfalcos. Aleteos en la nada de aquellos que caen bajo sus fauces.

Emprendedores otros, también con sus trajes salidos de ropero abundante; pero en su portafolios, la verdad y la enseñanza recta de aquel padre no queda en el recuerdo, sino que llena su vivir.

Unos y otros con vidas paralelas y actitudes diferentes ante la vida. Y mañana otros habrá y otros y otros con caminos paralelos o cruzados en la distancia.

Matices de la vida. Diversidad de matices en la noche y en el día. Y una mirada a las estrellas.

Camino que se aparta de la carretera, sendero que conduce al hogar.

Ignacio, un joven de altura considerable, mirada bondadosa, inquieto por la vida, con libros bajo el brazo, se dirige con paso lento, ya de retirada.

Alguien con aire cansado va en su misma dirección. Un hombre llamado Otis.

Aspecto de elegante pulcritud. Manos de seda. Erguido su cuerpo, ya no erguido.

Caminar cansado y un descanso al lado del camino. Ignacio le da alcance.

—¿Le ocurre algo?

—No, hijo. Cosas de la edad. Solamente un mareo.

Sensación de cansancio él a la vez, y sentados el uno junto al otro sin decir nada.

Al fin, presentación y más silencio. Después, conversación sin transcendencia y un adiós.

Y así un día y otro día y la coincidencia en el camino y en el caminar.

Y pasado algún tiempo, el «usted» se cambia por el «tu».

Amigos y necesidad de conversación.

Tarde de primavera. Jóvenes enamorados paseando por los lugares. Una pregunta:

—¿Qué, es el Amor, Otis?

—Amor. Qué gran palabra, que reúne el sentimiento, que verifica la unión, que entiende el error. Que anima.

Amor. Qué gran palabra, que luce en la oscuridad. Que hace tambalear a la sombra. Que abunda en la Luz.

Amor. ¡Cuántos suspiros encierra tu palabra! ¡Cuántos reproches se silencian cuando se ama!

Los bullicios de la noche inundan las palabras. Las actitudes del día suenan a Amor.

Fuente en donde beben los poetas. Donde se alumbró a los desconsolados. En donde yacen silencios...

Amor desinteresado, fuente de sabiduría. Encarnación del Ser.

Ilusión ante el atisbo de amor que no es Amor.

Certificado de consuelo para el aparente solitario.

Eje que debiera ser de la vida, que poco a poco fue olvidando lo que debería ser por lo que es hoy.

Amor, que no es pasión. Amor, que no es engaño. Amor, que no es odio ni traición.

Amor, palabra que encierra en ella todo el sentimiento del sentir.

—Oye, Otis ¿Crees que Dios es Amor?

—Psssstz —dice el sabio anciano—. No pronuncies su nombre. Sólo la mención hace que el mundo en donde vives se vuelva contra ti. Son tiempos de gran modernidad y, cuando su nombre es pronunciado, gran parte de los seres humanos piensan: secta, camino equivocado, locura, o qué, ¿hace? Siéntelo y no lo nombres. Si quieres hablar de Él le llamaremos Él. Debes demostrar su existencia con tu actitud.

—¿Y si te pregunto por el Alma? ¿Cómo debemos llamarla?

—Alma o ELLA, porque no tiene género. No tiene sexo. ¿Te has fijado que su nombre está compuesto de el masculino, y

Alma, que aun siendo el es nombre femenino? Podemos llamarla de las dos formas porque su nombre no asusta como asusta el de ÉL.

—¿Qué es para ti el Alma?

—Sólo se la conoce cuando se expresa en la profundidad del sentimiento y deja de conocerse cuando analiza la razón.

ELLA es parte del Todo. Inspiración del bien. Sabiduría del antes, del ahora y del después.

Culminación del proyecto divino que edifica con la vivencia su eterna vivencia.

Formas que carecen de forma y de materia pero que son forma y materia y sentimiento y pensamiento.

Destino que lleva hacia el Todo.

Cuando en la vida cotidiana ELLA expresa su pensamiento es porque ha alcanzado su expresión.

Convivir con ELLA y la razón es poder encontrar equilibrio entre una y otra realidad.

Y ese equilibrio, cuando existe, plasma lo que es el hoy y el mañana de la existencia.

Refrena acontecimientos venideros, muchas veces, porque lo que vendrá no deberá ser vivido antes de que llegue, cuando ese acontecimiento sólo se refiere a las vivencias, mientras se vive en la carne.

Sin embargo, es altamente necesario pensar en lo venidero, en lo que perdura, porque siempre será motivo de confianza, de paz, de esperanza.

ELLA, parte espiritual que comparte vivencias con el ser humano que vive, llena de bondad el vivir cuando su esencia germina.

Otras, ausente muchas veces, pero nunca muerta, ni dura con dureza, porque siempre ELLA es tierna y amorosa y capaz de amar, pero cuando no se es tierno, ni amoroso, ni capaz de amar, no es por su dureza, sino por su aparente ausencia.

Aparente ausencia porque realmente nunca está ausente lo que es y está, pero a menudo sólo vive sin vivir en el que vive.

Y ese vivir sin vida desencadena tensiones y muertes y odios y malestares, porque aunque está no está.

—A menudo creo que es mejor vivir el momento, el hoy, sin pensar en más, sin pensar en lo que perdura. Sin pensar.

—Hoy y ahora puede ser el antes y el mañana, porque aunque hoy tengo la certeza de un mañana y también poseo la certeza del ayer, sigo en el hoy.

Tengo la certeza de un mañana, aunque no esté, porque la nada no existe y yo, aunque aparente nada, permanezco.

Y ese nada, que para alguien es el que no vive, vive y mira más claramente que aquel que se ve y no se mira.

Como admiré muchas veces el Alma del poeta, del músico, del pintor que pinta formas y siluetas. Y, sin embargo, no pensaba que su alma y la mía eran una porque son parte común de la verdadera Fuente, de la verdadera Esencia.

Cuando la expresión del Alma fluye del Todo, de la Esencia, ELLA es la Esencia, no el Todo, pero el conocimiento existe.

El reposo de la sabiduría viene por su aparente letargo, que, aunque sabe, parece ignorar en el que reposa.

Bien o mal, pobre o rico, mucho o poco son conceptos contrarios y, sin embargo, tienen en común el motivo al que se alude, el algo del que se dice.

Y el que dice y mira y ve tiene en común con lo que dice y mira y ve su idea.

—¿Sabes?, perdona, pero mi idea ahora es marcharme. Gracias por la lección, por hoy es suficiente.

Sonrisa comprensiva por parte del que habla.

Y el viento sigue.

Desplazándose por todos los rincones, encuentra las más diversas vivencias.

Hospitales de roja fachada, blancas ventanas, temidos momentos.

Angustia, anhelo, alegría...

Nacimiento de un niño. Uno de tantos.

Jóvenes padres ilusionados. Comadrona, enfermera y un doctor.

Flores inundando la habitación. Luces de colores, y en la mirada, futuro prometedor de los embelesados padres.

Y allá en la lejanía, una joven de rasgos orientales, en su pequeña choza, da a luz.

Sola. Con llantos y gemidos, en el suelo tendida y ¡un grito a la vida!

No hay flores en la estancia. No hay futuro. No hay alegría. Sí soledad.

No importa dónde, una mujer dice adiós a la vida con el sufrimiento de la partida.

Solitaria habitación de un hospital.

Puerta entreabierta, blanca soledad. Sábanas con letras azules.

Flores en la ventana, mirada macilenta. Corazón palpitante. No fuerza. No ilusión. Sí adiós.

Llamada en esa estancia, con suaves nudillos y suave golpe. Cabeza que se ladea quedamente, con gran trabajo.

Un «¿Se puede?»

Y un gesto de sonrisa dibujado en unos labios con la expresión de la muerte.

—¡Hola!

Un medio saludo en respuesta, con voz suave casi imperceptible.

—Desearía sentarme. Quiero estar a tu lado.

¿Quién eres? No recuerdo...

—Piensa que soy tu amigo. Un buen amigo.

Mirada inquisitiva. Tristeza en esa estancia por parte de ella. Próximo fin.

—Mujer: estás inquieta. Veo en tu mirada un halo de tristeza.

—Me encuentro mal. Me siento morir.

Mano anciana con suaves dedos. Palpitante fluir en esas venas, apretando la mano de la mujer.

Deseo de comunicar. Deseo de explicación. Deseo de preguntas. Deseo de respuestas.

—¿Qué quieres?

—Estar contigo. Quiero que sepas que no debes temer nada. No estás sola.

—Lo sé. Tengo una hija, un marido, unos padres...

Ellos están ocupados, vendrán más tarde.

—Sí, pero quiero decirte que no estás sola.

—Tengo tanto miedo. Sé que voy a morir. Es injusto. Aún no he cumplido los cincuenta años y tengo una hija de trece. También unos padres ancianos, y pienso en ellos, en todos. En su sufrimiento.

¡Qué injusta es la vida!

Y yo me voy. Nadie puede hacer nada y... y...

Voz jadeante.

Ojeras pronunciadas, cabello que vuelve a nacer tímidamente después de la caída.

Manos con sólo piel y huesos pronunciados.

—No temas. No estás sola.

Imagina una puerta grande, blanca, asombrosamente blanca.

Tú, hoy, estás en el lado oscuro en donde todo sucede, a menudo no siendo deseado.

Tu vida hasta hoy ha estado y aun en los días venideros estará en este lado de la puerta, en donde reina el caos en muchos casos y en donde las flores no florecen aunque florezcan.

Imagina la puerta blanca. Cuando la separación de tu cuerpo se lleve a efecto viajarás a través de ella y verás el inmenso jardín que espera tu vuelta.

No tengas miedo. Es el paso de la vida a la VIDA.

Ten la certeza de que alguien a quien tú bien conoces te espera.

En ningún momento existirá soledad.

No te lamentes de lo que tú ves como injusticia. Pronto comprenderás y verás que la injusticia no es.

—¿Quién eres? ¿Cómo sabes lo que dices con tanta certeza?

—¿Quién soy?

Y una media sonrisa surge en sus labios.

—¿Quién soy?

Y su mirada se clava en la ventana, alejando su pupila a través de los cristales.

Atónita expresión por parte de ella, atenta a su mirada.

—Y, ¿quién eres tú?

—No lo sé. No sé siquiera quién soy.

—Eres la ilusión del ayer y la tristeza del hoy.

Eres la morada de tu hogar. El sustento de los tuyos.

Eres la nostalgia del pasado y la promesa incumplida por tu temprana partida.

Eres la vida que dio vida cuando tu vientre abultado hizo vivir a esa joven que hoy se apena por tu partida.

Eres el quehacer incumplido en tu pensamiento, el intento en la superación. La expresión de la pregunta ahora.

Eres, querida mujer, afortunada por tu partida.

—¿Afortunada?

—Sí, afortunada repito a tu pregunta.

Contesta:

Si tuvieras que llegar a un hermoso lugar, de paz completa, de gran felicidad, de dicha total, y debieras hacerlo sin remisión, ¿desearías que ocurriera pronto, o no?

—Es posible... Sí. Tal vez desearía que ese momento llegara ya. Pero necesariamente necesito a los míos. A mis seres amados.

—Todos un día u otro daremos el gran paso.

Ojos medio cerrados tratando de asimilar. Corazón palpitante y ánimo esperanzado en su palpar.

Momentos y momentos. Por fin, ojos que se abren. Y ya, nadie en la habitación.

Deseos de incorporar la pobre espalda, dolorida por el peso de la tabla. Y sus ojos buscando ilusionados el fuego abrasador de aquella mirada traspasando el cristal de la ventana.

Y una mirada viajó hacia el infinito. Y unos labios dibujaron la sonrisa de la certeza.

Matices de la vida. Diversidad de colores. Angustia y felicidad. Partidas y llegadas. Llegadas y partidas.

Soledad y una lluvia de angustia. Ruidos lejanos. Y en la lejanía, la guerra y el dolor.

Fuego en el cielo. Ruido atronador. Unos jóvenes, inmovilizados por el miedo, sostienen tímidamente una metralleta entre sus manos.

En las piernas, flaqueza; en el rostro, dolor; y en su corazón, un hilo de esperanza.

Granadas que se funden a sus pies. Zozobra de un lado a otro y una mirada de tristeza. De miedo aterrador.

Disparos, voces, y un anciano en el frente que corre presuroso entre las balas, intentando la calma.

Manos en alto mostrando un cuerpo desnudo de guerra, sin balas ni fusil. Sin armas.

Expresa una palabra de consuelo como defensa y ataque.

Alguien le coge cuando pasa, obligándole a yacer boca abajo entre los arbustos, cobijo de soldados.

—Pero, ¿qué hace, abuelo?

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¡Está loco, loco de remate!

Disparos a lo lejos y no tan lejos. Y un rictus de amargura en el semblante y una inmensa tristeza en la mirada.

—Pero, ¿quién eres?

—Quién soy...

«Quién soy...» y fija la mirada en aquel pobre soldado, tembloroso, casi un niño, que empuña el arma lleno de temor, un arma que alguien puso entre sus manos.

—Hijo, quién soy no importa ahora, pero es posible que sí te importe saber quien eres tú.

Eres el resultado de la inconsciencia de los inconscientes que viven arrojados mientras que tú luchas.

Eres la llama desnuda que envía fuego con su mano, pero que puede recibir el vestido de la muerte.

Eres el atropello de unos cuantos que no piensan en dar vida ni en la vida. Y sí en la muerte y en dar muerte.

Eres la bondad en la mirada y la injusticia en las manos. Manos que no deberían permanecer asestando la presa.

Eres un casi niño, privado de niñez. Quizá llegues a ser un adulto en el que el hoy despierte un mañana lleno de zozobras y sobresaltos, y tú no eres culpable.

Eres un guijarro en el camino, pisado por las botas que se mueven en los pies de otra gente.

Hijo, tienes que vivir y debes saber no hacer, cuando tu edad se adentre en el tiempo, lo que hacen contigo hoy.

Casi desvanecido por la pena y el ansia de dar vida y cobijo, el anciano perdió la noción por un instante, o es posible que deseara que así fuera para no llorar.

Metralletas ruidosas, lágrimas... Y adiós. Unos disparos escriben un final.

Mujeres con niños en los brazos caminan por la derruida callejuela. Llantos. Gemidos. Sangre.

Tanques van y vienen. Uniformes immaculados, y unos padres que no pueden llorar.

Inmensos ventanales que ayer fueron se confunden con boquetes en las negras fachadas.

—Silencio. Silencio, dice alguien entre los matorrales. Que nadie nos descubra.

—¡Hermano! ¡Hermano!, gime y ese hermano, ignorando su lamento, se confunde entre la multitud.

Y Otis, herido en el sentimiento, viajando por el camino de la no vida, se disipó en el tiempo.

Agobio, opresión, deseo de valle y monte y río...

Respiración profunda, y un bello manantial extiende con orgullo el futuro río.

Cascadas en el aire cuando choca su cauce con la roca.

Colores en el cielo ante el agua y el sol, que atraviesa sus gotas con los rayos.

Pescadores furtivos alcanzan con sedal la trucha, sustento de su cuerpo. Y en el recodo, un hombre. Vestido con verde traje, aparejo completo, aire interesante; y alguien que deposita la presa en el anzuelo.

Mirada de altivez, orgullo en el corazón, salmones por doquier.

—¡Buen ejemplar!, alguien grita.

El valle que alberga la vida da cobijo a aquel que vive. El ave que surca el cielo y se acerca a la nube, disfruta de la altura y se cobija en la noche dentro del nido.

El insecto, terco, con zumbido avisador, merodea el maloliente bulto.

Montañas de colores, variedad de hojas y de flores. De lilas y jazmín.

Helechos que cubren la inmensidad del bosque y arbustos por doquier.

Sonidos en la pradera, y un grillo que frota sus alas e invita a una canción.

Amor en el ambiente y deseo en el corazón. Permanencia y nada más se siente en el sentimiento.

Otis, planeando con su mirada desde el valle, enternecido ante la tímida flor y disipando con su pensamiento la rudeza de aquel sapo, imaginando que la rugosa piel no fuera motivo de rechazo.

Admirando la suave brisa que acaricia el bello lugar e imaginando un mundo todo valle.

Imaginando un valle albergando al mundo y unas risas cubriendo las heridas del llanto.

Otis, con jadeante respiración, estiraba sus manos intentando ser acariciado por la mariposa y el insecto.

Desnudando sus pies, deseaba que aquellos que yacen en el suelo se acercaran y que sus dedos sintieran al que vive oculto en el zarzal.

Espera y más espera sin la deseada repuesta.

Sonrisa comprensiva, y anudando sus zapatos partió en su viaje de la vida.

Tertulia en el salón de un elegante club.

Posturas estudiadas, trajes de marca. Miradas de altivez.

En otros casos, sencillez y transparencia en esos ojos que comprenden al que está y al ausente.

Cubiertos pesados, vajilla de porcelana. Banquetes que se precian de contener y a menudo con pobre contenido.

Miradas de aprobación ante aquel hijo que mueve frenéticas sus piernas y luce bellas galas.

Orgullo en la palabra. Apretón de manos y un «¡me alegro! ¡Cuánto tiempo!»

Reunión de altos dirigentes.

Elegante estancia. Servicios completos. Lujoso despacho. Conversaciones sobre posibles conveniencias, arreglos de aquello y esto. Eslabones que unen la frágil cadena de un man-

dato injusto muchas veces. Grandes cantidades de dinero barajadas y distribuidas.

Otis, perdido en un rincón escuchando atentamente. Gesto de tristeza en su mirada.

Frases elocuentes. Recomendaciones. Amiguetes en boca de éste y de aquél. Proyectos. Grandes proyectos. Superficies beneficiadas y atenciones para unos y otros.

Y un silencio en la esquina. Y una ausencia en el pensamiento de unos, con dolor en el corazón del anciano que recuerda a aquellos que no tienen, que casi ya no pueden buscar.

Silencios silenciados de penuria y privaciones en los lugares marginales, habitantes de tantas direcciones de la tierra.

Continuos devaneos sobre lo uno y lo otro. Informes amparados por innumerables columnas de letras y de números.

Presagio de tormenta.

Fijación en un anciano no visto hasta ahora, y una pregunta brotando de boca en boca:

—¿Quién es?

Y esa pregunta flotando en el aire.

Mirada en el agua que luce aprisionada en el fino cristal.

Respuesta muda. Desconocimiento de respuesta.

Llamada a seguridad.

—¿Quién eres?

Ausentes palabras que no fluyen. Rebeldía ante la pregunta sin derecho a ser respondida.

—¿Qué haces aquí?

Tristeza en la mirada. Dolor en el corazón. Camino equivocado flotando en el pensamiento del intruso.

Ausencia de palabras.

Lento dejar de silla arrinconada, encorvado cuerpo, y poco a poco, muy despacio, camino hacia la puerta.

Mano en la manilla, volver de mirada hacia la estancia. Atónitos ojos de unos y otros. Una mirada al suelo y, paso a paso, adiós a la tertulia. Adiós al inconsciente parecer.

Roto corazón. Pensamiento en el hambriento ausente. Pensamiento en la injusticia. Pensamiento en la guerra.

No hay lamento ni recuerdo para aquel que tanto necesita. Y si lo hubiera, a menudo el lamento del hombre por el hombre queda en lamento, sin buscar soluciones.

Y un «tal vez mañana...» flotando en la partida.

Y quizá su deseo, callado hoy, sea realidad y no sueño si despiertan los que rigen los destinos de la tierra.

Matices de la vida. Caminos que suben y bajan y se cruzan...

Y en uno de ellos se levanta un bloque de edificios, unidos por un parque.

Ventanas con cortinas. Persianas levantadas. Cristales entreabiertos. Una conversación: un abuelo que cuenta desdichas de su guerra, de su lucha. Su nieto, sentado en el suelo, cabeza apoyada en las rodillas del que habla.

—¿Sabes?, durante mucho tiempo, en la postguerra, fui maltratado. Debía caminar muchos kilómetros a través de senderos, entre las montañas. Tenía que personarme en un lugar en donde los presentes daban rienda suelta a su ley. Y esa ley no era la Ley, sino intereses, ideologías y pareceres alejados de los principios y de la honestidad de los hombres.

No quiero decirte cómo, sólo te diré que mis ojos quedaban hundidos porque los párpados abultados y enrojecidos los ocultaban.

—Pero, abuelo, ¿qué les habías hecho?

—¡Qué puedo decirte! Participé en la guerra. En la contienda suceden muchas cosas. Pero debes saber que nunca traicioné. No se puede saber si dañás sin saber, pero sí sé que no dañé sabiendo.

Y al cabo de algún tiempo, cerrada ya la puerta, sólo queda el recuerdo.

Aquella mañana Ignacio se sentía especialmente dinámico y lleno de buen humor.

Con atuendo deportivo y la raqueta sobre el hombro, se dirigía hacia el polideportivo.

Tenía una cita muy especial. Estaba deseando que pasaran los momentos.

Su ilusión tenía el pelo rubio hasta la cintura y unos inmensos ojos verdes.

Tarareaba una canción mientras caminaba.

Saludos risueños hacia los conocidos que encontraba a su paso.

—¡No! Ahora no.

Otis, caminaba despacio y le sonreía complacientemente.

—Lo siento, Otis. Hoy no puedo hablar contigo. Tengo algo muy importante que hacer.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes?

—Sólo es necesario mirarte para darse cuenta.

—¿Quieres que quedemos mañana?

—Si es tu deseo, sí. Si no lo es, si no deseas hacer preguntas transcendentales, no. Ya sabes, quiero que aprendas. Quiero que comprendas lo que quiero enseñarte.

Sonrisas comprensivas por parte de ambos.

—¿Mañana?

—Mañana. ¿A las cinco?

—A las cinco, en donde siempre.

Pasillos que surgen entre las escaleras, y una puerta que se abre.

Edad madura pero no anciana. Un hombre. Una mujer.

—La has mirado y sientes atracción por esa joven dice ella.
—Te juro que te quiero, se oye un susurro.

Lágrimas y deseos rotos. Celos, incertidumbre. Jarrones con flores marchitas yacen en la estancia y un trozo de papel se descuelga en la húmeda pared.

Descuidada presencia. Desencanto y larga oscuridad, pero tras la ventana se filtra el sol que abraza fuera y que extiende su luz hacia la estancia.

No más reproches, no más disputas, y sus miradas se encuentran en ese rayo que penetra.

Escaleras abajo y ya en la calle, un cortejo de coches que siguen un ataúd.

Llegada ante la iglesia. Negrura en la mirada; y en el rostro, una lágrima derramada por el dolor.

Bancos tristes, sin tules y sin flores. Familiares que lloran. Amigos que acompañan. Curiosos que se dan cita.

Quieren ver cómo toma las cosas aquel esposo que fue infiel a su mujer. Y hoy yace.

Manos entrelazadas, y un murmullo en el viento.

Hijos enrojecidos por el llanto. Trajes de olor cerrado. Y una promesa en sus labios sellados.

Ardor en la despedida. Decepción de vuelta a casa. Vacío ante su ausencia. Y un sueño de esperanza.

Matices de la vida. Situaciones conocidas por el viento.

Cinco de la tarde. Una cita. Una cita pendiente del día anterior.

Dos amigos reunidos, cada uno con sus vivencias, tan diferentes y tan comunes a la vez.

—Otis, ¿de dónde eres? ¿Dónde has nacido?

Sonrisa por respuesta. Fijación de la mirada en la mirada.

—Soy de la fuente y del río. Vivo en el aire y en el viento.

—Gracias. Ya está aclarado tu origen.

Risas y más risas. Y una idea clara: no más preguntas sobre su nacimiento ahora.

—Ya que no quieres hablar de ti, háblame de mí. Dime, hombre filósofo, ¿quién soy yo?

Miradas reflexivas. Minutos y ...

—Eres ese remanso en el embravecido mar.

Eres esa colina en la agreste montaña.

Eres la Esencia del Todo en la parte que se aloja en ti.

Eres el raciocinio ante la vida y la vivencia ante la eternidad.

Eres la alegría joven de la existencia. El presagio de la felicidad. La voz que dice y que quiere aprender.

Eres la juventud de hoy, la vejez de mañana y la niñez del ayer.

Pero tú eres, no importa el ayer ni el hoy ni el mañana.

—¿De dónde vengo?

—Estabas en la nada, como el cobijo en el hoyo. Siendo nada pero a la vez siendo.

Y ÉL, del que ignorabas tú su existencia, porque cuando no se es se ignora, hizo que fueras.

Por ello vislumbró tu algo el conocimiento, porque tu yo empezaba a nacer, como nace una flor, que aunque surge de un soporte a menudo lo ignora. Y vagaste, como la hoja que movida por el viento vaga aquí y allá.

Cuando fuiste, ÉL depositó en ti su Amor y la intuición. Y también hizo la caja en donde cada una de tus vivencias sería depositada.

Y en tu viaje por la existencia, las experiencias se fueron acumulando. Y en tu Alma, la esperanza y el Amor fueron anidando. Y comenzaste a ver la Luz ante tanta tiniebla. Y el corazón, en el que vivía la caja del Amor y de los recuerdos y vivencias, se hizo gran corazón.

Y en ese gran corazón anidó el Alma, el Espíritu de ÉL, y a través de ti hizo, para que la luz fuera Luz con los destellos del Amor.

—Anda ya. Me estás contando el cuento de...

Sonrisas comprensivas. Un tal vez mañana..., en el pensamiento del conocimiento.

—Sigue, sigue contando fantasías. ¿Hacia dónde voy?

—Vas hacia tu casa. A tu Origen.

Y no es difícil conocer la casa de donde saliste. Y alguien acogerá tu llegada ese lejano día. Tu regocijo será tal que las palabras no serán y las manifestaciones no serán y la unión y el sentimiento serán.

Y la rueda para ti, ya sólo permanencia, nunca volverá a girar.

—¡Qué aburrido!

Sonrisas y risas y mirada callada con los ojos puestos en el vacío.

—Qué poco intuyes, joven amigo.

Todo ser humano busca volver a esa perpetua permanencia. No podrás aburrirte, porque el aburrimiento es ausencia de deseo, es tedio ante el poder hacer. Y allí no deseas volver a vivir como eres hoy.

Deseas estar en el lugar añorado y olvidado en el ayer.

Ahora voy a preguntarte yo: ¿cómo llevas tus estudios?

—Creo que bien.

—Debes pensar siempre que eres capaz de alcanzar tu meta.

Nunca desesperes ante el fracaso. Existieron grandes genios. Hombres y mujeres de gran sabiduría, llenos de aparentes fracasos. Debes saber valorarte y debes saber valorar a los demás.

Planifica el día. Dedicar horas al estudio, a la diversión, al sueño...

Podrás llevarlo a cabo. Y sobre todo no te abrumes con pesares cuando una angustia atenace tu corazón. Busca ayuda en aquel que te ofrece toda la confianza; y esa persona que más desea escucharte casi siempre está muy cercana a ti, en el vínculo de sangre y en el vínculo de Amor.

—Dime, Otis, ¿qué opinas de la juventud de hoy?

Mirada hacia el infinito se refleja debajo de las canosas cejas. Manos que se juntan suavemente en ademán reflexivo. Filósofa de pensamiento, mueca de sonrisa aprobadora por la pregunta; y por fin, mirada comprensiva y cariñosa hacia él, por la directa pregunta. Juventud..., parte de una vida que no permanece a no ser en un periodo.

Juventud, canto a la infancia y mirada hacia la madurez.

Juventud, asociada vas a la sonrisa y a la primavera y a la flor y al tallo verde.

¿Qué puedo decirte?

El tronco joven, el tronco que se yergue al poco de nacer, es fácil de talar y de moldear, es vulnerable al viento y a la mano que lo tumba cuando deja que su tallo repose en ella.

En la madurez se pone reparos porque el joven no es como tú quisieras. Y tú, hoy, que eres como eres, mañana es posible que opines lo mismo que ahora no alcanzas a comprender.

El sol puede decir que la luna no alumbra, porque nunca será luna. Pero ella no debe decir qué hermosa soy cuando es plena, porque más tarde se mengua y sigue siendo ella misma.

¿Cómo es posible que el hoy joven no piense en lo que le espera mañana, llamando viejo con desprecio al anciano?

¿Y cómo el anciano no recuerda lo que fue ayer?

La vida humana, llevada a término, es un camino común para todos, y a todos hace girar.

—Se censura nuestra actitud. Yo creo que hoy ser joven es un delito y tenemos que estar pidiendo disculpas continuamente por ser de esta u otra manera.

Soy muy alto, ya sabes. No sé si es por mi estatura, que impone cierto temor, o por qué, pero algunas veces veo a ciertas señoras por la calle que se asen a su bolso con fuerza cuando nos cruzamos.

Mi aspecto es normal. Y esto que te estoy contando no creas que sólo me ocurre a mí, sino a todos los jóvenes. Podemos palpar cierto rechazo, y eso me duele. Nos duele.

La mayor parte de nosotros no hace nada que pueda herir ni ofender. Solo intentamos sobrevivir en un mundo poco fácil; y créeme que bastante trabajo tenemos con ello.

Sigo diciendo que la mayor parte de la juventud del mundo tiene limpias las manos y la conciencia.

Y me duele el hecho de que en muchos lugares es norma poner como ejemplo la mala juventud de hoy.

Tengo muchos amigos. Unos estudian noche y día pensando en el sacrificio de sus padres y también en su futuro.

Otros trabajan horas y horas atendiendo locales de moda, sirviendo perritos calientes, hamburguesas, ensaladas...

Vuelven a casa, y a menudo les cuesta conciliar el sueño, por su cansancio.

Pero, créeme, parece que nadie mira nuestro esfuerzo y se critica el abrazo en público y otras cosas que a buen seguro molestan.

En mi pensamiento está que las exageradas demostraciones afectivas deben de ser privadas, pero pregunto: ¿por qué sólo se resalta lo mal visto?

Soy consciente de la existencia de una minoría de juventud sin futuro, sin miras al mañana, que busca en su propia destrucción una engañosa felicidad. Pero creo que siempre existió una parte de personas con sentimientos vacíos, con ignorancia. Y yo, hoy, siento pena cuando se generaliza.

—Posees un corazón tierno y grande. Como bien dices, corazón común a muchos corazones.

No tengas miedo. No debéis temer. Buscad un buen lugar con las acciones rectas, sin titubeos. No hagáis caso de quien censura sin saber, pero comprende a la temerosa mujer que cruza de calle o coge su bolso cuando ve a algún jo-

ven, porque tiene miedo al no saber quién puede ser este que se acerca.

Comprende a aquellos que censuran comportamientos de muchos por conocimiento de uno.

Si en un grupo sobresale un joven modélico, es frecuente que quien lo contemple no haga su extensión al grupo. Sin embargo, cuando destaca uno con desviadas tendencias ocurre todo lo contrario.

Quizás, en este momento de la vida, exista una juventud más comprometida, más sincera y transparente que en muchos años anteriores.

Las vivencias poco rectas no son propias de la juventud, sino de una forma de vivir, sin importar la edad.

Además, en muchas ocasiones, hoy ocurre, algunos jóvenes cogen lo que los adultos les ofrecen. Cogen lo que los adultos han marcado en la sociedad actual.

Vivid esperanzados, cumplid con las obligaciones y no busquéis en lo desconocido que yace en la oscuridad.

Hijo, ten rectitud y da ejemplo con tu vida, con tus vivencias.

Despiadado corazón. Dureza en la mirada. Tiranía en su acción.

Un hombre, entrado en años, observa desde su escondite el paso de aquel que cree entorpece su vida.

Mirada hacia la derecha, ojeo hacia la izquierda, y en un momento, abalanzado sobre el que siente su intruso, hace que penetre el frío hierro en el interior de su costado.

Un alarido antes y ahora un bulto enmudecido hace temblar la noche con su silencio.

Y más tarde, un criminal camina inciertamente hacia no sé dónde, calle abajo, por el sendero rojo que salpica el suelo. Y el puñal, testigo de su acción, goteando.

No hay luces de colores. Sí hay traición y oscuridad.

Y una pregunta: ¿por qué?

Y una respuesta que nadie parece decir vaga en la noche.
Y la vida sigue...

Se siente en un hogar la ausencia de verdadera sonrisa.

Un padre duerme y una madre duerme.

Son las doce de la mañana.

Grandes carencias en donde no existe esfuerzo.

Hijos desamparados por la falta de sustento que nadie aporta, y más tarde la corbata luce el despertar.

El collar luciendo en resplandor, y una mesa vacía.

Mañana vuelta a empezar en planes absurdos, en ilusiones ilusionadas, y el pensamiento vive con la ilusión en la nada.

Apariencias en la calle y vacío de realidad en el hogar.

Hostilidad a menudo en el vivir cotidiano y en el café, en la calle, sonrisa, apariencia, complicidad...

Y allá, al lado, un hombre que madruga con el despertar del alba y una mujer atiende a los hijos que salen a sus quehaceres.

Pelo revuelto. Delantal con flores desdibujadas, y una mesa llena que alimenta los deseos.

Mañanas de colada, de compra, de regateo en el mercado. Y más tarde, satisfacción en un hogar en donde reina el verdadero Amor.

El joyero que un día pretendió albergar la joya sigue esperando.

El ropero se surte de alguna ganga de cualquier almacén.

Cobijo de sus hijos y abrazo enternecido acariciando el rostro con manos rudas y limpiando desvelos con el raído delantal.

Auténtico hogar. Auténticas caricias. Y aquel bizcocho inundando la estancia con su aroma cuando, ya caliente, comienza a hornearse.

Distintos matices de la vida envuelven la ciudad.

Ilusiones y mañanas esperanzadas. Tristezas y tardes vacías. Sí... matices de la vida.

Y más allá, a lo lejos, calle abajo, luce un letrero que invita a entrar: Local de Juego, dice.

Invita a los paseantes alternando el rojo con el verde.

Alguien con mano temblorosa acerca sus dedos hacia la cartera.

La abre y ve el billete que mañana atenderá necesidades prioritarias. Fin de mes. Poco que abulte en el bolsillo.

Sí. No.

No. Sí...

Y los pies que se desplazan poco a poco escalera abajo.

Pasan los momentos, que no muchos, y la cartera se aligera en sólo un parpadeo.

Ya no hay. Y la esperanza deja paso al nerviosismo. Y las manos, que ya tiemblan, indican que no encuentras más.

Situación comprometida. Imágenes desoladoras del mañana que descubrirá la noche y vuelta a subir con la ligereza de una pluma hacia el asfalto.

Titubeos y un «¿cómo te llamas?» sale como un susurro de sus labios, sabiendo que, cuando escuche su nombre y sigan la calle abajo, un coche cobijará sus desdichas, y mañana quizás otro billete sea palpado por sus dedos.

Ilusión en la nada y el letrero verde y rojo que invita al juego.

Bolsillos que se vacían, unos. Y otros que se llenan con desdichas ajenas.

Matices de la vida. Balanzas que se equilibran injustamente.

Aromas de alimento con gustoso sabor.

Lámparas relucientes, quehaceres terminados y una mujer esperanzada que espera.

Se oye la puerta.

Alguien intenta sin conseguirlo meter la llave en la cerradura. Una y otra vez. Así durante momentos, y al fin dentro. Ojos vidriosos. Mirada perdida.

—¡Hola!, dice ella.

Y ese ¡hola! se pierde en la estancia, al no ser recibido.

Caminar tambaleante. Sonrisa sin sonrisa y un lamento en el aire.

En el rincón, temerosa la mujer, que ve cómo su esperanza va decayendo con el paso de los días, de los meses, de los años... Y al fin, una palabra titubeante dice el recién llegado.

Y ella le mira. Y él la mira sin mirar.

Y en la incoherencia de sus palabras se palpa la no palabra.

Y así, un corazón dolido y deshecho por el dolor de la vida que le ha tocado vivir canta en el llanto. Piensa en el llanto: final de una esperanza que en otro tiempo fue y hoy, ya palpable, se queda en la realidad de la vida.

Nada que le falte. El hogar pleno, pudiendo llenar su vivir si se hubiera parado a ver lo que ha tenido siempre.

Y ella pensó: ¿en qué he fallado yo?

Y una voz le dijo:

—En el fallo de la vida alguien se culpa sin ser culpable. Y el culpable, a menudo no se culpa porque no se mira ni se ve. Ni quiere mirarse. Ni quiere verse.

Entorpecidos senderos que dificultan el camino.

Y ahora, con voz titubeante y temblorosa, esperando ya sin esperanza, no acierta a decir todo lo que ella quisiera.

Y sigue pensando en la ilusión que inundó con mimo la cocina, pensando que tal vez hoy... no hubiera tambaleos.

Y entonces él, con mirada cruel, le titubea palabras que la hieren.

Apestando la estancia con su aliento, el aire viciado de su boca se encontraba con el aroma de la casa en feroz lucha.

Y poco después el ronquido invadió la noche.

Una niña, tras la puerta, divisando cómo se desenvolvía una escena tan bien conocida, derramaba las lágrimas ya acostumbradas al reguero de sus mejillas.

Impotente y angustiada, sin entender, sin pedir explicación, yace en la muerte de su vida.

Alegría de infancia al despertar y desvanecimiento de alegría al ver la realidad.

Cruelas palabras recordaría en el interior de su corazón, hoy. Y mañana. Cuando quizás la herida sólo fuera cicatriz, recordándole el pasado.

Mañana del día siguiente. Rojeces en los ojos. En la cara, abultado desdén.

Malhumor. Extrañeza del recuerdo y tal vez... una pizca de arrepentimiento en su corazón.

Silencio en todas partes. Nulo movimiento en el hogar, y el hombre sin decir nada sale a la calle.

Pasos apresurados.

Un anciano pasa junto a él. Recoge el pañuelo que momentos antes caía de las manos del hombre.

—Toma, es tuyo.

—Gracias.

Y siguen caminando uno al lado del otro.

—Hermoso día, repite.

—¿Le conozco?

—Tal vez sí. ¿Malhumorado?

—Es posible.

—Y si yo te dijera que el culpable de tu malhumor eres tú mismo, ¿qué dirías?

—No entiendo...

—Ayer te ayudé a llegar hasta tu casa, pero no recuerdas.

Es normal, dado el estado en que estabas.

—Pero bueno, ¿quién eres?

—Quién soy, me preguntas.

Y su mirada azul se dirige a la lejanía del firmamento, en donde un ave juguetea con el aire y gira en círculos dibujando un sinfín de figuras en lo alto.

—Soy un amigo.

—Perdona, pero no tengo el placer de conocerte. Y tú, ¿qué sabes de mí para considerarte mi amigo?

—Sé que tu ilusión se centra en la bodega y en el juego.

Sé que sonríes sin sonrisa cuando tu pensamiento no piensa.

Sé que algunas mañanas tienes propósitos firmes de: No. Jamás. Y a media tarde el olvido llega y con él, la entrada en la taberna comienza.

Sé que el momento de alegría familiar no existe porque tu alegría se debe a la euforia del alcohol, sin pararte a mirar, por un momento, la felicidad que podrías encontrar muy cerca de ti. A tu lado.

Sé que no eres feliz y te odias a menudo porque no sabes dominarte y el vicio te puede.

Pero también sé que puedes vencer todo lo que deseas vencer; y tu propósito puede ser firme realidad.

Es posible que la vida te depare momentos de amargura, en los que lamentos profundamente no haberte dado cuenta de todo lo que has podido vivir y no has vivido.

Querido amigo, vivir no es fácil. No conviertas tu vida en espinoso camino para tu paso y para los que esperan que tu paso sea su compañía.

Mirada al suelo. Cabeza inclinada ligeramente hacia el asfalto. Manos en los bolsillos. Pelo revuelto. Alma esperanzada y un propósito tal vez firme, pero sin firmeza aún, porque la tarde no ha llegado.

Vuelta circular. Y aquel llamado amigo ya no estaba. Su rastro se perdía en los ojos esperanzados.

Y en el suelo, la cobardía de una acción traicionera.

Un apuesto muchacho golpea a un hombre de color.

Miradas que se cruzan en el tumulto que se forma; ademanes con gesto de pregunta, sin pregunta.

Y las gentes, poco a poco, desfilan hacia otro lugar no queriendo intervenir en la reyerta.

Y, mientras, un hombre vaga ensangrentado girando sobre sí mismo, tendido en el suelo.

Teñidos ya sus ojos, no acierta a comprender que su delito sólo se debe a su raza. A su color.

Y quizás lo mismo le ocurra al vagabundo y al que vino de otro lugar en donde no era posible la vida.

Silencio, y un sonido de sirena hace que surja un hilo de esperanza en la no muerte.

Allá, a lo lejos, un adolescente corre, huyendo del mercado con unas frutas entre sus manos.

Hombres uniformados le persiguen en feroz carrera.

Ya doblando la esquina, es atrapado y las frutas ruedan por el suelo.

Estomago vacío. Crujir de dientes. Soledad desde siempre.

Y ya, más tarde, el joven intenta en la estancia de un interrogatorio respuestas que casi no acierta a pronunciar.

Y su libertad sólo es un sueño soñado.

Sirenas en el transporte del preso. Se avista el edificio.

Periodistas curiosos se agolpan en la gran puerta de entrada.

Y una pregunta.

Alguien sale con gran porte. Sonriente y confiado ante el gentío.

Se oyen comentarios: grandes desfalcos pesan sobre sus espaldas.

Ayer entró y hoy se va, arrojado por la fianza millonaria.

Más tarde, un joven hambriento y sin futuro entra en la fría estancia.

Pasarán muchas mañanas hasta que llegue una mañana para él..., si es que hay mañana.

Y el viento se sigue deslizando fugazmente entre los colores de la vida.

Ruidosas carcajadas en amena tertulia. Contertulios gozosos y risueñas muestras de admiración por las palabras dichas con gracia y desparpajo.

Aire respirable. Atisbo de felicidad, también matiz en los momentos de la vida.

Y en otro lugar, un hombre coquetea con atrevimiento ante aquella mujer.

Los dos comprometidos en sus diferentes vidas. Y un roce de manos, y una pícaro mirada. Un desafío.

Y más tarde, el adiós al ayer y comienzo de vida en común.

Hoy, tal vez momentos de alegría y de emoción, pero también, tal vez mañana, añoranza del ayer cuando el hoy se vuelva mañana.

Divertida fiesta de adolescentes.

Unos jóvenes reunidos en un grupo hablan y comentan vicencias y posibilidades.

Unos miran con atención a aquel que habla. Otros observan los movimientos de aquella joven alta de hermosa figura. Cabellos en cascada y ojos como el cielo.

Alegría y admiración.

Baile con música ruidosa más tarde; y ya de retirada, la ilusión de mañana vuelta a comenzar.

Sensación de vacación. Alegría y sinceridad.

Desde el viento, las cosas son cosas sin más y las vidas carecen de secretos para el viento.

Pero éste comprende situaciones porque en cada momento él mismo es esto o aquello, ya que también es aire y vive dentro de aquel que vive.

Desde el viento, la arista de la montaña no hace daño cuando la frota a su paso. Y la afilada hoja del cuchillo no daña al viento, porque él ocupa la forma de esto o aquello.

—Ignacio, ¿por qué tomas notas cuando yo te hablo?

—Me gusta en ocasiones recordar lo que me dices.

—¿Todo?

—Algo sí. Algo no, sonrío.

—También tomo nota de aquello que surge en mi mente en un momento determinado, de aquello que deseo preguntarte y que por un motivo u otro algunas veces olvido.

—Pregunta..., pregunta. Pero no creas que siempre tengo respuestas.

—A ver si te atreves con ésta: ¿cómo se puede vivir con la fuerza del Amor y ser fuerte ante la vida?

Mirada al suelo. Mirada hacia la cercana hoja medio mojada y pisada por las suelas que se deslizan.

—El Amor, cuando es verdadero, es la fuerza que traspasa los valles y las nubes y la tierra y llega hasta el Origen.

Y en ese Origen residen la fuerza y el Amor. Y esa fuerza, fusionada con el Amor, te hace tan fuerte en la vida que parece que muchas cosas carezcan de importancia.

—Pienso: ¿soñamos viviendo o vivimos soñando?

—A menudo, sueño sobre aquello que fui. Y digo sueño porque ya el recuerdo se pierde en la lejanía.

También sueño en el ya cercano mañana. Pasas la vida soñando con aquello o lo otro, pero en ese sueño está la vida; y la vida también alberga el sueño.

—¿Qué es la sabiduría? Estoy pensando que tú...

—La sabiduría, para mí, es el admitir que desconoces muchas cosas.

A menudo, alguien puede dominar un determinado sector en el saber, pero rara vez el sabio reconocido como tal es sabio ante todo, sino ante la parte.

La sabiduría nunca podrá ser cuestionada ni vapuleada ni dudada porque nadie puede ejercer criterio sobre algo que no puede alcanzar a ver en plenitud. Y por lo tanto sólo puede ser cuestionada la parte de la sabiduría que cada ser humano conoce, pero que depende en gran medida del criterio individual de su propia sabiduría, que no es la Sabiduría.

El Alma es fuente porque la fuente vive en el Alma cuando está unida al Todo; pero cuando es parte, por formar unión con el ser humano, debe beber de la fuente del Todo para saber, para intuir, para amar. Y siempre, siempre bebe cuando viene al cuerpo, pero en el cuerpo puede secar o saciar.

La Sabiduría es Luz porque el Todo de donde viene la parte que vive en el ser humano es Luz; y esa luz expande sus rayos a la vida humana que, aunque con Luz, no es la Luz porque no es la plenitud, como no es la sabiduría ni la idea ni la fuente, sino parte que contiene el Todo, pero no es Todo.

—Intentaré fijar la idea que me has expuesto. O mejor no, porque siento mareos, creo que mi intelecto no está preparado todavía.

Y suelta una carcajada sonora.

—La idea..., voy a decirte mi idea de la Idea.

—Justo lo que me faltaba...

—La Idea de ÉL es hecho real porque con su sola Idea hace. Y la idea del ser humano es sólo pensamiento: y para llevarla a cabo necesita ejecutar con forma.

—Para esto no vas a tener repuesta: ¿por qué nacen niños deficientes?

—Desde el principio de la vida, existieron seres hermosos, armoniosos, entristecidos, inocentes, avaros, desprendidos, inteligentes, torpes, razonadores y otros aparentemente no razonadores y tal vez deficientes.

El mundo está lleno de contradicciones, matices y polícromías. Todo unido equilibra la existencia. Equilibra la armonía.

Hoy, el deficiente existe pero mañana la deficiencia ya no será para él. Y tal vez otro que hoy razona con claridad mañana esté cubierto de ignorancia. No olvides que la justicia existe siempre. No lo olvides.

—¿Que experiencia evolutiva puede vivir aquel que no razona?

—La experiencia verdadera es la de aquel que vive junto a él, porque es necesario que aprenda de la situación.

Es el papel a interpretar en el teatro de la vida.

—Una vida dolorosa, ciertamente. ¿Por qué existe el dolor?

—Vuelvo a decirte que existe el dolor y el Amor y el odio y el bienestar y la concordia y el desorden y el orden de las cosas.

El dolor duele en la carne y en el Alma. El gozo, sólo en el Alma.

—Mira, Otis, creo que te expresas como si tuvieras la certeza total de las respuestas; y eso hace que dude sobre las respuestas que tú me das.

Tengo la sensación de que tal vez tú te estás comunicando con alguien poderoso, alguien que se escapa del resto de los humanos; de ser así, creo que no existe demasiada justicia en el cielo, aunque te empeñes en decir que sí, porque, ¿por qué tú sí y yo no? ¿Por qué tengo que aprender las cosas a través de ti, siendo yo?

—Todo puede ser posible, pero a menudo algo corta la posibilidad y entonces no es.

La posibilidad de comunicación del Ser con el ser viene dada por la evolución. Y no se trata de ver en ello, cuando sucede, favor, sino merecimiento por el aprendizaje.

Y ese merecimiento es cuando el que vive ve y mira y no sólo se ve y se mira a sí mismo, sino al otro y al otro y al otro. Y se ve reflejado en el otro y el otro y el otro. Y como se ve en sus virtudes y sus defectos, los comprende, porque él se comprende.

Y ese merecimiento es cuando el odio que existe no le llega, y si le llega, no alberga en él.

Y ese merecimiento es cuando olvida sin que el rencor anide en el recuerdo.

Y ese merecimiento es cuando ve al débil y al fuerte, al rico y al pobre, al bueno y al no bueno, al blanco y al negro con la mirada, y en cada uno se ve a sí mismo. Y ve que comprende porque se comprende.

Y ese merecimiento es cuando no comprendiendo muchas veces lucha por comprender que existe ese otro lugar de Luz y que existe el Todo, el Origen de donde emana todo; y que no es casualidad, ya que la casualidad nunca es.

Y entonces mira hacia el cielo y pide ayuda a las estrellas, sin verse estrella ni luz ni en la altura del firmamento; y entonces una estrella imaginaria baja. Y con su Luz toca su Luz. Y sube otra vez a su lugar. Y sigue alumbrando para que la Luz no muera. Para que la Luz no deje de brillar.

Y entonces, el Alma que ve su brillo da gracias no por brillar, sino por poder decir como consiguió su brillo.

—Comprendo, quieres decir que si sabes es porque mereces saber.

También comprendo cómo has logrado conocer muchas cosas. ¡Pero qué difícil es comprender a los demás y a uno mismo!

La vida se teje con las experiencias. Pero es tan difícil tener experiencias positivas...

—El regalo de la vida es el trabajo de la experiencia. Y el regreso es el cobijo del Amor.

La tarde fría está fuera de tu hogar y tú, si no sales, no podrás apreciar la calidez del regreso cuando vienes de experimentar frío.

—O sea, que la vida surge para que pasemos frío y volvamos a casa, al calor.

Siento desilusionarte, pero yo estaría muchísimo mejor en mi casa, sin salir, cómodamente. No entiendo tanto barullo.

Surge la vida, y... y...

—Y entonces, cuando la idea de vida surgió y cuando surgió la vida a través de la idea, del pensamiento, todo fue.

Y el que vive fue, es y será.

El tormento que vive en la experiencia no debería ser si existiera el recuerdo, pero a menudo éste yace, aunque no muere.

Y no muere porque es frecuente contemplar en el lugar más alejado de la tierra a un ser humano que tiende a adorar a algo, aunque el conocimiento yace, pero la intuición le hace saber que viene de un lugar y que ha de volver a él. Y mientras vive, adora para que su muerte no sea muerte, sino recibimiento.

Y adora a esto o aquello por lo confuso, pero tanto esto como aquello, cuando su conducta en la vida es acertada con los que le rodean, es valioso a los ojos del que todo ve.

Y su conducta es acertada cuando encuentra el camino de vuelta a casa. Cuando ve el sendero de la Luz.

—Me cuesta entenderte, Otis. Tú, ¿me comprendes?

—Cuando ves una palpable realidad, cuando sientes la realidad, a menudo no puedes comprender que otros no vean ni sientan lo que tú ves y sientes. Y por lo tanto crees que creerán en lo que tú crees y miras y sientes.

Pero el ser humano que olvida y no recuerda no cree en su origen, que forma parte del Origen; y así, los lazos no se rompen pero sí se separan.

—Quieres decir que yo...

—El ser humano que fanáticamente busca a ÉL olvidando al que vive no podrá encontrarlo, porque sólo a través del que vive como y donde él puede encontrarlo. El cómo y el dónde abarcan continentes porque fuera de la tierra el norte no es norte ni el sur es sur, sino que es norte y sur a la vez.

—Pues existen muchos fanatismos. Incluso, tú sabes, existen suicidas que se quitan la vida y quitan vidas el nombre de ÉL.

—El ser humano que mata, o que se mata, por su ÉL no podrá encontrarle porque éste no desea su muerte por ÉL ni por matar al otro por ÉL, sino que desea experiencias que aporten aprendizaje al que vive, y que esas experiencias sean aprendidas y evolutivas.

Y el que destruye no aprende porque en la destrucción está el fin, está la limitación de la experiencia.

Siempre, la vida debe ser motivo de esperanza y de alegría. Alegría cuando sientes que tu vida es como debe ser. Y esperanza cuando, no siendo como debería ser, esperas que sea como deba de ser.

Cuando se plantea el no encontrar a ÉL por el camino de la destrucción no quiere decir que no llegarán a encontrarse, sino que el camino tomado es el equivocado.

Pero existirá otro momento en el que el camino para el que vive comience; y un día sabrá pisar por el sendero de la luz, que a buen seguro conduce a la Luz. Conduce a su Origen.

—Otis, realmente no sé qué voy a pensar de ti.

—Pensar es necesario, amigo mío.

—¿Has sido una casualidad en mi vida?

—No has aprendido nada. Te he dicho que no existe la casualidad.

—¿Entonces?

—Hasta mañana.

—Veo que no quieres contestarme.

—Mañana.

—No vendré. Tengo una cita. Una cita mucho más interesante.

—Comprendido. Pero yo te digo hasta mañana, que no tiene por qué ser mañana, sino un mañana...

Risas en la despedida, un guiño en los ojos. Y un suspiro de alivio en uno de ellos; de comprensión en el otro.

Oscurecido cielo, nubes ennegrecidas y gotas y gotas y sonidos atronadores entre las nubes y el aire que levanta la hoja.

Más tarde ruge convertido en viento y envuelve con su manto la montaña y el río y el valle y... y... y... los habitantes de la tierra dicen:

—¡Viento! ¿Que has hecho?

Tú, que atisbas corazones, ¿cómo vives en mi vida? ¿Cómo corres en mi carrera?

Traición del viento en la vida! Sí, ¡traición!

Y después ya paso, pero en su paso dejé destrucción y vida muerta.

¡Viento! ¿Por qué?

—Has sobrevivido en el ciclón y la tormenta y la lluvia, ¿y aún te quejas?

—Hay muerte en otros.

—Y también vida. Hoy acaricia en brisa y permite que la vida viva cuando es aire; pero cuando es viento y ruge, tú reniegas de él sin saber que en ese lamento recuerdas la apacible presencia de otras veces. Tú un día ríes, otro lloras...

Callada respuesta a su dicción y vuelta a la vida. Vuelta a correr en el todo y en la nada.

Y una amante entristecida dice, aunque nadie llegue nunca a escuchar sus tímidas palabras: «Infortunio de un amor que comienza en lo lejano y hoy se pierde.

Contemplando tu ayer, aún vivo hoy, aunque sepa que ese ayer nunca volverá.

Cuestiones de gran peso han alejado lo que un día fue unión en el vivir.

Y hoy, ya muy lejos de ti, pienso en la vivencia de nuestras vidas y en la muerte de tu amor por mí.

Suspiré de mañana cuando mi cama, ya vacía, había despedido tu presencia; y en la soledad de la noche seguiré suspirando ese regreso.

Hoy, tal vez sabiendo de tu ausencia para siempre, contemplo el infinito. Y miro al horizonte. Al cielo unido con el mar.

Y te imagino cielo. Y me imagino mar. Y pienso que quizá un día, en la lejanía de nuestras vidas, vuelva el encuentro a nosotros.»

Historias desencantadas que escriben la esperanza entre las líneas de su historia.

Amores que un día nacieron y mañana terminarán para unos o para otros, dejando sin unión la unión.

Otros, amantes por siempre y para siempre, siembran la semilla del amor día a día; y la existencia de éste es duradera.

Más tarde, en el mercado, una mujer intenta que aquel hombre lleve no lo que quiere llevar, sino lo que ella desea.

Y mira de reojo la mercancía, y en ésta exhibe un precio y realmente le aplica otro. Y alguien se pregunta: ¿Eso no es robo?

Y así un día y otro. Y un día y otro. Y siempre consentido el abuso de aquel que abusa.

Calidad de conciencia ennegrecida y amor hacia el visitante, nulo.

Abuso de situación... Un suspiro en el aire.

Un niño juega en un parque, absorto y centrado en su juego.

Se acerca un hombre, mediana edad, apariencia normal. Le dice algo.

Sigue centrado en el juego.

Pasados los momentos, un ofrecimiento que atrae su atención.

El pequeño escucha; coge su regalo mientras le ase la mano.

Camino hacia adelante. Un caminar que llevará a uno a experiencias conocidas. Al pequeño, hacia la destrucción de su ya no vivir.

Diversidad de historias se ven desde el viento. Y quien vive en el viento, como partícula inalterable, viendo esto y lo otro dice: «Vida que un día surgió de la Vida. Senderos que conducen a un mismo camino. Voces que alguien siempre escucha aunque no sean pronunciadas, escuchad:

Retumba el trueno y a menudo asusta con su ruido, pero quien retumba así no daña. Daña el rayo, que no avisa.

Se ennegrece el cielo en muchas ocasiones, pero siempre sale el sol, aunque tarde algunas veces.

Se parten los corazones, a menudo, en la lucha diaria. Pero rara vez se parten para siempre porque el siempre de la mente no es siempre, sino momento.

Traiciones desgraciadas, crímenes, abusos... Todo ello vive en el camino de la vida, pero no es la Vida.

Actores de una comedia en donde los papeles se reparten, es la vida mientras estás en la tierra.

Cerrado ya el teatro, empieza la visión de la película de la existencia, en donde la representación terrena ocupa muy poco espacio.

No es duro el vivir si sabes aprender, porque después del momento viene la existencia y en ella se arropa y se gratifica la experiencia que has vivido.

Cuando la experiencia vivida es negativa, otra experiencia hará que lo negativo deje de existir en el camino.»

Y el viento sigue con la rapidez del viento entre las historias de la tierra.

Insatisfacción, insatisfacción, insatisfacción se palpa en una estancia cualquiera de una lujosa casa.

Alguien piensa: Vivo en el lugar anhelado ayer y hoy deseo que el cambio se realice a otro lugar.

La alegría inicial de la novedad se fue apagando; y hoy, ya sintiéndome infeliz, deseo cambiar a aquello que reúne más condiciones.

Y en otro lugar, en un pueblo olvidado, una mujer joven aún mira las cortinas que, realizadas con sus manos, cuelgan de las ventanas de madera.

Las contempla, las contempla..., y esa admiración llena el momento.

No piensa en cambio de hogar, ni siquiera imagina que algún día podrá realizarse, pero sí es posible que con el paso del tiempo, quizá poco, quiera cambiar la cortina que hoy admira.

Matices de la vida, experiencias que se escriben. Deseos cumplidos o no, pero vida al fin.

Familia de seis componentes: padre, madre y cuatro hijos.

Nadie trabaja. Es el paro que se ceba muchas veces en los mismos.

Desencanto. No demostraciones afectivas ante la preocupación. No conversaciones. Sí silencio, hambre, dolor y falta de miras. Y en esa mirada que surge de esa ausencia, una idea para evadir el problema: «la droga». Y en ella, la destrucción familiar se ve.

Al lado, familia con satisfacción. Deseos cumplidos. Abundancia y felicidad.

Matices de la vida. Papeles que interpretan los actores hoy.

Felicidad para éstos y no para los otros. Y mañana, mañana tal vez en el reparto de papeles los términos sean invertidos.

Es atardecer y una mujer camina sendero arriba intentando salir hacia las afueras del pueblo.

Lápiz y papel entre sus manos.

Tranquilidad de caminar y mirada a las nubes que casi no se mueven.

Se sienta en el rincón preferido del verde prado, junto a la cerca de piedra. Y allí se inspira. Y unas líneas surgen de sus pensamientos:

Soledad, visitante continua de mi vida sin soledad.

¿Cómo puedo comprender tantas historias que se tejen día a día y no hago nada ante el infortunio de tantos?

¿Tengo corazón?, me pregunto muchas veces.

Y algo me dice que sí.

Y algo me dice que no.

Si yo supiera tantas cosas como deseo saber es posible que mi reacción fuera diferente. Pero no es así.

A menudo, justifico ese pasar de muchas situaciones pensando en la multitud que hace lo mismo que yo.

Pero sé que sólo pienso lo que quiero escuchar dentro de mí, que sólo quiero justificarme...

Y vivo mi vida centrada en el entorno. Cómodamente.

Vueltas y vueltas un día y otro. Y tal vez en algún momento logre convencerme a mí misma de lo que dice el viento: «Estoy en el papel que me ha tocado interpretar en el teatro de la vida».

Y pienso: «Injusto reparto de papeles, a no ser que...»

CAPÍTULO	

A sfixia, opresión. Deseos de valle y de río y de monte.
Ya no es verde.

Cada hoja caída alberga al insecto que corretea en busca de sustento para el cercano invierno.

Desnudas ramas y tintes de colores que, caprichosos inundan el ambiente.

Hojas de variadas formas, bermellón y amarillo, marrón y anaranjado, alfombran el lugar.

La vida sólo se siente, pero no expresa vida como cuando explosiona la primavera.

Aire que mueve las hojas; y unas nubes que invitan al cobijo ante las cercanas gotas.

Ya hace frío.

Y el viento acaricia con su suavidad a aquel lugar armonioso y solitario, que no solo.

Casi no se aprecian las flores. Alguna brota tímidamente, como queriendo decir que aún no es tiempo del adiós.

El letargo comienza en el adorado valle y alguien levanta la mirada hacia la montaña que, orgullosa, muestra su blanco casquete, desafiante, queriendo decirle al valle que la blanca no tardará en llegarle.

Y el valle sigue contemplando y quedando a merced de las nubes y del viento y del derramamiento de la montaña.

Y las nubes se abren vaciando su contenido.

Cánticos de agua brotan por todas partes. Y un sinfín de melodías se escuchan. Melodías de las gotas, que todas son iguales, pero su música depende de la alfombra que las acoge.

Torrentes arrastran la fangosa tierra. Y más tarde enmudece la brisa y las gotas ya no provocan sonidos.

Asustadas las aves y los insectos ante la vida, no se atreven a sonar.

Y el viento sigue por los matices de la historia, filtrándose en el sol y acariciando la noche.

El aire que penetra en los pulmones es vida.

Y el viento avisa de esa vida imperceptible cuando es aire.

Otra forma de vida se encuentra en el mar.

Desde la arena, un joven canta algo que ayer sufrió.

Oscuridad, que tanto escondes. Y el día que te descubre con su luz.

Agua, que encubres otro modo de vida y de muerte para aquel marinero que ya no es. Pero que hoy vive porque con mi pensamiento le hago vivir.

No luches con tu fiereza contra la roca. No tiene movilidad. No puede defenderse.

¿Qué pretendes?

No creas que me asustas con tu fiereza porque tu ola traicionera, que lleva aquella vida a otro lugar apartándola de mí, ahora viene desafiante a decirme que sigues amenazando.

Tu agua alberga vidas que viven bajo las aguas y la tierra también vive. Respeta al que no quiere yacer en tu inmensidad.

Un recuerdo para aquél, que muere batido entre las olas. Y un corazón destrozado por su partida.

Los pies medio cubiertos por la arena, y él, tumbado, entonando un pensamiento sentido.

Las manos excarvando suavemente la arena. Juguetearlo con los dedos y con algo verde que trajo el mar.

Ojos negros, oscuros, que ahora se clavan en el cielo y más tarde en el mar.

Ojos oscuros y mirada de sol.

Sentimiento hundido y anhelo de flotar.

Y su padre se fue en el océano, sucumbiendo a la ola.

Y ahora, en el mar de la vida espera la ilusión que otro día vivió.

Y allí, a lo lejos, un transatlántico, blanco como una nube, se balancea sobre el mar.

Luces de colores inundando la noche.

Trajes largos. Brillos en los dedos, en los brazos...

Fiestas.

Terraza tres, terraza cuatro. Piscina con agua salada para disfrute de aquellos que quieren flotar sin arriesgarse en el mar.

Música en la discoteca. Buscada felicidad.

Son distintos matices de la vida. Distintas situaciones. No equivocadas las unas o las otras, pero sí contrarias.

Y allá en el fondo, un barco hundido.

Ilusiones de muchos en el foso del mar yaciendo entre tesoros escondidos en la bodega. Rotos los proyectos.

Compuertas medio abiertas en las que tímidamente penetran los peces de la inmensidad.

Miradas asustadas ante el espectro y aleteos fieros en la huida hacía lo ya conocido.

Monedas relucientes. Y una carta de amor en el cofre embarrado, hundido entre el coral.

Un canto a lo que fue; y hoy nada que avisten los ojos con el futuro cierto del mañana, sino con la ausencia de aquel que ya no está.

Bodegones con cascós inundando cajas fosilizadas y un presagio del que avistó primero la tormenta e intentó cobijarse en el alcohol, furtivamente, restando así miedo a su partida.

Deseo de Luz.

Y la burbuja de aire, que no viento, surge de nuevo en el horizonte. Y es viento en su flotar y en su resurgir.

Playas abandonadas. Palmeras gruesas, delgadas, altas y más bajas hacen frente a las olas.

Y detrás, el verdor y la suave colina en la retaguardia del desafío.

Y las olas que bañan la arena.

Y el pez traga con su boca abierta al más pequeño. Y la lucha en el mar y en la tierra es semejante.

Allá a lo lejos, la montaña, que eleva sus crestas hacia lo más alto, dice con su silencio que es poderosa y que no se mueve, pero que con su atracción no necesita moverse para albergar.

Senderos por uno y otro lado.

Y en lo más elevado, una roca caprichosa amenaza con desprenderse. Tal vez una amenaza de siglos y siglos que nunca llegará a cumplir.

Orgullosa de ser lo primero que acaricia el sol en su despertar, no habla.

Sólo deja que el viento silbe cuando se encuentra con ella en el camino. Y ya, más tarde, vuelve a enmudecer cuando reina la calma.

Alberga al agua; a la nieve, al granizo, pero sólo en ocasiones recoge lo recibido, ya que frecuentemente lo arroja ladera abajo.

Y cuando todo se desparrama, la piedra empuja a la piedra y llega hasta el camino, obstaculizando el paso.

Pero el paso se pasa cuando el verdadero sentimiento lo desea. Y ese deseo carece de edad, pues en todo momento puede resurgir la ilusión y el caminar.

Allá afuera, alguien pasea con angustiado corazón, invadido de nostalgia, de incertidumbre.

Rotos los esquemas de la vida, balbucea en la soledad.

Atrás quedaron años de dicha. Atrás quedaron ilusiones; y hoy pasea.

Gabardina marrón, zapatos con cordones anudados con desdén.

Pantalones sin forma y el cabello revuelto por el viento.

No importa. El espejo ya no alberga su mirada.

Edad madura. Soledad. Soledad. Soledad...

Toma asiento en el banco de la calle. Enmudecidas palabras; y a su lado se sienta una mujer.

Gemelos corazones. Paralelas angustias. Idénticos destinos del ayer y del hoy.

Miradas sin preguntas; más tarde, preguntas sin miradas.

Y un «hasta mañana» flota en el aire. Y el aire llega a sus vidas. Y el futuro, ya corto futuro, es para los dos.

No importan comentarios de aquel conocido. No importa la traición de aquel llamado amigo.

Sí merece la pena la vida compartida. No la soledad.

Matices de la vida. Contrariedades. Vida al fin.

Manos sobre la cabeza frotando los cabellos en el despertar.

Mirada legañosa. Ojeras y rostro sin retoques.

Pasos inciertos; y un bostezo.

Todos en sus quehaceres y ella comenzando con el suyo.

Inútiles trabajos, piensa. Inútil sacrificio. Infravaloración, y sola.

Mas, detrás de una cortina encuentra algo que hará que su soledad y su falta de valoración jamás vuelva a ser.

Un libro depositado por alguien desconocido; le escribe algo.

Y la curiosidad inunda el sentimiento. Y cuando se sienta, sin importarle nada más, se da cuenta, al avanzar los renglo-

nes de la lectura, que ella es el sustento y la torre y la paz y la unión. Y el centro de su familia.

Jamás le importará que nadie de su entorno no valore sus desvelos porque sabe que alguien le hace ver que es el sol que expande los rayos a las vidas que giran en el círculo de su vida.

Y aquella mujer ya no ve hoy que su vida es inútil, sino que ve la realidad de su vida.

Abierta la ventana, en pleno día escucha el sonido de la mañana.

Canto de madurez, corazón enjaulado. Esperabas escuchar; escucha:

El latido de tu miedo se sosiega. Y tu miedo se calma.

Lánguido amanecer tienes un día y el otro despiertas esperanzada.

Haz que lo que antes te atormentaba y hoy te inquieta se vuelva poco a poco suave preocupación.

No culpes a ninguno, ni a ti misma. Sólo deja que discurra el día y brille el sol.

Y allá mas lejos, surcando el tiempo, se encuentra una familia.

Nada que comer. Nada que poseer en primera necesidad.

Niños atrapados por los insectos que ven en ellos su futuro alimento.

Huesos descarnados. Ojos abultados. Labios sin sonrisa; y una madre angustiada por la no solución.

Padres que se sienten hombres, sin hombría al no poder sostener lo que ellos fundaron. No juegos. No cantos. No alegría.

Animales famélicos en una aldea. Y perros que aúllan con sonido lastimero.

Agonía en la vida.

Y en otro lugar...

Alguien desprecia una comida y otra..., buscando dar al paladar lo que le pide.

Analítica por el colesterol y viandas y pasteles.

Basuras colmadas de sobrantes. Niños que lloriquean ante la alubia. Otro plato llega en sustitución.

Padres que ya huyen del pescado porque les cansa. Y cambian por la carne; y otra vez...

Animales de compañía alimentados con ricos y nutritivos alimentos.

Un suspiro en el viento. Y una pregunta: ¿culpables?

Y una respuesta con respuesta no pronunciada pero sí pensada.

CAPITULO	

1911
1912
1913
1914
1915
1916
1917
1918
1919
1920
1921
1922
1923
1924
1925
1926
1927
1928
1929
1930
1931
1932
1933
1934
1935
1936
1937
1938
1939
1940
1941
1942
1943
1944
1945
1946
1947
1948
1949
1950
1951
1952
1953
1954
1955
1956
1957
1958
1959
1960
1961
1962
1963
1964
1965
1966
1967
1968
1969
1970
1971
1972
1973
1974
1975
1976
1977
1978
1979
1980
1981
1982
1983
1984
1985
1986
1987
1988
1989
1990
1991
1992
1993
1994
1995
1996
1997
1998
1999
2000
2001
2002
2003
2004
2005
2006
2007
2008
2009
2010
2011
2012
2013
2014
2015
2016
2017
2018
2019
2020
2021
2022
2023
2024
2025
2026
2027
2028
2029
2030
2031
2032
2033
2034
2035
2036
2037
2038
2039
2040
2041
2042
2043
2044
2045
2046
2047
2048
2049
2050
2051
2052
2053
2054
2055
2056
2057
2058
2059
2060
2061
2062
2063
2064
2065
2066
2067
2068
2069
2070
2071
2072
2073
2074
2075
2076
2077
2078
2079
2080
2081
2082
2083
2084
2085
2086
2087
2088
2089
2090
2091
2092
2093
2094
2095
2096
2097
2098
2099
2100

Ignacio, sal de tu letargo. No vives. ¿No te das cuenta? Estás todo el día meditando como un lama. Te observo y te veo mirando al río desde hace una hora.

Hace una semana estuviste contemplando las estrellas media noche sin pronunciar palabra.

Desde que conociste a Otis no eres el mismo. Todo el grupo, tus amigos y amigas tememos que te arrastre hacia algún sentimiento poco real.

Creemos que puede inculcarte penosos pensamientos; que con su indudable sabiduría y bondad te haga vivir en una especie de vida no terrena y que te aparte de la realidad de la vida.

—Mira, Otis es el ser más real que jamás conocí. Y, desde luego, tiene los pies en la tierra, pero su sentimiento conoce y enseña, y vuela hacia otras realidades.

—¿Tú le has visto alguna vez dormir?

—No.

—¿Y comer?

—No.

—No cabe duda, es irreal. Es un extraterrestre. ¿No ves?, nunca se enfada. Por lo menos yo nunca le he visto así; y por lo que me has dicho en ocasiones, tú tampoco. No parece un ser humano.

—Es un ser especial, simplemente. Podemos invitarle a una discoteca; seguro que no rechazará nuestra propuesta. Podremos observarlo mientras él observa.

Palabras y más palabras. Un día que deja paso a otro. Un encuentro provocado y una proposición:

—Otis, ¿eres realmente mi amigo?

—Sabes que sí.

—¿Harías algo que yo te pidiera?

—Es posible.

—Yo, que paso horas hablando contigo e intento a menudo comprender lo que para mí es tan incomprendible, quiero que vengas con mis amigos y conmigo. Quiero que te muevas en mi terreno..., tú me entiendes.

—Moverme..., me lo estás poniendo muy difícil.

Sonrisas y más tarde risas.

—Debo vestirme como tú, ¿no?

—Creo que sí. Te imagino y te veo ridículo. Pero que muy ridículo.

Tendrás que ponerte ropa vaquera, zapatillas deportivas y una camiseta. Va a resultar muy gracioso.

Sonoras carcajadas en el ambiente. Difícil situación para el no joven.

Una cita. Un día. Un lugar y un encuentro.

Sonoras carcajadas del grupo y un anciano vestido con desorden ante los ojos de los asombrados muchachos.

—Ciertamente chocante, Otis.

Incredulidad y algarabía ante la impresión que más tarde recibiría el visitante, no acostumbrado a la vida nocturna y de discoteca.

Alguien dice: «tenemos que darle bebida abundante...»

Y poco a poco, camino deseado para unos y quizá también deseado para otro.

—Ignacio, tú crees que voy a arrepentirme, ¿no es cierto?

—Sí. Creo que cuando llegue el momento no vas a atreverte a entrar.

—Lo verás.

Parque cruzado entre sonrisas y comentarios; y por fin llegada ante la puerta.

Mirada sorpresiva de aquel portero poco habituado a la tercera edad, y entrada al interior.

Mirada en el vaivén de la luz, encendida y apagada en frenética carrera.

Gentes que movían sus cuerpos con movimientos convulsivos. Brazos estirados hacia arriba palmeando al son de no sé que cosa.

Alguien habla. Alguien no puede escuchar por dos razones: el asombro y la sordera producida por el exceso de sonidos.

Otis, deseando aparentar normalidad, movía sus hombros como queriendo decir que la música le invitaba a ello.

—¿Qué quieres tomar?, alguien le grita entre el barullo.

—Lo mismo que tú.

—Estupendo.

Y dicho esto se perdió entre las cabezas, que parecían asentadas sobre muelles.

Alguien se repetía a sí mismo: «normalidad, normalidad», mientras recibía en su mano el vaso frío y algo pegajoso ofrecido por Ignacio con una sonrisa de aprobación.

Sentados todos alrededor de una mesa, casi callados, pero con un movimiento de las piernas dobladas capaz de hacer temblar un techo consistente.

Todos, poco a poco, llevando el vaso a la boca, medio gritando frases, le observaban.

Imposible conversación y un trago. Y otro trago.

Unos, con pasmosa naturalidad; otro, pasmado por el contenido frío y extrañamente pegajoso.

Un mareo inundó lo que quedaba de una dolorida cabeza.

—¿El lavabo?

—Sí. Te acompaño.

Desesperación. Huida hacia no sé qué parte, entre la multitud. Al fin, llegada de vómito y de náusea.

Normalidad en la salida. Intención de no defraudar. Intención de hacer ver que era capaz de ponerse a la altura de esos queridos amigos. Deseo de vivir las vivencias de ellos y que ellos vivieran las suyas, lo que podía enseñarles de la vida... Y de la aparente no vida.

Puerta abierta; y de nuevo entre la multitud, frenética, im-
pasible, sin conocimiento de su pobre desdicha.

—¡Eh!, ¡deja paso al abuelo!, gritó alguien a su paso.

Dibujada una lastimera sonrisa en el enrojado rostro por el esfuerzo.

Silencio de lo ocurrido e intento de movimiento de hom-
bros, a su pesar, acompañando a los sonidos.

Ignacio estaba, al igual que otros amigos, moviéndose fre-
néticamente junto a una joven; levantó la mano al compás de
la música a modo de saludo, ¿o de invitación a seguirles...?

Sí. Eso era. Y todos, hasta los más rezagados, medio a em-
pujones llegaron al lugar deseado por unos. Y lugar de marti-
rio para otro.

Observación en medio del movimiento de aquellos dientes
blancos, que resplandecían con las luces sacadas de sabe ÉL
dónde.

Minutos y minutos y minutos; y al fin, la hora de terminar
y la salida a la calle.

—¿Qué te ha parecido?

—Bien.

—¿Sólo bien?

—Siento decirte que estoy sordo, afónico, extenuado. Mis
piernas me tiemblan. El estómago me duele. ¡La cabeza! ¡No
siento mi cabeza!

Carcajadas de los jóvenes. Camaradería.

—Bien, danos tu opinión dice alguien.

—Por favor..., mañana. Mañana.

Abrazos por parte de todos y una mueca de satisfacción en el rostro del anciano.

Una palmada en el hombro y un «hasta mañana» en el sonido de la noche.

Día siguiente y no en la cita.

Y otro día. Un encuentro.

—Estás pálido. ¿Qué te ha pasado?

—Secuelas. He encontrado mi cabeza, pero, ¿en qué estado!

Carcajadas.

—Dinos, ¿qué te ha parecido?

—Dejad que me siente.

Poco a poco y un banco.

—Veréis, en el periodo joven es cuando se desatan los deseos; y esos deseos se extienden hacia muchas fronteras.

Existen a menudo deseos ante lo prohibido, porque en lo prohibido está el desafío y la rebeldía.

A un joven le gusta rebelarse porque ve en ello el afianzamiento de su personalidad.

Os gusta la música estruendosa, y no existe mal en ello. Os gusta bailar, y ¡es tan bello bailar cuando es el momento!

Tengo que deciros que el ruido atronador acabará con vuestros tímpanos.

Risas.

—También unos jóvenes pretendían iniciar una pelea.

Nada distinto de otro tiempo. A menudo, las peleas vienen provocadas por lo que estabais bebiendo y yo mismo he bebido.

Cuando la cabeza se embota, el cerebro no piensa. En ese no pensamiento se hacen cosas sin saber el alcance que pueden tomar.

Yo fui joven. Cuando lo era no existían las luces en movimiento ni la música estruendosa.

Pero, hijos, sí existían las peleas y el alcohol y las demostraciones afectivas con consecuencias a menudo no deseadas.

Hoy, todo es más extremo porque se os ha encauzado así la vida.

No penséis si alguien dice que estáis locos, o que sois diferentes.

Sí. Existe algún loco y algún diferente, como siempre han existido.

Tal vez, hoy, alguno más. Pero en muchos casos no sois culpables.

Se os ha vendido una felicidad vacía. Una felicidad que nunca se encuentra en la cuesta abajo de la vida.

Conversaciones tristes, animosas, reflexivas y enternecedoras a menudo.

Una tarde en la que Otis e Ignacio se encontraban hablando de la vida, de las vivencias, el joven pregunta sobre las injusticias. Y una respuesta dicha con sabiduría surge en los labios del anciano:

—Pero el momento y el acontecimiento encoge el Alma ante un hecho injusto que el que se lamenta ve; y entonces se culpa a ÉL por lo acontecido. Y el sentimiento, y el Alma que está en el Todo dice: «No existe la injusticia. Sí existe la experiencia y sí existe el aprendizaje».

Y cuando el acontecimiento llega no es necesario decir a quién le llega, porqué le ha llegado; porque su conocimiento lo sabía, aunque no lo supiera.

Y lo justo de la vida hace justicia porque la justicia es el equilibrio.

Y cuando alguien va en contra de otro, bien por la palabra, bien por la acción, sólo está proyectando lo que será su vuelta al comienzo de la vida.

Tú, que escuchas estas enseñanzas que porta el Alma, descubrirás tu Alma cuando ésta salte de su letargo. Y sin letargo ya vivía, recordarás que oyes lo que ya sabías. Y sabías que el camino hacia tu vuelta no está en los dogmatismos ni en las fanáticas ofrendas y alabanzas hacia ÉL, sino en tu buen hacer día a día con el que padece y el que ríe y el que ama y el que ignora.

Y sabías que el camino hacia tu vuelta no está en la traición ni en el odio ni en la venganza ni en acabar con la vida del otro ni en el robo ni en los abusos hacia la voluntad de otro ni en los abusos en cualquier circunstancia.

Y sabías que el camino hacia tu vuelta no está en los rituales ni en los alejamientos del otro hacia su Padre, Creador y Origen.

Y sabías que el camino hacia tu vuelta está en el Amor, en la corrección cuando es necesario corregir. En la protección, cuando hacia el bien se protege, y en mirar con el cobijo y la enseñanza.

Y sabías que ÉL es el Todo que espera la parte. Y que ÉL es el Origen y el motivo y la ternura y la llegada.

Y sabías que ÉL ama y que no tiene odio ni rencor ni palabras temerosas ni amenazas...

Y sabías que en el Amor de ÉL no tiene cabida la venganza, pero sí la justicia. Y esa justicia es llevada a cabo por el que vive en la carne cuando deja de estar en la carne.

Y sabías que no debes sacrificar tu cuerpo como sacrificio a ÉL, porque ÉL desea sacrificio sólo cuando es necesario en beneficio del otro.

Y sabías que la tierra tenía cobijo para todos y que todos debían de ser cobijados.

Y sabías que la mentira a nadie beneficia porque quien la dice retrocede. Y quien la escucha, hoy o mañana, sabrá que recibió lo que no necesitaba.

Y sabías que los disturbios provocados por el ser humano sólo hacen alejarlo de su esencia.

Y ÉL, que es Amor y ama, espera la vuelta de todo aquel que vive, aquí y allá, en el monte y en el río, en el palacio y en la choza, en la pobreza y en la abundancia.

Y ÉL, que es Amor, no quiere que los seres humanos vivan separados por la adoración ni el color ni la religión ni las creencias absurdas.

Y ÉL, que es Amor, desea unión y Amor a cada paso.

—Por todos los...! ¡Siempre sentí que eras juicioso! Estás chalado!

Sonrisas comprensivas.

—No, no lo estoy, y tú lo sabes.

—Me estás desconcertando. No sé lo que pretendes diciendo todo lo que has dicho. ¿Por qué crees que sé tanto? ¿Por que me espetas tal cantidad de «y sabías»... «y sabías»... «y sabías»...? No logro entenderte.

—Hijo, no pretendo decirte que sólo tú sabes, que sólo tu subconsciente sabe, que sólo tu Alma sabe...

En este momento te hablo a ti. Pero ese conocimiento es común a todo el mundo, aunque a menudo se olvida.

—Otis, eres un ser extraño, pero en el fondo te admiro.

Mirada sincera por ambas partes. Una despedida y un hasta otro día resonando en la profundidad de ambos corazones.

Y la vida sigue entre espinas y flores. Entre angustias y desvelos. Entre vivencias...

Reunión familiar. Un hombre con aspecto tranquilo y bonachón se encuentra en el salón de su casa.

Cómodas butacas, cobijo de unión en amena tertulia.

Chimenea del salón, al fondo, sobre la que se alzan retratos colgados en la pared.

Mesas de nogal con incrustaciones de raíz y un sinfín de fotografías por todas partes.

Alfombras persas adornando un suelo immaculado.

Candelabros de plata relucen sobre el mueble. Plantas alegres, que parecen reírse con su entorno.

Felicidad. Tranquilidad. Armonía.

—Papá, ¿has visto a Kiss?

—No, no lo he visto. Estará en el jardín.

Al poco tiempo, ladridos advirtiendo de la presencia del buscado, y un niño que sale corriendo detrás. Y ambos, tendidos en el césped, son contemplados por los padres del risueño jugueteón.

—Hola, mamá.

—Hola, hija. ¿De dónde vienes?

—He estado jugando al golf. Estoy rendida. Tengo que arreglarme; he quedado dentro de media hora.

Y sigue hablándole a su madre esta joven de suaves rasgos y semblante apacible.

Padres volcados en sus hijos y armonía y felicidad en el hogar.

Mañana de un lunes cualquiera.

Este padre de familia se dirige en su coche por una avenida de la ciudad.

Pensamiento en su trabajo, en sus quehaceres; y sonrisa de orgullo cuando el pensamiento se centra en los suyos.

Atrás queda ya el barullo ciudadano y un camino secundario le dirige hacia su oficina.

Pero: una mano en alto, un obstáculo y el hombre que, confiado, baja del coche.

Otros, abalanzados sobre él, hacen que enmudezca, que no vea, que no gesticule; porque aquellos enmascarados tapan sus ojos, silencian su boca y anudan sus manos y sus pies.

Envolviendo su cuerpo, depositan el bulto en el maletero y parten veloces hacia no sé dónde.

Pasan las horas y los nervios se ceban en los suyos.

—¿Aún no ha vuelto?, pregunta alguien.

—No.

—Pero, es que en todo el día no ha ido a su oficina.

—No te preocupes, mamá. Habrá tenido que hacer algún viaje urgente.

—Hija, ¿has olvidado que tenemos teléfono?

—No habrá tenido tiempo de llamar.

—Sabes que eso él nunca lo olvida.

Tardes, ya marchitas, dejan paso a noches de tristeza y de anhelo.

Hipótesis barajadas por éste o aquél; y en el corazón de la esposa, una esperanza.

Reunión de varios a la espera, y esa espera que ya dice que se va.

Sonido de teléfono y, como siempre que suena últimamente, la esperanza de la noticia deseada.

—Tenemos en nuestro poder al señor Bermúdez. Volveremos a llamar para concertar rescate.

Atónita mirada, derrumbamiento sobre el suelo. Mareos. No conciencia; sí esperanza en la desesperación.

Mientras, el ausente se encuentra en una estancia humilde, húmeda, pequeña y fría, y una puerta chirriante que se abre.

Entumecidos músculos por el transporte; y un hombre titubeante e inquisitivo que no acierta a comprender su situación.

Ojos ya sin venda. Boca sin sellar y unos brazos y unas piernas libres, pero privados de libertad.

Tres hombres que hablan en francés se dicen unos a otros, y por fin le dicen a él.

—Ésta será su vivienda durante un tiempo. No tenga miedo. Pediremos un rescate y cuando se cumplan las condiciones, usted será libre. No tema, sólo deseamos dinero para nuestra causa. Si todo sale como está previsto no tardará en volver con los suyos.

Atónito, mirando a no sé quien, sin ver los rostros escondidos tras la malla, empieza a entender, empieza a inquietarse, empieza a...

Solo, sentado en un rincón, contempla casi sin poder pensar aquel pequeño entorno.

Un suelo frío sin baldosas dejan visible el suelo barroso y unas paredes con reflejos de humedad y un techo que otro día parecía haber sido blanco y hoy ya amarilleaba, con gotas negras de moho acumulado.

Aquella bombilla tenue colgando del techo y la mortecina luz iluminando sin brillo la triste estancia.

Un calendario dejando ver un prado verde, una casita de madera y unos montes medio nevados era todo lo que decoraba su habitación.

Al otro lado, un ventanuco le invitaba a la visión de otro espacio más feliz, pero desechó la invitación por el entumecimiento de sus piernas, que parecían no existir después del largo trayecto de forma tan inusual.

Casi en el suelo, un camastro con una colcha de cuadros rematada con flecos de diversos colores.

Mirando aquella colcha, un recuerdo a su abuela cuando casi al final de sus días se mecía en el sillón detrás de los cristales contemplando el paisaje con sus ojos llorosos por la vida y con las manos temblorosas por el tiempo.

Un recuerdo a su abuela porque la manta que cubría sus piernas tenía los mismos colores de esta que cobijaría sus noches.

Casi con miedo, alargó su mano y el contacto desvió su recuerdo, pues ésta carecía de calidez y suavidad, aislando el pensamiento y haciéndole volver a la realidad.

Nada tenía que ver con el recuerdo de ayer.

En un rincón, un orinal azul «adornaba» la esquina.

Y otra vez aquel recuerdo de tantos años atrás llevando su mente.

El recuerdo de su abuelo que, perezoso, orinaba en el recipiente para no salir del cuarto en las frías noches de invierno. ¡Cuánto tiempo! Cuánta vida agolpada hoy.

Un cajón a modo de mesita estaba su lado. Él, apoyando los brazos para hacer fuerza, intentaba elevarse poco a poco. Y logrado su deseo, se tumbó sobre la cama.

Descubriendo aquella colcha estaban unas sábanas con florecitas de colores que parecían anunciar la primavera, una primavera prohibida hoy para él.

Y ya rendido, perdió la noción del tiempo durante unas horas.

Hasta que...

Conversación al otro lado de la puerta. Matizaciones distintas, con voces también distintas.

Por un momento, un pensamiento hacia aquella madre que tanto le había insistido en el aprendizaje del francés como tercer idioma, insistencia que él habla desoído.

—Tenga, coma.

—Pero, ¿por qué a mí?

—Tome algo. Deberá habituarse a nuestra comida.

—¿Por qué a mí?

Y sin respuesta, aquel hombre encapuchado, salió de la estancia.

Al fin, llantos y llantos y unos puños cerrados golpeando el colchón y preguntando entre sollozos: ¿por qué?

Mañana del día siguiente; planificación y un propósito: «nada debe acabar conmigo». «Debo vivir por los míos, por los que sufren por mí».

Pidió algo para poder asearse, pero nadie pareció escucharle y así comenzó un nuevo día...

Asomó su rostro por el pequeño ventanuco viendo con tristeza que sólo conducía a otra habitación similar a la suya, aunque sumida en la oscuridad.

Sin libertad, sin libertad... y colmado de pena.

—Hola, le dice alguien.

Puerta sin abrir, nada que se mueva, nadie que puedan ver sus ojos..., y otra vez «Hola».

No puede ser. ¡Qué rápido me estoy volviendo loco!

Y de pronto: vista que se fija en la minúscula ventana y allí un hombre. Cara apacible, ojos como el cielo, pelo canoso.

Edad avanzada y una invitación a responder.

—¿Qué quiere?

Sí, debía de estar soñando. Un hombre con cara descubierta y rostro aparentemente sereno. Extraño, en aquel lugar.

En aquel lugar en donde se palpaba odio y resentimiento en cada respiración.

Estaba soñando. Seguro.

—Nada, no quiero nada, pero tú sí quieres.

—Sí, deseo salir de aquí y también una explicación.

—Yo ahora estoy privado de libertad, como tú.

—Tú... privado de libertad... Entonces, ¿qué es esto?

Muda contestación.

Dos hombres cara a cara y aquella mirada penetrante, azul, intensa, clavada en unos ojos que no aciertan a comprender.

—¿Tú sabes quiénes son?, dice señalando la puerta.

—Son personas. Son seres humanos.

—Yo diría que en apariencia por lo menos sí, pero no es esa la pregunta.

Al otro lado, las conversaciones entre los raptos seguían. Hablaban entre ellos con toda naturalidad, como si nada estuviera ocurriendo.

—Oye, ¿no les importa que tú me hables?

—No saben que yo te hablo.

—Pero pueden imaginarlo, ya que parece ser que somos vecinos de cautiverio.

—No saben que yo estoy cautivo contigo.

—Bueno, parece que esto no es tan aburrido como yo esperaba. Osea, que tú vives ahí porque te gusta. Vives en ese antro privado de libertad y ellos no lo saben.

—Es posible.

—Pues te ruego que hables bajo porque si te descubren puede ocurrirnos cualquier cosa. Aunque peor que esto...

—No pueden oírnos.

—¿Qué dices?

—A mí, aunque hable, ellos no me oyen.

—Bueno, si tú lo dices.

Y un pensamiento inundando el pensamiento: «Pobre hombre, está como una cabra». Debe de llevar tanto tiempo privado de libertad que terminó así. ¡Qué pena!

—Bueno, bueno... Entonces, si a ti no te oyen y escuchan que yo hablo, dirán que he perdido la razón.

—No. Ellos comprenden que hables solo porque otros antes que tú ya lo han hecho. Es un medio para no perder la razón, igual que caminar es necesario para que tus músculos no se agarroten.

—Caminar, ¿por dónde?

—Mira, tu habitación tiene reducidas dimensiones, pero aun así debes caminar de un lado a otro.

—Dime, ¿cómo has venido a parar aquí?

—Algún día lo sabrás.

—¿Quién eres?

—Quién soy...

Y sus ojos se clavan en el hombre que pregunta. Y su boca enmudece y su corazón habla:

—Quién soy yo, me preguntas, ¿Quiénes somos todos? Quién eres tú?

—Bien, pues dime quién soy yo. A ver si me conoces.

—Hasta hace poco tiempo has sido la vivencia en armonía. El hijo que amó y el padre que ama.

Eras el hombre honrado que trabajaba y vivía y dejaba vivir.
Pero hoy eres el resultado del pensamiento irracional, de las acciones irracionales de otros.

Eres el objetivo del torturador, desnudo de sentimientos en Luz.

Eres el pensamiento que no deja de pensar en los suyos ni de sufrir por ellos.

Eres la obsesión de otros, centrada en tu posición y en su situación.

Eres, hoy, el resultado de la incomprensión y de la falta de Amor de aquellos que ya olvidaron su Esencia. De aquellos que han dejado que la sombra apagara la Luz.

Hijo, no debes darte por vencido. No dejes que esos hombres puedan con tu Alma y apaguen tu Amor.

—Dices que ellos no te oyen...

—No me han escuchado aún. Yo te afirmo que algún día lo harán.

—Ya, ya (pobre, no sabe lo que le espera).

Y al poco tiempo, nadie a través de la pequeña ventana.

Cabeza introducida hacia el hueco de la pared, y ya vacío. Solo una espesa oscuridad y una pregunta sin respuesta ante tanta ausencia de respuestas.

Suavemente un «¿dónde estás?».

Y ya nadie en respuesta.

Poco a poco, el día deja paso a la noche y la noche al día; y uno y otro casi no tenían diferencia para el hombre privado de libertad.

Pensamientos de todo tipo en la cabeza, pensamientos hacia sus pequeños, su esposa, conocidos, amigos. Y también, por qué no, la esperanza de volver a ver a aquel extraño anciano.

¿A dónde habrá ido? ¿Estará muerto?

Preguntas sin respuesta.

Todo igual: la puerta que se abre, un hombre sin rostro depositando el sustento diario de idéntico sabor, día tras día.

Y aquellas sábanas que nadie parecía cambiar aunque pasaran los días.

Y aquella hoja de calendario que, aunque se movía, no se movía.

Y un secuestrado paseando cuatro pasos hacia adelante, cuatro pasos hacia atrás. Flexiones y vuelta a pensar en todos. En aquéllos a los que tanto amaba. Y un pensamiento a sus difuntos padres y una añoranza de brisa suave y de cielo y de viento...

—¿Cómo estás?

Latido de corazón. Regueros de sangre en las venas corriendo a borbotones.

Piel erizada. Mirada hacia la ventana oscura y el rostro esperado durante muchos días, rostro que en algún momento creía haber imaginado.

—¿En dónde te has metido todo este tiempo?

—Junto a ti.

—Oh, no, no digas tonterías. No has estado ni aquí ni ahí. Te he llamado muchas veces.

—Estaba, aunque no estuviera.

—Sí, sí, comprendo.

Y su pensamiento diciéndole que la demencia era inminente en aquel hombre.

—¿Cómo estás?

—Muriendo en vida.

—Yo diría viviendo en la no vida.

—Creo que es lo mismo uno que otro.

—¿Tienes deseos de hablar?

—Tengo deseos de morirme.

—Sabes que no es así, aunque es posible que veas en la muerte la solución a tu vida. A tu casi no vida de hoy.

—Sí.

—Pero hay alguien que espera tu vuelta.

—Eso ya lo sé.

—Y esa vuelta será no tardando mucho. Y todo volverá a la normalidad para ti.

—Nunca será igual.

—No igual, pero volverá la normalidad y un día, tal vez no muy lejano, se apagará el recuerdo.

—Eso espero.

—¿En qué piensas durante tantas horas?

—En todo. Pienso en la vida y en la muerte. Temo que a estos hijos de puta les dé por quitarme de esta vida.

—Realmente, estás muy alterado.

—¿Alterado? Estoy indignado, cabreado, desilusionado, herido, hundido y tal vez muerto en el pensamiento.

—Muerte, muerte... ¿Qué sabes de la muerte?

—Sé que es el fin. Es la solución para los que padecen grandes penas y es la tristeza para los que viven con grandes alegrías.

—Es posible que lo que tú ves como un fin sea un comienzo.

—El comienzo de la nada.

—La muerte es el paso de lo trascendente a la trascendencia. Es la vuelta a casa.

Silencio del que escucha.

—Voz de ausente, que el sentimiento silencia. No luches contra el silencio, pues las palabras cuántas veces sobran.

Voz de grito callado anida en el corazón hambriento de Amor.

Voz que murmura nada en el viento poco se siente en el corazón.

—¿Qué estás diciendo? ¿Eres filósofo?

—Pienso. Deseo que mi pensamiento fluya. Deseo que quien me escuche, piense.

—No llego a comprenderte.

—El canto del mago es recibido con interrogante porque quien lo pronuncia no se acerca a menudo a la realidad del que escucha.

El canto del tenor es recibido con aplauso y gratificación porque es la seriedad de su trabajo.

—Y tú ¿qué eres mago o tenor?

—Depende de quién lo escuche.

—¿Por qué no les das una charla a esos canallas de ahí fuera?

—No me verían aunque me vieran.

—No te preocupes, primero iré yo a decirles que alguien va a darles una charla moralizante. Haré de presentador.

Sonrisas por parte de ambos, y asombro de uno, que casi no recordaba cuándo había reído por última vez.

—Posiblemente un día sí me verán, porque el espíritu del bien huye cuando el mal vive en el Alma del que vive. Pero vuelve cuando muere el mal.

Y ese mal es difícil que viva mucho tiempo en el que vive.

—Brrrr, me estás volviendo loco. ¡Deja ya tanta chorrada!

—Palpitantes sensaciones se escuchan cuando el sentido está dispuesto para escuchar.

—Pues yo no estoy dispuesto a seguir escuchándote.

Un casi grito se sintió en la medio penumbra.

—Si el que ruga se viera durante y después del rugido, jamás haría que ese sonido sonara.

—Pues yo, con mi rugido te digo que me dejes en paz.

—El que vive en la tierra sólo viendo tierra tiene aún un largo camino por recorrer en su viaje.

—De momento seguiré viendo tierra y haré justicia cuando salga de aquí. No creo que pueda perdonar nunca. Nunca. Jamás.

—Estimas a quien te alaba y odias a quien te hiere. Y yo te digo: pobre ilusión, siguiendo así tendrás muchos a quien odiar.

—Aún no me has dicho tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—Otis.

—Otis..., nombre extraño.

—Significa oído. Quiero escucharte y que tú me escuches.

—No voy a tener otro remedio.

—Nuestra comunicación es amigable porque un medio amigo, cuando se encuentra solo y éste aparece es gran amigo.

—Sí. Si lo que intentas decirme es que estoy solo, llevas buena razón.

—¿No te has parado a pensar que la soledad, si tú quieres, no existe?

—¿Qué estás diciendo?

—Tú puedes ver la sonrisa de tus hijos en el recuerdo de tu mente. Y puedes oír los susurros de amor de tu querida esposa.

Y puedes viajar en feroz carrera con la libertad de tu espíritu.

Sólo es necesario que tu mente logre concentración.

El tiempo de soledad es preciso aprovecharlo positivamente. Sólo así lograrás no derrumbarte y aprender.

En el camino de la vida puedes recibir lecciones en todas las circunstancias, hasta en las más vacías.

—Mira, llevo aquí bastante tiempo y lo único que escucho en mi cerebro es la palabra libre.

¿Qué derecho tienen estos hombres a privarme de mi libertad?

—Ninguno

—¿Y por qué a mí?

—Tienes lo que ellos necesitan. Posees dinero.

—Pero es patrimonio que yo he sudado. Que me ha costado mucho trabajo conseguir.

Tampoco tengo gran fortuna. Sólo vivo cómodamente, pero nada más.

Quiero saber. ¿Qué les he hecho yo?

—Nada. Pero vuelvo a repetirte que tienes lo que ellos necesitan.

—Sinvergüenzas. Los odio.

—¿Y qué ganas con odiarles?

—No puedo tener otro sentimiento. Y tú, ¿no eres también víctima de ellos?

—Tal vez, hijo. Tal vez.

—Oye, cuando miro tus ojos siento como si recordara algo sobre ti, pero no logro recordar.

—No fuerces el recuerdo si él no viene a ti.

—¿Por qué cuando ellos llegan a la habitación inesperadamente, tú ya no estás y yo enmudezco?

—Mejor no preguntes. No lo comprenderías.

—¿Sabes?, la soledad es fría.

—Arrópate con el recuerdo.

—Cuando lo hago, sufro. Mi nostalgia me hace caer en sollozos.

—El ayer, hazlo vivir en el hoy.

—¿Y si no puedo?

—Todo es posible. Aun lo más imposible es posible en el pensamiento.

—Me preocupa tanto saber cuánto tiempo tardarán en reunir la cantidad que piden.

Quizás tenga que permanecer aquí durante mucho tiempo.

Tendrán que vender propiedades, y eso no es fácil.

—Haz el mañana hoy.

—¿Qué dices?

—Si te agrada el ayer, hazlo hoy en el pensamiento. Y si centras la esperanza en el mañana, hazlo hoy en el sentimiento.

—Realmente, eres gracioso. Así, viviendo de ilusiones, lejos de la realidad, ¿qué consigo?

Bien, voy a imaginar que estoy sentado en una terraza de verano rodeado de gente riendo y de mis pequeños con algarabía y juegos.

Voy a imaginar que soy un ave que surca libre el cielo...

¡Oh, no!

Risas calladas...

—¿Qué ha pasado?

—Me imaginaba ave y de pronto el certero disparo de un cazador acabó con mi fugaz vuelo.

Risas en el silencio.

—No es fácil controlar la imaginación. Pero sigue... sigue volando. Continúa imaginando tu libertad y ésta llegará hecha realidad.

CAPÍTULO

Agobio, opresión. Deseo de valle y de monte y de río.
Las ensortijadas marañas de vegetación ya no están.

Es invierno en el valle que da vida al frondoso bosque.
Diminutos insectos corretean por el escaso verdor, mientras
la nieve acaricia con su manto el llano.

Entristecido lugar hoy, que fue vivo en otro tiempo y ahora
esconde vida bajo el lugar.

Aves surcan el cielo revoloteando en círculos, queriendo
trazar un sendero que les conduzca al alimento.

La mañana no tiene nubes y el pálido sol brilla queriendo
justificarse ante la invasión del frío.

Los animales salvajes, que con el calor huyen hacia la cima
del bosque, bajan hoy en busca de sustento, esperando
poco a poco el resurgir de la vida; esa que alimenta su vida.

Grupos de árboles sostienen con orgullo su blanca copa y,
erguidos, presumen del adorno que pueden lucir sin gran esfuerzo.

No temen que les sea arrebatada esa blancura, pues aún
queda largo tiempo hasta que vuelva a florecer el valle.

Aquel río, delicia de pescadores y de peces que viven en
feroz lucha y fugaz carrera durante el año, sostiene a la
mañana, ya que el hielo hace posible caminar por las aguas
heladas. Por las aguas que no mojan ni envuelven hoy.

No se escuchan sonidos. Sólo aisladamente un feroz rugido presagia el peligro de la fiera.

Aisladamente. Y otra vez silencio...

Y Otis, con ardiente corazón aun en la helada mañana, vuelve a vivir las experiencias de la vida.

De la vida y de la no vida en el vivir.

Hoy no busca dar consuelo en el húmedo cobijo de un sequestro.

Hoy, su mirada se centra en aquellos que asoman el rostro aisladamente y que hacen que el sufrimiento aflore en muchos sentimientos.

Y una conversación: entremezclando idiomas hablan, y el anciano entiende aunque la frase no llegue a concluir.

—Mira, tío, yo creo que debemos de actuar temprano. Por la mañana, cuando está concurrida la calle y cuando él se dirija en su coche hacia el despacho, porque por la tarde, a la vuelta, no tiene un recorrido fijo y podemos estar esperando varios días sin resultados positivos.

—Tienes razón.

—Yo opino lo mismo. Pero espero que esta vez no ocurra lo de la última, que casi me puse de los nervios ante tanta ocasión perdida.

Conversación en una especie de sala desarreglada, sin adornos, sin calor, sin risas infantiles, sin armonía...

Reunidos tres hombres, jóvenes aun, que deliberan sobre el desafío del crimen.

Y un anciano observando la conversación sin ser partícipe.

Ausencia de observación por parte de los presentes, que, afanados en su lucha, no ven.

Tornillos desparramados por el suelo. Metales que se mezclan en mortecina unión.

Armas. Muchas armas se divisan en un cuartucho al lado.

Ropas en desorden sobre una silla. Ropas usadas, sucias, malolientes.

Y una lucha por la libertad. Una lucha por la independencia.

¿Qué libertad? ¿Qué independencia?, se pregunta el viento.

Ellos son los que eligen esconderse, recluirse, huir..., buscando una soñada libertad que ocupa las mentes ausentes de razón.

Que ocupa los corazones ausentes del más pequeño Amor.

En el techo, unas arañas hacen un corro tejiendo las redes de la muerte; y muy cerca, una luz cuelga de lo alto, una triste luz, acostumbrada a ver tantas noches de ira y tantos días de odio mortal.

—El coche se situará a la derecha. Ya tiene depositada metralla suficiente.

—Ellos pasarán a las nueve. En ese momento se activará.

—La zona está muy vigilada. Es necesario actuar con mucho cuidado. No podemos hacer algo que eche abajo el plan.

—No debes preocuparte. Saldrá bien, como casi siempre.

—Hay un colegio muy cerca. Alguno caerá.

—Mejor. Así será mayor la repercusión y nuestra causa tendrá mas eco.

«Nuestra causa. Nuestra causa»; y un pensamiento y un decir sin que nadie le oiga. Sin que nadie le escuche:

—Atormentados corazones hoy que seguís los dictados del ayer. Dictados de alguien que sin sentimientos emprendió la lucha un día.

¿Qué pretendéis?

La libertad, diréis; y yo os digo que realmente estáis prisioneros de vuestra mala interpretada libertad.

¿Libertad? ¿Para qué?

Cuando os creéis superiores sólo afirmáis vuestra inferioridad. Siempre con planes de destrucción. De fin.

Siempre pensando y maquinando historias de sangre.
Historias con el horror impreso en la firma.

Cruelles corazones con la ausencia de la esencia.

Ausencia, no porque no fuera presente en su comienzo de la vida, sino porque la habéis expulsado en feroz huida.

¡Escuchadme! Debéis oírme.

Y nadie que escuche. Nadie que oiga. Nadie que vea.

¿Por qué un raciocinio equivocado anuló vuestro corazón?
¿Por qué el desprecio a la vida? Una vida que fue dada para vivirla, para aprender experiencias. No truncando las lecciones de la existencia.

¿Es que no os enternece la transparente mirada de un niño? Un niño que va a morir en vuestras crueles manos...

Y aquella mujer, que va confiada camino de su casa, ¿qué sentiréis cuando sucumbe víctima de vuestros horrores?

Sois prisioneros de vuestra irracionalidad, que a nadie beneficia.

Nadie es mejor ni peor por haber nacido en esta o esa religión. En este o ese lugar, realmente importa lo que alberga el corazón. Lo que alberga la vivencia individual.

¿Por qué no escribís una vida positiva en los renglones de vuestras experiencias?

Nadie que le escuche. Nadie que le vea. Y la conversación sigue, ajenos todos ellos al presente, ausente en sus sentimientos.

—El dinero del rescate nos es muy necesario.

—Esperemos que la próxima vez el intento se haga realidad. Fueron dos ocasiones de oro desperdiciadas.

—Era muy arriesgado, aquel coche entre los matorrales, estoy seguro de que eran esos hijos de puta, que olieron algo.

—El caso es que debemos de reunir rápido esa cantidad porque no nos queda ya pasta suficiente.

—¿Pero cómo no veis que la vida apacible hace crecer?
¿Por qué seguís aferrados a un ideal sin fundamento, que cava fosas y destruye ilusiones?

El diálogo y la concordia son el mejor amigo de la libertad que tanto proclamáis.

Desearía tanto que nunca hubiera sucedido esto que habéis hecho a la sombra de la vida...

Un día que deja paso a la noche y la noche al día, y las palabras no escuchadas de nada sirven.

Otis, viendo una noche diferente, no podía imaginar un despertar sangriento.

Otis veía la ausencia de luz en las estrellas. Y en el cielo, unas lágrimas en forma de gotas que caían tristes sobre la ciudad.

Y un silencio inquietante.

Ocho treinta de la mañana y «todo dispuesto», dice alguien.

Se escucha el nombre de una calle y de ella un punto concreto.

Y Otis, aterrado, oye. Y emprende feroz carrera hacia el lugar con la esperanza del aviso. Con la esperanza de que la tragedia no se produzca.

Bajada con toda la celeridad que sus ancianas piernas le permiten.

Escalones de madera, gastada por el centro, haciéndolas deslizantes por el uso.

Bajada más rápida de lo esperado y huesos doloridos.

Una mano penosamente asida a la barandilla frena la marcha.

Gabardina con cinturón medio caído. Semblante de apenada preocupación. Ojos de esperanza en la llegada y palpitation de venas por la ansiedad.

Intento de carrera. Intentaba que aquel coche redujera su marcha ante la llamada del anciano. Pero nadie que le escuche.

Miradas asustadas ante su clamor creyéndole demente.

—Es urgente. En un lugar cercano habrá un atentado. Tengo que llegar a tiempo.

Sollozaba.

La incesante lluvia no dejaba de caer. Y un suelo resbaladizo por el amasijo de polvo y grasa hace que el hombre no avance.

Tres calles más arriba, gentes que van y vienen.

Alguien le dice a su rezagado hijo que camine más deprisa, o llegará tarde a la escuela.

Un padre abraza a sus pequeños deseándoles un buen día, y acariciando los cabellos rubios de un casi bebé, le dice tier-nas palabras al oído.

Dos jóvenes enlazados por la cintura se dirigen a la agencia en donde les gestionan su futura vivienda.

Señoras con portes desiguales van al cercano mercado. Unas, tranquilas; otras, más deprisa, buscando las frutas o las verduras o la carne para el guiso.

Hombres y mujeres con carteras van presurosos a sus oficinas y otros, con restos de pintura, decoran la fachada del edificio azul.

Y Otis dice jadeando:

—No vayáis en esa dirección.

Pero nadie le atiende.

Su pelo blanco, mojado, caía por la frente a modo de casquete. Las cejas no podían desviar el líquido derramado por las nubes.

Coches que van y vienen.

Y otros, aparcados, esperan. Y la espera termina para uno.

Unas piernas que no pueden responder. Una respiración que no puede respirar.

Y ya, casi en el lugar, se derrumba pronunciando suavemente:

—Por ahí no, por ahí no.

Y un estruendo. Unos gritos. Y el caos sembrado. Y la no vida llenando la noche en pleno día.

Otis, derrumbado en medio de la acera, no pudo llegar.

Y el conocimiento perdido de aquel hombre desvanecido hizo que alguien por fin reparara en él. Cuando ya era tarde para el aviso.

Sirenas de un lugar a otro. Y muchos que ya no existen, muchos que antes, ilusionados, esperaban vivir una vida que les pertenece.

Miembros amputados, dejaron la firma de la independencia.

Y un día y otro. Una noche y otra.

Otis, vuelve a aquel siniestro lugar. Desea dar paz al hombre privado de libertad. Desea intentar comprender a los que se la robaron, buscando la suya.

Todo en apariencia igual, pero más en la estancia de los secuestradores.

Cinco hombres y una mujer en amena charla.

Reían. Comentaban. Se decían algo confuso sobre la condición de adinerado del hombre.

Una radio pequeña y oscura les mantenía informados de los pasos seguidos por la policía. De sus sospechas.

Otis habló, pero nadie notó su presencia y nadie, oyó sus palabras.

—No, no estaba escrita en las estrellas vuestra condición asesina.

No estaba escrita en la existencia esta vivencia oscura.

Habéis matado a aquellos deseosos de vida y de libertad.

Espero que vuestro despertar se produzca en algún momento. Espero que mi voz sea escuchada por vuestros sentimientos y sentida por vuestros corazones. Espero que la razón vuelva algún día a vuestra mal llamada libertad.

Espero que la razón vuelva un día a ver clara vuestra idea de independencia. Una independencia que atrae a la muerte con su ideal. Un ideal que no beneficia al que mata ni al que muere.

Pasados los días, un secuestrado encuentra de nuevo el terreno de la libertad y un corazón con herida comenzar otra vez a vivir; y en su vida, un recuerdo para aquel anciano que hizo más liviano su letargo, y una pregunta: ¿Qué recuerdo trae a mi mente su mirada? Y una respuesta respondida cuando un lejano día deje de vivir.

Matices de la existencia. Historias de aquí y allá. Diversidad de colores en las escrituras de las vivencias.

Una mujer escribe unos pensamientos, escribe unas historias. Una novela.

Hace una pregunta al viento y éste le responde:

—Mirada asombrada a la montaña iluminada.

Mirada callada hacia el rebaño que pasta.

Corazón enternecido cuando llora la vida.

Palpitante resurgir cuando sonrío la mañana y, con ella, el Alma luminosa.

Experiencias vividas hacen mella en ti. Y tu ilusión se va poco a poco sin darte apenas cuenta.

Niñez ensombrecida por la añoranza; juventud olvidada esperando el mañana.

Y un mañana que llega y es esperado y cuando llega se muere la ilusión.

Correteas por las nubes, por el cielo y por las estrellas. Y en el día duermes y la experiencia es olvidada.

Plenitud de un Alma cuando el cuerpo duerme. Y cuando éste despierta, duerme el Alma.

Cosecharás el triunfo y alguien te preguntará: ¿Por qué tú? ¿Como tú? ¿Acaso tú...?

Y tú debes decir:

«El sonido que lleva mi Alma se escucha en el papel.

El conocimiento de la vida se plasma en las palabras.

Y mi palabra se silencia porque habla el Alma».

Y lo dirás porque lo que plasmas en el papel, tan transcendente, no sueles decirlo cuando hablas. Cuando pronuncias las palabras por tu boca.

Y no lo dices porque muchas veces la palabra se pierde en el olvido... En lo no escuchado. Y tú quieres que tu palabra no dicha permanezca. Quieres que tu palabra escrita no se olvide.

Y en un lugar alguien espera que el barco descargue una preciada mercancía, que enriquecerá a los ya poderosos.

Y que matará más a los ya muertos en la vida.

Paquetes y más paquetes colmados de polvo mortal llegan al puerto. Otis espera la descarga en tierra, junto al que realmente espera hacer su trabajo.

Ojos enrojecidos por el llanto. Manos anudadas, la una con la otra, cerca del corazón.

Cabeza medio ladeada. Y en su boca, una triste mueca.

Hombres que trabajan afanosos. Otros que esperan apoyados en un lujoso coche. En la penumbra.

Mujeres enjoyadas anhelan al marido que llega pletórico de felicidad por el negocio.

No importan otros hogares muertos por el ofrecimiento de los asesinos poderosos.

No importa el infortunio de los jóvenes, tantos jóvenes que nunca serán adultos.

No importa aquella madre que vierte una plegaria al viento esperando que su hijo no caiga en la decisión fatídica.

Sólo importa el poder, el dinero, el lujo placentero, piensa el causante de tanta muerte en vida. Si es que piensa alguna vez.

Otis no habla hoy. No habla porque tampoco aquí alguien escucharía su pensamiento. Nadie le vería. Nadie intentaría comprender su parecer.

Y la vida sigue. Y el viento sigue el curso por la vida. Rápido, ve las más diversas historias. Y en algún sitio pierde la rapidez y se para y mira y enseña.

Otis no es viento, pero vive en el viento en su viaje por la vida.

Ignacio disfrutaba de una tarde especial. Casa solitaria, con sólo su presencia.

Una hermosa estancia llena de alegría, de buen humor. Cabeza llena de planes para el día, para la noche.

Acicalado ante el espejo, con un aspecto inmejorable, esperaba la llamada del timbre de la puerta.

Esperaba a Diana. Su querida Diana.

Antes de la presencia deseada, un retoque al cojín anaranjado. Y unos vasos colocados sobre bandeja de cristal presagiando una tarde llena de ilusiones desconocidas.

Sentado en el sofá. Piernas cruzadas en actitud de espera ahora. Más tarde, una pierna balanceada sobre la otra indicando que la impaciencia no podía soportar más tiempo.

Al fin, pasados unos minutos, más de los deseados, una llamada.

Corazón que palpita con más fuerza. Un último retoque con mano sobre la cabeza alisando el cabello.

—¡Al fin!

—Perdona, me he retrasado.

—Dieciocho minutos. Llegé a creer que no vendrías.

—¿Qué te dije ayer? Soy de palabra. Tendrías que haber-te dado cuenta hace tiempo. Nunca te he fallado. ¿O sí?

—No, pero no hace demasiado tiempo que te conozco.

—Tres meses son suficientes para tener una idea.

—Pues creo que no. Eres imprevisible. Veo que cambias de actitud en muchas ocasiones.

—No en ésta.

—Me alegro.

—¿Qué quieres tomar?

—Cualquier cosa. No tengo predilección por nada.

Ignacio, con mano temblorosa, llenó el cristal con algo de color oscuro. Realmente, no tenía mucha idea de lo que era pero deseaba impresionar con su pericia anfitriona.

Una charla amigable. Comentarios sobre los estudios. Unos libros consultados para la pregunta de uno.

Comentarios sobre esto o aquello. Y una cercanía. Un roce. Unas manos entrelazadas.

—¡Eres preciosa!

—¿Tú crees? —respuesta en ademán de coquetería.

—Sabes que me gustas mucho. Creo que estoy loco por ti.

—Nacho..., tú también me gustas mucho.

Y un beso. Apasionado beso.

Temblorosas manos. Respiración jadeante... Una decisión pensada. No comentada por ninguno de los dos.

¡Santo cielo! ¡Ahora no!

El timbre sonando insistentemente. Y unos planes que no pueden cumplirse.

Contrariedad, tristeza, rabia, sofocos...

Paso firme y dirección hacia la puerta.

Un ¿quien será? en el pensamiento del contrariado Ignacio.

Puerta abierta y un deseo, firme deseo de matar a aquel que está delante de él.

—Otis, ¿sabes lo que acabas de hacer?

—Sí. He tocado al timbre.

—¿Pero cómo es posible que hayas venido hoy?

—¿Y qué tiene de malo?

—No lo comprenderías. Tú no pareces de este mundo y aunque te explicara lo que has hecho no podrías asimilarlo.

—O tal vez sí.

—Déjalo. Anda pasa. ¿Cómo te ha dado por venir hoy a mi casa?

—Hacia tiempo que no te veía. Creo que si tardamos mucho más no podrás aprender todo lo que quiero que sepas.

—Pero es que precisamente hoy...

—Si quieres me marchó...

—No, no, pasa.

Pasos jadeantes y acompasados por el largo pasillo y por fin llegada al salón.

Estancia luminosa. Bañada por el sol.

Diana, sentada, contemplaba un libro. Ojeando. Sin prestarle realmente atención.

—Buenas tardes, Otis. Qué agradable sorpresa...

Y una expresión contrariada en el rostro de la joven y un sentimiento comprensivo en el del anciano sabiendo que tal vez la contrariedad de hoy se volviera agradecimiento mañana.

—Tengo que irme. Es algo tarde. Nos vemos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Y despedida en la puerta con unos besos furtivos y prometedores.

Vuelta al salón.

—Realmente, Otis, eres imprevisible.

—Siento haberte estropeado los planes. Pero es que soy tan mayor, me siento tan cansado, que una vez aquí tenía que descansar. No tenía fuerzas para decirte que volvería otro día.

—Sí. Sí. Te comprendo. ¿Quieres?

Y una invitación mientras levantaba un vaso situado junto a otro, en la bandeja.

—No. Creo que nunca más tomaré algo que tú me ofrezcas.

Risas recordando el día de las luces en movimiento.

—¿Cómo es que estás solo?

—Mis padres están pasando un fin de semana en la montaña.

—En la montaña...

—Sí, en casa de unos amigos. Creo que ya te he hablado de ellos. Son los padres de Elvira, los que tienen un chalet en las afueras de aquí y otro en la montaña, en donde están hoy.

¿Sabes?, es una preciosidad. Es muy grande. Tiene un montón de habitaciones. Un jardín inmenso con cerca de madera. Una de las verjas da directamente a un sendero que conduce a una cueva de la que dicen que hace años sirvió como cobijo a una mujer solitaria que se alimentaba de raíces y frutas.

Recuerdo cuando éramos más pequeños, vivíamos allí las mejores aventuras que tú puedas imaginar.

Espero que cuando termine mi carrera pueda comprar una casa tan alucinante como ésa.

—¿Crees que tendrás posibilidades?

—Desde luego. Espero conseguir todos mis propósitos. Tú mismo dices que es necesario ser positivo. Yo es lo que estoy haciendo.

—Positivo sí, pero no avaro.

—¿Es eso ser avaro?

—No es ser avaro poseerlo, pero según estás hablando veo tintes de ello en tus palabras...

—¿Qué es para ti la avaricia?

—Es desear más y más en lo material. Es no sentirse nunca conformes, aun cuando la posesión es grande.

Pero nada de lo material perdura para la vida que perdura.
Transitoria en la vida es la avaricia porque nada material
deber ser portado después del tránsito.

Porque el no soporte no puede portar. Y el espíritu no es
soporte material.

—Claro que el espíritu no puede portar. Si no tiene si-
quiera forma...

—El espíritu tiene forma, aunque no perceptible para el
ojo humano.

Cuando el cuerpo yace, el espíritu se eleva y parte hacia
el camino de vuelta.

—De vuelta...

—Como en un intento de ser succionado por la Luz, el es-
píritu vibra; y en esa vibración proyecta su regreso.

—Y va a la Luz con sus experiencias.

—Transitoria en la vida es la experiencia vacía, porque no
tiene experiencia lo que nada aporta.

Como si el sueño penetrara en la vida, así se ve la vida
desde otro plano de existencia.

Pero el Alma conoce por la experiencia algo que antes de
ésta no conocía.

Y como el comienzo y el fin se unen, se agranda el grado
de aprendizaje.

—Pues cuando suba voy a acusarte de lo que has hecho
hoy conmigo. Yo que me prometía una tarde tan feliz...

Palmada en la espalda de Otis y sonrisas amistosas.

—Tendrás tardes felices cuando sea el momento.

—Otis, he estado pensando que tú intentas decirme que
el sol es el astro que ilumina. O sea, el que hace que las plan-
tas vivan, y los seres y todo lo que tiene vida...

—Sí.

—La luna, recibe la luz del sol e ilumina a menudo, aun-
que con pálida luz.

—Sí.

—He pensado que ÉL es el sol. Tú eres la luna que ilumina a aquel que desea contemplarla, pero no con la fuerza de la Luz, sino como quien recibe Luz.

—Puede ser.

—Otis, eres genial. No me importa que seas sol o luna.

—Tú también lo eres.

Es difícil convivir en una sociedad. Hoy el mundo parece que no despierta.

A menudo, las situaciones están un poco al revés. Pero como cuando el mar se desliza hacia la tierra en entrantes tranquilos y profundos, así el Alma, la conciencia humana, se adentrará en el pensamiento y en la acción del que vive racionalmente.

—Sería un mundo más feliz, desde luego.

—No dudes, joven amigo, de que algún día se despertará el dormido. Y el ya despierto hoy entonará la canción de la Vida en el vivir.

—Cuando hablas de la Vida, ¿te refieres a otra realidad?

—Sí, a la que perdura.

—¿Y cómo es esa Vida?

—¿Por qué me preguntas como si yo tuviera la certeza?

—Porque siempre te he visto hablar como si conocieras muchas cosas... Muchas cosas desconocidas para mí...

—Voy a decirte cómo tienes que imaginar la existencia de lo venidero. El lugar adonde todos llegan.

Voy a decirte cómo tienes que imaginar lo no visto por ojo humano, sino por Alma que vuela y permanece.

—¿Tú lo conoces? ¿Lo recuerdas?

Mirada muda tras los cristales.

—¿Conoces la luz?

—Sí.

—¿Conoces los colores?

—Sí.

—¿Y las nubes, y las flores, y los árboles?

—Qué preguntas más tontas me estás haciendo. Ya sabes que sí.

—Bien, pues nada tiene semejanza.

Verás: es un lugar enternecido por la brisa y los colores. Por los cantos y las flores. Y, sobre todo, por presencias armoniosas.

Los jilgueros no cantan porque su canción se escucha sin ser cantada.

Los brazos no abrazan. Ni besan unos labios, porque las caricias se sienten sin que sea necesario demostraciones amorosas.

Las rosas, de colores no imaginables para ti hoy, cubren los lugares apacibles con su presencia. Sin que exista rosal. Sin que existan espinas en los tallos.

Las orquídeas son hermosas en la tierra, pero no puedes compararlas al jardín imperecedero.

Las nubes no se agolpan. Ni ennegrecen. Ni sueltan agua, sino que acarician a su paso.

Y el que duerme es acariciado con su silencio. Con su suavidad.

—¿El que duerme?

—La permanencia es sentir sin cuerpo y mirar sin ojos y dormir sin sueño. En el dormir estás despierto.

No existen matorrales ni sustancias malolientes ni cuervos, ni reptiles ni flores sin aroma...

—Pero el aroma...

—Percibes los olores sin que exista membrana que los capte. Porque los sentidos perduran aun sin soporte.

No hay senderos con piedras afiladas en la montaña. Existe la montaña y una colina ardorosa de la que surge un manantial.

—¿Por qué no hay cuervos?

—Ya son palomas.

—Sucias palomas...

—Ya no. Ellas no son como tus ojos las ven hoy. Pero siguen siendo aunque no sean.

—Perdona, no entiendo nada.

—Tú, cuando piensas e imaginas, vuelas con la imagen a lejanos lugares.

Y esa imaginación, hoy pobre, te niega muchas cosas porque la razón te ata.

—¿Cómo que la razón me ata?

—Cuando estás en el cuerpo es necesario razonar para tomar decisiones. Pero cuando el abandono del cuerpo es total, lo inimaginable hoy se vuelve realidad mañana.

—No me agrada vivir en un mundo de sueños. Poco real.

—Querido amigo, la realidad es aquélla, no ésta.

—Sigue..., sigue... ¿Y qué fue de la serpiente?

—Allí no tiene lengua bifurcada. Ni aspecto repelente. Ni veneno. Y ya no asusta porque su presencia no hace daño. La serpiente no es serpiente.

La hierba en el suelo carece de espinas. Y la alfombra suave y esponjosa acoge sentimientos y desprende aromas que invitan a no partir.

—Y dime..., ¿en dónde está ÉL?

—En la flor y en la cascada. En el sentir y en la vibración de la presencia.

—¿Cómo se comunican los seres que viven allí?

—Sin la palabra. Sólo con el sentimiento.

—Nunca puedes fingir si siempre aflora el sentimiento.

—No, porque nadie lo desea. Tampoco deseas mentir. Ni haces algo que haga herida.

—Mira..., y pienso yo: ¿qué hacemos aquí si en ese otro sitio se está tan bien?

—Vivir en la rueda de la vida, y recoger experiencias.

—Me cuesta mucho creerlo. Tal vez me estés mintiendo

—Tú sabes que no.

—Perdona. Puedes seguir.

Se palpa en el ambiente una especial indiferencia. Quizá un oír a menudo sin ser escuchado. Cierta escepticismo y algo de alucinación, piensa Ignacio de aquel que habla.

—Tú te comunicas conmigo y yo contigo.

Escucha: en la comunicación del Ser con el ser debe de regir la demostración de aprendizaje y de Amor correspondido. Y así, el ser que recibe sabe lo acertado de lo recibido.

Y si yo te digo es porque el ser humano se encuentra desorientado y perdido en su propio mundo, porque ignora a menudo los caminos.

Y tú eres un caminante en el camino de la vida que escucha y que mira dentro de ti y deseas que todos encuentren el sendero que tú un día buscaste.

—Creo que estás equivocado. No recuerdo haber...

—Si miras dentro de ti sabrás que es así, como yo te digo ahora.

—De qué me sirve que tú me digas si yo no pienso decir. Tengo miedo si cuento que tengo estas conversaciones contigo. Me tildarán de chiflado.

—Mira, cuando el ser humano ve que otro, en apariencia normal, es capaz de algo que no es común para el resto de los caminantes se hace preguntas. Y en las respuestas, ciertamente, existe desigualdad de opiniones. Desigualdad de criterios.

—Tengo que decirte que algunas veces siento cierto reparo..., siento un poco de...

—Sí. Tú me quieres pero te avergüenza que otros sepan

que yo soy tu amigo. No necesito que me lo digas, yo lo sé.

Mis lecciones de la vida y de la Vida tardarán en salir de tus labios porque desconoces el criterio que otros llegarán a tener de ti si tú lo dices. Si dices lo que sabes. Lo que vas aprendiendo.

Pero si tú hablas y alguien recuerda y escucha el canto de esperanza, correrá esperanzado hacia los brazos de la Unión. Hacia los brazos de ÉL, que pacientemente espera.

Y en lo que yo te digo queda plasmada la rectitud del camino y la sencillez del paso y la sencillez de la muestra del camino...

Quando te hablo, te hablo de unión y de comunicación.

Pero la unión es la establecida y no hecho sobrenatural. Ni fuera de lo posible.

Y si esta amistad tuya y mía te ha sucedido a ti y no a otro, no es que tengas una especial circunstancia, tienes una circunstancia más, sin tener en cuenta al alguien ni al lugar, sino lo que se muestra.

Y el camino de la vida se verá aliviado. Y si tú dices, alguien sin esperanza verá que renace en ellos la esperanza.

Y muchos seres humanos sin puerta abrirán la Puerta.

Y cuando el conocimiento sea sentido como conocimiento propio, verán los que sepan mirar que su conocimiento es común al conocimiento.

—¿Tú tienes idea de las dificultades que podemos encontrar en nuestra vida? ¿En nuestro caminar? Es que... como pareces saber tantas cosas.

—Yo vivo en la tierra, amigo mío, y tengo cuerpo; tú lo ves. Entonces, si mi conocimiento, por circunstancias, fuera amplio, esa amplitud no sería la amplitud porque el Alma convive con el cuerpo; y aunque el Alma tenga gran conocimiento, existen muchas lagunas en el saber porque vivo aquí.

—Dime, ¿quién eres?

—Otis.

—Eso ya lo sé. ¿Pero quién se esconde detrás de ti?

Vuelta sobre sí mismo. Mirada burlona y una respuesta:

—Nadie.

—Contigo es imposible. Piensa y concéntrate en esta pregunta, a ver si conoces respuesta: ¿es verdad que con el fin de milenio se acabará el mundo?

—Las catástrofes que alguien dijo acontecerán en el término de este siglo no son tales ni existirá nunca castigo divino, porque la Divinidad no castiga.

Para los caminantes de la vida, puede ser catástrofe o triunfo, como lo es hoy, según los distintos modos de vida de los seres humanos.

Seguirán existiendo las dificultades, las alegrías, las penas... Vida al fin.

—He oído decir que existen personas que hasta prevén refugios por si la catástrofe llega, por si el castigo llega, y poder ellos sobrevivir.

—Cuando el ser humano prepara moradas subterráneas y alimentos para cuando la catástrofe llegue sólo está considerando la poca fuerza del llamado castigo, ya que si viene de Aquel que todo lo puede, no resulta comprensible ocultar para que no pueda.

—Aquel que todo puede... Aquel que todo puede... ¡Cómo me cuesta creer en Él!

—La razón, en lo que concierne a la fe, debe de ser ignorada para que su ausencia dé cabida a la fe, que al razonarla es imposible alcanzar.

Pero cuando el ser humano vive como tal, el razonamiento de las situaciones, debe presidir su vida.

La vida discurrirá con sus nubes y su sol, con su lluvia y con su viento. Y temblará y secará, como aconteció hasta hoy.

Con el siglo que nacerá, el cuidado del monte y del río y del valle serán. Y serán porque la vida debe continuar y todo es necesario para que el que vive viva.

Ni el mar cubrirá la tierra, ni sucumbirá el monte, ni el terremoto acabará con la vida sobre la tierra.

El ser humano debe de seguir en la rueda de la vida. En la rueda de la existencia.

Y en esa rueda de la vida, que no comienza y no termina porque la rueda no tiene fin, sino principio y fin en sí misma, se tejen las experiencias. Y un lejano día la rueda dejará de girar para permanecer.

Entonces ya nadie tendrá dudas ni tensiones ni temores ni odio ni maldad, porque estos sentimientos habrán desaparecido, dejando sólo el paso a la Luz, el paso al Amor. Al Amor.

Y en esa permanencia sin discordias, el sùmmum, será la sola permanencia. El solo sentir.

Y entonces será el cobijo del Amor; y el Amor, que es el sentimiento más sublime cuando anida en el ser humano y Es cuando anida en sí mismo, en la Esencia, se manifestará sin palabras y sin hechos porque será sentido y experimentado.

Y cuando se siente y se experimenta sobran las palabras y los hechos. Y el Amor dirá con su sentimiento: «Mis lazos son los lazos que abarcan la existencia. Y mi abrazo, imperceptible abrazo, es el sosiego. Y las caricias, en la no caricia, quedarán plasmadas en los sentidos. Y mi halo, que cubre tu halo, será uno solo; como cuando una y otra gota forman un solo cauce».

Y la ilusión dejará paso a la realidad. Y lo que es real existe. Y el Amor, que es la verdadera y única realidad, por ser el Origen, será realidad sentida.

Y ya nadie tendrá deseos de esto o aquello porque el deseo está colmado y el vaso del Amor, lleno.

—Verdaderamente, tienes imaginación porque me parece muy extraño que tú puedas saber tantas cosas. Es más, creo que posees mucha fantasía.

—No. Es así.

—En la existencia debe de existir el equilibrio...

—Sí.

—Pues no entiendo; si todo será amor y bondad, la balanza bien —mal no existirá y por lo tanto no habrá equilibrio.

—Las acciones desconsideradas y traicioneras dejan energías negativas en la existencia. Y esa energía ocupa un lugar en el espacio.

—Entonces, resulta que lo negativo que desprende el ser humano es beneficioso para el equilibrio.

—No es beneficioso, pero una vez desprendido debe de ser albergado.

—¿Todo eso es verdad?

—Joven amigo, intento decirte que nada es tan terrible. Que la vida en la tierra, por muy difícil que sea para el que vive, nunca es motivo de auténtica desesperación.

Y también intento decirte que la otra Realidad es hermosa, y que esa hermosura será la Casa de todos los que viven.

—¡Qué injusto! El criminal junto al Amor, en feliz relación. No puede ser...

—Existen diferentes estados después del paso de la vida a la Vida. Unos llegan muy pronto al lugar soñado. Otros tienen larga espera.

Tarde continuada en reflexiones, en historias de realidad para uno y de escepticismo para el que escucha.

Incompresibles lecciones para un alumno que empieza a vivir. Pero lecciones de gran provecho cuando en el correr de los años se sienta a rememorar las historias que alguien un día contó.

Sonidos que se escuchan o que se acallan en la vida. No en la existencia.

Pero sí... Sí. Allá se oye un sonido. Una sirena avisa que algo ha ocurrido.

Pueblo arremolinado junto a la mina. Mujeres que corren entonando un llanto con la esperanza de que no sea el suyo.

Niños asustados. Mujeres secando la lágrima, con un delantal que se anudó de mañana. En la cintura.

Zapatillas usadas muchas veces. Y un dedo que juguetón asoma reinando sobre el paño que el tiempo gastó.

Pelo alborotado, ya que la rapidez del aviso no hizo posible su peinado.

Histeria y gritos ante la boca mortal.

Equipos de rescate...

Unos salen con cara ennegrecida, con lágrimas frotando la negrura. Con la luz mortecina que alumbra el foso colgada de su casco.

Y un penoso ascensor se afana en sube y baja.

Vuelta a entrar gente con material de auxilio. Y un anciano, de suaves manos, de mirada azul, pelo canoso, que entre los que auxilian quiere bajar.

—Pero, hombre, ¿a donde va? Bastantes problemas tenemos y para colmo cuidar de usted. De un loco dicen muchos.

—Déjenme bajar. Tengo que bajar.

Y alguien ató sus brazos con su abrazo. Inmovilizado, sustraba muy bajito; como dicta la desesperación:

—Necesito bajar..., necesito estar con ellos.

Pasadas unas horas, suben camillas con rostros ensangrentados.

Para unos, ya el fin. Para otros, dolorosa experiencia jamás olvidada.

Y un grito en el aire. Y una plegaria al viento se oye.

Matices de la vida. Dureza de trabajo. Vida difícil para unos; y para otros, sillones arropados.

Si. Matices de la vida.

Y saltando las aguas, en otro lugar, unos niños.

Miradas ensombrecidas por la dura vivencia. Rostros que se imaginan tras la suciedad. Ropas descoloridas que alguien dejó en el abandono. Y allí, juntos, pasan las horas y los días.

No hay padres que los mimen. No hay desvelos cuando llega la enfermedad. Son niños sin derechos. Niños de la calle.

Una puerta medio abierta vomita un pequeño. Corre sin cesar; y detrás de él, un hombre que sale diciendo amenazas y frases de desafío.

¡Cuidado!, dicen unos. ¡Ya llegan! A esconderse.

Unos ¿hombres? buscan a esa infancia rota para aplastar lo poco que queda de ella.

No es aconsejable que pordioseros miserables estén junto a sus negocios. Piensan.

Y van a la caza del niño...

Y el viento se pregunta: «¿Qué lecciones aprenden los pobres marginados?

¿Qué calor arropa sus desvelos? y ¡cuánta muerte en vida!»

Y alguien piensa: «¿Cómo Dios consiente esto? Si es que Él existe...»

Y su corazón les dice: «En las vivencias de la vida interviene el ser humano. Y las decisiones son de él. La ausencia de sentimientos positivos anida en muchos corazones, consintiendo situaciones.

El sonido de la pobreza es escuchado por muchos, pero ignorado a menudo.

El sonido del llanto derramado inunda algún corazón en un momento, pero frecuentemente olvida el llanto con su vida cotidiana.

El corazón, que se encoge ante la amargura y la tragedia rápidamente se ensancha cuando las satisfacciones le invaden».

Y el viento, en su viaje de la vida portando Vida, se desliza suavemente por las distintas vivencias.

Y en el mismo lugar, un corro de niños habla y un hombre reparte la ternura y el susurro. Con sus manos acaricia unos rostros vacíos de caricias.

Todos se agolpan junto a aquel viejo amigo que les visita y que aparece muchas veces cuando la situación es insostenible.

Y el hombre de mirada azul, rezumando Amor y amargura a la vez, enternece el entorno con su presencia.

Entonces, el viaje por la penuria, por el bullicio triste de un barrio marginal, imprime con su presencia un testimonio.

CAPÍTULO	

1911
1912
1913
1914
1915
1916
1917
1918
1919
1920

Agobio, opresión. Deseo de valle y de monte y de río... No hay lluvia hoy. Los amaneceres tampoco hacen estremecer a quien contempla el valle, porque, cubierto por espesa niebla, no está para los ojos que desean extasiarse con su hermosura.

Todos los habitantes callan y esperan el resurgir. Esperan que esa oscuridad trémula y fría desaparezca. Ansían que el sol vuelva a acariciar con su presencia.

Y mientras tanto, siguen callados.

Nadie puede ver tras la espesa niebla.

Con la ausencia de percepción, el lirio puede ser hermoso, pero callado hoy. Y los árboles no intentan siquiera vigilar los movimientos desde su altura.

La oscuridad hace que todo el valle sea anónimo y carente de belleza. Carente de hermosura en este día de cortina gris.

Pero la historia continúa y, sin cesar, los que viven siguen actuando en el teatro de la vida.

Un hombre joven, de aspecto agradable, habla. Una conferencia.

Fluidez. Ademanes exquisitos.

Rodeado de mucha gente, al final de su intervención ríe con sus amigos, con sus conocidos. Brindis con champagne.

Hombres y mujeres de todas las edades se dan cita.

En una mesa solos, unos padres. Un padre y una madre.
Miran con admiración a aquel elocuente hijo y ellos esperan.
Pasan los minutos y la visita deseada que no llega.

Alguien en otra esquina, contrariado, piensa en aquellos
padres, sintiéndolos intrusos en el lugar.

Y siguen pasando los momentos...

Al fin, del brazo los dos, entre la gente, llegan a su adorado. Un
pequeño apretón a aquel hombre maduro deseoso de abrazo.

Un beso sin ternura a aquella madre ansiosa de querer.

Y un hijo situado en las alturas con padres olvidados.
Sufrimiento de ayer en la carencia, mientras el niño vivía en
la ciudad, aprendiendo a ser hombre.

Y hoy, ellos, tristes, pensando en vuelta a comenzar.
Pensando en ver cómo serían las cosas de haber sabido la si-
tuación actual.

Y una confesión mutua; del uno al otro: «Tal vez igual. Tal
vez el mismo sacrificio. La misma entrega».

Cariños despreciados por unos y por los otros, cariños de-
seados.

Existencias que son, en el entorno, crueles con aquellos que
dieron todo a cambio de nada, pero deseosos de un beso. Y de
un oír decir: «Éste es mi padre. Ésta mi madre».

Pero la historia, muchas veces cruel, de los que viven no
son siempre historias deseadas, sino tejidos que forman lien-
zos de diversos colores.

Alguien dice: «¡Qué triste es todo!»

Y otro contesta: «Son los distintos caminos. Y en todo ca-
mino están las flores y las espinas. Y tal vez, en muchas oca-
siones, con ausencia de flores».

Y aquel día un niño descubre el mar.

Llega a la arena. Corre y admira. Casi sin palabras, apunta con
el dedo hacia lo lejos. Y se sienta en la orilla excavando la arena.

Una almeja juguetona abre y cierra sus valvas fuertemente, la una contra la otra. Atrapando el agua.

Con un manojo de algas en sus manos recorre la orilla.

Unas latas abandonadas entre la arena asoman dejando ver la hojalata en el entorno de arena tostada.

Gente que entra y sale del agua; y en una barca, alguien vigila al bañista.

Corales en el fondo del mar que no se ven. Y unas rocas picudas dicen «¡hola!» a la ola, invitándola: «¡Ven hacia nosotros!, y cosquilléanos hasta que nos volvamos arena».

Y los ojos de aquel niño siguen mirando.

Una mujer casi anciana se adentra desafiante hacía la espuma levantando la falda por encima de sus rodillas. Pero al poco tiempo su vestido pingoso chorrea agua.

Un hombre muy moreno con ajustado bañador pasea, muy erguido, entre los bañistas.

Y muchas mujeres de todas las edades caminan con ropas multicolores; y otras, tostadas en el suelo, invitan al sol, en su medio dormitar, a seguir acariciando su enrojecido cuerpo.

Un hombre con pantalón remangado cargando con un recipiente al hombro ofrece golosinas a los bañistas.

Muchos niños, con paletas, con calderos y con gorritas, corretean de un lugar a otro.

Y las olas bañando la arena. Y un niño, descubriendo el mar y las olas y las gentes tumbadas y de pie, caminando o contemplando el agua...

Y un milagro en la pupila de sus ojos ante tanta apreciación desconocida hasta hoy para él.

Un pie y otro, poco a poco, palpando las olas. Más adentro, cubierto ya su cuerpo hasta la cintura, sensación de río, del conocido río.

Una caída tras el empujón traicionero de la espuma. El agua que se desliza por sus fosas nasales y su boca.

Una mueca de mal sabor, de sabor salado desconocido hasta hoy por el.

Mientras salía corriendo hacia la arena, mirando el agua que parecía perseguirle enfurecido, pensaba que, tal vez, cuando se volviera dulce en el sabor intentaría de nuevo un baño.

Atónito por la experiencia y grabando las imágenes vividas, se dispuso a seguir el camino de su vida, corta aún hoy.

Y las historias tejidas por los caminantes continúan.

Otis, esperando el despertar de los que viven a la sombra del desatino, sigue su viaje y sus vivencias.

Joven enferma. Mirada perdida. Famélicos brazos. Desvarío de ideas. Vomita el alimento que antes tomó.

Debajo de un arbusto del impecable jardín se esfuerza en su intento. Y en las manos, un recipiente que cobija.

Cara enrojecida. Mirada empañada por el agotamiento.

Ante ella, un hombre. Mirada azul, tiernos modales, caricia en sus palabras.

—¿Estás enferma?

Nada por respuesta.

—¿Qué te ocurre?

Mirada desconfiada por parte de ella ante el intruso que traspasó la verja.

Palabras titubeantes surgen de unos labios:

—¿Quién eres? ¿Como has entrado aquí?

—¿Quién soy...? —y su mirada se clava en aquella mujer, casi una niña, con una intensidad de sentimientos experimentados en su contemplación. La entrada estaba abierta. No has puesto cerrojo. Te he visto y he creído que necesitabas ayuda.

—No la necesito.

—Bueno, bueno, creo que tienes muy mal aspecto. Debes avisar a tu familia. Has de decirles que no te encuentras bien. No debes sufrir en soledad.

—Ellos ya saben lo que me ocurre.

—Entonces, ¿por qué estás aquí sola? ¿Por qué no estás dentro de tu casa?

—Porque saben que estoy mal, pero no deben saber lo que estoy haciendo ahora.

—Estás muy delgada.

—¡No! Qué manía tiene todo el mundo diciendo que estoy delgada.

¿No ves? Estoy gordísima.

—Pobre hija. Siento decirte que estás en los huesos.

¿Ves mi bastón? Tus brazos son aun más finos que él.

—No es verdad.

—¿Qué buscas no ingiriendo alimentos?

—Yo los tomo, pero después me arrepiento y provocho el vómito.

—Pero... ¿No te das cuenta de que estás apagando tu vida?

—Quiero ser la mejor. Deseo llevar ropa ajustada.

—Sí. Conozco lo que buscas.

—¿Cómo que conoces lo que busco? Tú qué sabes.

Momentos de pensamiento y el viento acariciando las flores y los árboles del jardín.

—Se de ti muchas cosas, comunes a gran cantidad de jóvenes como tú que buscan constantemente superación. Pero en este caso, como en muchos otros, equivocadamente.

—Pues no sabes nada de mí.

—Se algo que voy a decirte: eres el resultado de tu afán por la perfección.

Eres esa joven que mira y que ve a muchas más con hermosas figuras, y quieres emularlas.

Eres el deseo de mejorar en todos tus actos no dándote cuenta de que en el camino tomado encontrarás muy pronto la meta de tu vida si no cambias el rumbo.

—Por esto no se muere.

—Sí, querida amiga. Sí.

—Lo que ocurre es que todos os habéis puesto de acuerdo y tu entrada aquí no es casual.

—Efectivamente, no es casual, pero tampoco me he puesto de acuerdo con nadie.

—¡Déjame en paz!

—No, ahora no. Debes escucharme. Después me iré.

Quiero decirte que debes ser la Luz de la juventud, expandiendo ansias, ilusiones y deseos de felicidad.

Debes seguir los senderos de tus vivencias, sabiéndote imperfecta y sabiendo que eres amada, aunque no seas lo que anhelas ser en tu ideal.

Debes ser la alegría de vivir, aunque tu espejo no devuelva a tus ojos esa imagen que tanto deseas.

Ámate y sabrás Amar.

Admírate y podrás admirar lo que te rodea.

Mira tus brazos, tus piernas y tus manos. Ellos no tienen la culpa de tu inconsciencia de hoy.

¡Dales vida! ¡Aliméntalos!, y entonces volverás a ser tú misma.

¿Cómo puedo hacerte comprender que estás viviendo hoy en gran desatino?

¿Cómo puedo hacerte comprender todo lo hermosa que puedes ser siendo como debes ser?

¿Cómo puedo hacerte comprender que la felicidad no está en ese oscuro camino?

¡Vive! ¡Vive!

Hija, no debes morir tan pronto.

Camino de la entrada, poco a poco, lentamente, piensa. Y ya en la puerta, gira su cabeza y su mano dice adiós a un hombre que hoy hace que la sonrisa vuelva a aquel rostro casi apagado.

Ya en su cuarto, miró aquellas figuras estilizadas que tantas veces había admirado.

Mas tarde, ante el espejo, intentó con todas sus fuerzas ver la realidad.

Pasados los momentos, la asombrada mirada dejó paso a la decisión.

Y la coherencia, abandonada por un tiempo, regresó.

Y la historia sigue. Y la novela de la vida no se apaga. Y el teatro, con unos personajes que vierten sus experiencias, se abre de nuevo.

Lugares diversos. Actores diferentes. Colores brillantes, oscuros, opacos...

—Ignacio, lo siento. Yo no iré.

—¿Cómo que no vendrás? Me habías dicho que sí.

—Pues no pienso ir. Ese hombre me desespera.

Mira, no quería decirte nada, pero todos pensamos que tu aislamiento, ese estado que tú deseas a menudo, tiene que ver con ese hombre. De seguir así, vas a caer en una fuerte depresión.

Siempre estás ausente. A menudo comentamos que no pareces un joven normal. Quiero decir que no vives la juventud que te corresponde; y toda la culpa es de ese hombre que te dice tantas tonterías y te cuenta esas historias que van a volverte loco. Lo siento, Ignacio, pero yo quiero una persona normal a mi lado, no alguien que esté todo el día dándole vueltas a las estrellas y al porqué de la tierra, y al porqué de la vida.

Soy muy normal y deseo con todas mis fuerzas que tú también lo seas: si no es así, yo, hoy, te digo adiós.

—Diana, estás loca. Yo soy una persona a la que siempre le ha gustado vivir hacia adentro, pero también estoy en lo que debo estar.

No soy un soñador. Vivo en la realidad.

Otis es mi amigo y es tu amigo, porque él es el amigo soñado por todo el que camina.

No es culpable de mi forma de ser porque yo siempre he sido así. Y creo que sus lecciones son bastante recientes como para que tú creas que ha influido tanto en mi forma de ser.

Diana, dime si de verdad me amas, dime si tu alejamiento es realmente a causa de Otis.

—No lo sé. Solo sé que espero a alguien que viva más en la tierra, y si tú no vives...

—Diana, piensa bien tu decisión. Yo te necesito. Pero si deseas seguir a mi lado debes aceptarme como soy.

Silencios. Minutos eternos. Nudos en la garganta y un atlético muchacho con el corazón partido se quedó solo.

Poco a poco, aquel árbol que sostenía su cuerpo erguido fue rozado por una espalda que resbalaba hacia el suelo, tomando asiento.

Ya, teniendo el campo como silla y el árbol como respaldo, mirando al infinito, se sintió solo, como jamás se había sentido.

Mente vacía, dolor en el corazón y unos sentimientos ardorosos atravesando su alma como una lanza mortal.

Ojos cerrados tratando de volver sueño la realidad.

Permanencia durante momentos, o tal vez horas. Y después, ojos abiertos y la soledad ya no estaba.

—¿Qué haces en este lugar?

—Habíamos concertado una cita muy cerca de aquí. Tú no llegaste. Yo ya me iba y te encontré.

Tu estado hablaba, aun sin palabras. Y entonces esperé junto a ti.

—Gracias.

—¿Quieres decirme algo?

—No

—Está bien. Es tu deseo. Pero yo creo que es mejor para ti que te levantes del suelo porque la hierba está húmeda y puedes resfriarte.

—No me importa.

—Siempre te he dicho que los problemas no debes sufrirlos solo. Debes compartirlos con alguien, alguien que te quiera de verdad.

—¡Está bien! ¡Está bien!, mi problema eres tú.

Por tu culpa he perdido a Diana. Me ha dejado. Ha dicho que influyes demasiado en mí. Dice que estoy todo el día ausente.

—Y tú, ¿qué opinas?

—Creo que en el fondo de mi Alma opino lo mismo que ella, creo que algo ha cambiado en mí desde que te conocí.

—Yo no deseo que cambies, joven amigo. Yo deseo que seas siempre tú, pero me has hecho preguntas y yo te he contestado. Deseaste un bastón para tus pasos firmes y yo te he brindado el mío.

Pero, hijo, no quiero que dejes de lado tu joven vida, yo no deseo que te conviertas en un viejo prematuro.

Debes vivir con intensidad este periodo de vida hermoso, pero debes hacerlo con firmeza, sin titubeos. Y yo te brindo mi hombro para que tu mano se apoye.

Ignacio, eres inteligente, sabes muy bien lo que quieres en la vida.

Debes ser sincero contigo y buscar lo que realmente te aporte seguridad y firmeza.

Nada hay que te ate a mis lecciones ni a mi presencia. Si lo deseas, me iré. Cuando tu vida avance y necesites a este pobre viejo, llámame. Yo volveré.

—Sí, hombre. ¿Tú qué te crees? ¿De verdad piensas que eres inmortal?

—No te he dicho eso.

—Pero se adivina por tus palabras.

Mirada muda, azul, surcando el infinito dibujado en la retina de sus ojos.

—Otis, no te vayas. Debo decirte algo. No sé como empezar.

Verás: todo el mundo te culpa a ti de cualquier cosa que me ocurre.

Mis padres dicen que les presto menos atención desde que te conozco.

Mis amigos creen que estoy en babia. Y Diana me ha dejado porque dice que me ocupo más de las nubes y de las estrellas que de ella.

Y ahora, yo pienso que es posible que tengan razón, que tú hayas cambiado mi forma de ser sin darme cuenta.

—Comprende sus temores. La rama tiene frutas. Las aves se sacian cuando el pico penetra en la dulce carne, y las que sobreviven temen a la inocente mariposa cuando se acerca.

—¿Qué intentas decirme?

—Existen muchos fanáticos que intentan captar adeptos. Existen muchas manipulaciones de la conciencia humana. Todos sabemos que es así.

Por lo tanto, comprende al que teme por tu integridad, ya que realmente no saben qué es lo que yo deseo de ti.

—Sí, pero es que notan en mí un cambio extraño.

—¿Te das cuenta de que muchas veces sólo vemos lo que pensamos que vamos a ver?

—Sí, sí. Lo sé.

—Piensan que has cambiado en el sentido del abandono de la vida que te pertenece vivir, pero no es así.

Si no supieran mis respuestas a tus preguntas, nadie repararía si has cambiado o no.

Y una mano tendida hizo que aquel cuerpo sentado en la húmeda hierba se levantara.

Y aquella lanza, con la tristeza penetrando en su Alma, poco a poco desviaba el rumbo.

Fantasías, imaginaciones que vuelan y realidades de un amor, otro amor de tinte diferente.

Un hombre en la penumbra, bajo la tenue luz, en un rincón susurra:

—¡Oh!, cuánto te amo.

Eres tan suave. Siento tanto delirio cuando paso mis dedos acariciándote.

Sueño contigo a cada momento.

Algunas veces te marchas y me dejas solo. Mi tristeza no tiene límites.

Sé que te vas a otras manos. Y, yo, ¡te anhelo tanto!

Más tarde vuelves. Sabes que me gusta que vengas en compañía. Que vengas con más como tú.

Deseo que estén también a mi lado y sentir lo mismo que siento junto a ti.

Te miro. Te contemplo. ¡Me aportas tantos deseos acumulados dentro de mí!

¡Me das tantas satisfacciones! Admiro los distintos colores de tus vestidos.

Cuando estás conmigo puedo cumplir muchos sueños. Y pienso continuamente que estás a mi lado, siendo la ilusión de tantos otros...

¡Dinero! ¡Dinero!, cómo te amo.

Amores diferentes, prioridades distintas, ¿equivocaciones?, tal vez, pero matices de la vida. Diversidad de colores en el vivir.

Estados diversos y voces que surgen de un lugar tenebroso. Medio iluminado por las velas.

Vestidos negros en el ritual de las sombras. Animales mutilados. Crucifijos invertidos y gente alrededor en penoso círculo. En frenética palabra.

Invocaciones a la sombra. Huesos desparramados y negrura y oscuridad.

Pensamientos en logros diferentes y deseos de vida en la no Luz.

Y Otis, que atraviesa la tapia de aquel siniestro lugar. Apenado, pronuncia un «¡Noooooooo!» que hace que la Luz brille con su fuerza ante la sombra. Pero ésta no oye, por su ignorancia.

—¿Qué estáis haciendo?

No estaba escrito en las palabras de la existencia una macabra oración. Un macabro ofrecimiento.

¿Qué buscáis?

Aunque lo que hoy deseáis os sea entregado, lamentaréis este momento porque vendrá una factura con el sello de la destrucción. Una destrucción a corto plazo.

Hijos, no debéis jugar con vuestra vida y con vuestra experiencia en la existencia.

Nadie que le escuche. Nadie que le vea. Nadie que repare en sus palabras.

—¿Por qué tanta crueldad? ¿Por qué tanta orgía destructiva?

Saltad la tapia y salid de la horrible oscuridad. Debéis vivir en plenitud con la conformidad de las experiencias trazadas para la evolución.

Y sigue el círculo mortal. Y las palabras, dichas con el éxtasis de la no coherencia.

Pasados los momentos, ya en el alba, se deshace la unión. Y Otis, en el lugar, intentando recomponer la muerte, solloza entre la sangre que forma coágulos diversos en el lugar.

Coloca el crucifijo boca arriba y con las suaves manos seca un rostro pintado en la madera, quitándole las gotas que salpican su frente.

Y un gato, aún convulsionado, dando las ultimas sacudidas dirige sus ojos hacia el recién llegado pidiéndole un auxilio.

Lentamente, acaricia su pelo medio mojado intentando decirle que la inútil crueldad trazó un final.

Caminos inmensos que fluyen de aquí y de allá. Y se unen en el final del camino.

Silencios y tertulias. Sonrisas y muchas lágrimas se encuentran en el cauce de la vida.

Historias inacabadas que alguien intenta comenzar y no concluye.

Victorias y derrotas. Y semillas sin frutos llegan a germinar tal vez mañana.

Rincones de abundancia y de carencias se dan cita en la cita de un final.

Y la alabanza comienza cuando comienza la mirada a mirar en el campo infinito de la existencia.

Imágenes blancas y de colores ennegrecidos se agolpan en el paso. Y unos aman a los brillantes destellos y otros intentan que las sombras cobijen sus errores.

No estando aún en el final de la existencia, la túnica oscura se irá volviendo gris. Más tarde, blanca, para después brillar con la Luz que ilumina sus triunfos sobre lo incierto y la experiencia negativa.

Valientes ante sus vidas, afrontando obstáculos, o hundimiento ante la tragedia.

Momentos no repetidos en el pensamiento por lo penoso, o repeticiones constantes, con la caída al duro foso del sufrimiento.

Reposo de conciencias aletargadas, o búsqueda de soluciones y elevación de vida.

Son el vivir cotidiano de aquí y de allá.

Son las experiencias recogidas en los distintos papeles de un teatro.

Diana, en compañía, visitaba una mañana de domingo una exposición de pintura.

Hablaba con su acompañante, señalando hacia la pared.

Comentaban. Inmersos en la obra. Poco a poco y detenidamente, cambiaban impresiones. Y un hombre, un anciano, observando mientras observaba.

Y por fin:

—Buenos días.

—Buenos días, Diana. ¿Cómo estás?

—Bien.

Además de adiós en la respuesta. Pero él:

—¿Tienes un momento?

Un: «Adiós. Nos vemos», por parte del acompañante de la joven.

Y solos los dos.

Camino bajo el sol que saludaba el día.

—Estás triste.

—Un poco.

—Quizá la tristeza la has buscado tú.

—O tal vez tú hayas hecho que me sienta así.

—Es posible. Diana, ¿tú realmente crees que yo he entorpecido tu vida?

—Sí.

—¿Qué temes?

—Temo lo que ha sucedido. Temo que absorbas la mente de Nacho. Temo que él no viva su vida pensando en lo que tú le dices.

—No es así.

—Sí es así. ¿Crees que no me he dado cuenta del cambio que ha experimentado con todo el mundo? Todo es culpa tuya.

—Las personas evolucionan. Aunque no exista causante, a menudo la causa es el paso del tiempo.

—No en este caso. Aquí todo ha sido demasiado repentino.

—Ignacio desea aprender. Él me pregunta y yo le respondo. No busco en él que dedique su tiempo a mis lecciones.

No busco el alejamiento de sus amistades ni de su familia ni de su amor, que eres tú.

—Pues ya ves..., lo has alejado.

—Dime, Diana, ¿realmente crees que yo soy peligroso?

Minutos de no respuesta. Minutos callados, y por fin:

—Te miro y veo que no.

Pero tú te vas y yo pienso en ti. Y entonces temo porque no sé de donde has salido. Ni siquiera conozco en donde vives.

Pienso en ti, y la confianza que palpo cuando estoy contigo se desvanece cuando te marchas.

—No debes darles demasiadas vueltas a tus temores. Seguro que no tardando encontrarás muchas respuestas. Muchas soluciones a tu inquietante hoy.

—¿Por qué has empezado a hablar con él?

—Él lo desea. Es un joven maduro y deseoso de saber, como muchos otros.

—Y, entonces, ¿cómo no les hablas a los demás?

—Hija, ya lo hago. Ahora estoy contigo. Y si tú me preguntas, yo te respondo si es que conozco la respuesta a tu pregunta.

—Pues no deseo preguntarte nada más.

—Ya lo sé.

—De todas formas, gracias, Otis.

Extiende sus manos y acaricia suavemente el brazo del anciano.

Seguidamente y presurosa, corría calle arriba hacia el mediodía de aquel domingo.

Argumentos cargados de odios o de amores. De pasiones o de soledades.

Ésa es la novela.

Equilibrios duros. Equilibrios entre el odio y el Amor. Entre la paz y la guerra.

Intentos de unión fallidos y uniones verdaderas del ayer y del hoy.

Capítulos y capítulos de una trama sin final. Con protagonistas afines o desiguales.

Alturas diferentes, contornos diferentes y pensamientos tan distintos...

Hoy es claro el cielo para unos. Y para otros, todo son nubes abarcando las miradas.

Conciencias que se aterran por un desatino. Y otras, desatinadas siempre, ignoran la conciencia.

Son papeles que unos y otros interpretan. Algunas veces ignorando al Director de tanta historia.

Y Otis, a solas con sus pensamientos, analiza la vida. Contempla los distintos criterios de los que viven. De los que viven ejerciendo criterios a menudo carentes de razón.

Desnudando su Alma, mira los reflejos plasmados ante su mirada y piensa en su culpabilidad.

Piensa en el deber de respuestas. Piensa en la cómoda llamada a las preguntas preguntadas con ánimo de aprender.

Sabiéndose en contra de la evolución si las palabras fueran selladas; sabiéndose en contra del raciocinio siendo calladas las voces de su saber, sabe que la palabra debe dar respuesta a la pregunta.

Piensa. En voz alta. Con desnudez de pensamiento:

Estoy aquí, viajando por el camino de espinas, sin manantiales de Amor.

Viviendo en la vida como un viviente más. Invitando al diálogo a unos y a otros.

Existo desde antes y hasta el después. Y en esta experiencia, intentando calmar ansiedades y despejar tristezas, invito al raciocinio ante acciones adversas.

¿Tengo la Verdad?

Respuesta afirmativa en algunos momentos. En otros, des-
concierto.

¡Cómo deseo tener las sensaciones que un día sentí! y
que, hoy, en mi mente martillean ya irreales. Como un sue-
ño.

Contemplo los destellos fugaces de las estrellas y pido ayu-
da para que me abarquen con su presencia.

Terrena vida, que haces olvidar lo imperecedero. ¡Qué di-
fícil eres!

Cómo comprendo al ser humano que intenta sobrevivir en
el día a día y que encuentra barreras a cada paso.

¡Qué fácil es juzgar desde la lejanía y que difícil es palpar
la realidad juzgada!

¡Oh!, extraños pensamientos que abarcáis mi mente con la
duda.

Ayudadme en la coherencia de mi actitud. Que el hilo de la
Sabiduría no quede roto.

Muchos se hacen la pregunta de quien soy; y, ciertamente,
a mí, sabiendo mi pasado y mi presente, también me invade
la pregunta con frecuencia, encontrándome perdido. Sin ha-
llar respuesta.

Deseo tanto acariciar a todos los que viven, con mis pala-
bras y con estas ancianas manos.

Deseo tanto que mi mirada repose en las pupilas de los que
miran y en los ausentes de mirada.

Deseo con toda la fuerza de mi testimonio que el mundo se
abraze con la caricia amorosa de la comprensión.

Deseo tanto que mi querida juventud no sufra hoy. Y, sobre
todo, que no sufra mañana haciendo algo que no debe por la
ignorancia de un aprendizaje equivocado.

Yo, hoy, a solas con mis pensamientos, deseo que él y el otro
y ella y la otra compartan conmigo los senderos de la vuelta a
casa.

Y deseo que mi manto abarque al mundo entero con su abrazo, con el cobijo amoroso de la Verdad y de la única Realidad.

Fin de historias y comienzos de otras. Lilas que se secan y jazmines que comienzan a florecer haciendo de la vida una sinfonía.

Atardeceres de despedida y amaneceres de reencuentros escriben la historia de las experiencias.

Y los solitarios, abarcando una comunicación de pensamiento; y los que estando en compañía, huyen buscando soledad.

Trabajos que hoy se hacen pesados, como la roca sobre la hierba, y más tarde añorados cuando ya no están.

Situaciones disconformes hoy. Y que mañana anhelas.

Contradicciones. Vida al fin.

Una conversación sincera ayer comienza hoy a teñirse con los tintes de la sospecha.

Y Otis e Ignacio son los mismos de ayer, pero, hoy, uno sabe que ya todo es diferente.

Y otro intenta que todo aparente igual no siendo parecido.

Al fin:

—Ignacio, ¿por qué me temes?

—No te temo.

—No es realidad la palabra que acabo de escuchar. Ella no tiene el canto armonioso de lo verdadero.

—Tienes razón. He estado pensando que es mejor que tú y yo nos alejemos.

Estoy empezando a darme cuenta de algo que ya otros han visto hace tiempo.

Creo que has hecho que yo no sea el mismo.

Me miro y soy yo. Soy yo mismo. Pero vive en mí un yo confuso, y quiero que esa confusión desaparezca.

¿Tú me comprendes?

—Sí. Cómo no voy a comprenderte.

—Otis, no creas que no siento cariño por ti. No pienses que no veo acierto en tus lecciones, pero es demasiado para mí.

Y estando a tu lado, estoy en contra de muchas personas. De muchas personas muy amadas por mí.

—Ignacio, ¿de qué se me acusa?

—Se te acusa de saber y de decir lo que sabes.

—Dime, ¿eso es malo?

—Sí y no.

No es malo que expreses lo que conoces. Pero en mi caso me veo salir de la realidad de la vida. Eso me hace daño.

—La Realidad está aquí y allá. No sales por conocer, sino que entras en un mundo olvidado por ti.

—Y después, después, cuando pase un tiempo, ¿que vas a pedirme?

—Nada. No te he pedido nada y así seguiré.

—Sinceramente Otis, te ruego, te pido, te pido de rodillas que me digas si perteneces a alguna secta.

—Hijo, tienes miedo. ¡Cómo comprendo tu temor! Hoy surgen sectas en todas partes. Sectas regidas por el fanatismo y la destrucción. Sectas sin moralidad y sin principios.

Y todas, envolviendo el nombre de ÉL e intentando enterar la realidad de su Esencia.

No pertenezco a ninguna agrupación ni secta. Estoy ausente de fanatismos. Estoy en contra de destrucciones. Estoy en contra de un mundo sin armonía.

Ignacio, ¿no podrías comprenderme?

Creo que aún es pronto para que te diga en dónde vivo y a que he venido.

Llegará el momento en el que tú sepas comprender quien soy, aunque yo nunca llegue a decir claramente con palabras ni mi nombre ni mi procedencia.

Y el día que comprendas será porque tu conocimiento, elevado sobre los obstáculos, mirará con la confianza de la Verdad.

—Sorprendente. Me dejas sin argumentos. Haces que me empiece a doler la cabeza.

Debes darme tiempo para pensar.

Por cierto, ¿no tienes amigos de tu edad?

—Tengo amigos de mi edad y de la tuya.

—¿Y no estás más identificado con ellos?

—Me identifico con aquel que vive. Comprendo a los que sueñan con la fortuna y a los que se conforman con la pobreza.

Comprendo a los que aman sin condiciones y a los que odian sin intención de amar.

Comprendo al ignorante y al que con su inteligencia hace sentirse pequeños a los demás.

Comprendo al que envidia y al que no conoce este sentimiento.

Querido amigo, comprendo porque miro. Viendo las situaciones y los motivos comprendes más fácilmente.

—Estoy hecho un lío. Pienso constantemente en Diana. Es imposible para mí imaginar la vida sin ella.

—No debes preocuparte. Todo volverá a su cauce.

—¿Estás seguro?

Media sonrisa iluminando un rostro, surcado por el tiempo. Una media sonrisa afirmando la pregunta sin que la palabra fuera pronunciada.

Un corazón sintiendo los latidos de la juventud, sincera, bondadosa.

Un corazón comprendiendo ¡tanta duda!

Y las diferentes edades y los diferentes conocimientos, unidos en aquel lugar. Unidos con la fuerza de un sentimiento común. Un sentimiento fuerte traspasando los valles y las nubes.

—¿Sabes una cosa? Creo que el día en que comencé a hacerte preguntas estaba atontado.

Y tú no debías de haberme contestado. Así nos habríamos evitado muchos problemas.

—Preguntar es necesario cuando lo haces con intención de aprender.

Contestar es obligación cuando conoces las respuestas.

—Es curioso. Hoy, por la mañana, tenía el propósito firme de no estar contigo nada más que el tiempo que se emplea en un saludo.

—Una cosa es el propósito y otra muy diferente es cómo se desarrolla una situación.

Dudas, despedidas, esperanzas y realidad de conocimientos en los minutos siguientes.

Un deseo, un gran deseo y una realidad: el valle.

CAPÍTULO

Y el viento vuelve al valle encontrando al casi olvidado paisaje de sol.

La espesa vegetación ya vive, dando un saludo a la vida.

La no muerte se palpa y la alegría canta la canción del amanecer.

Una rama caída parece en movimiento por el animal asustado que se cobija debajo de ella ante la presencia inesperada.

Los árboles, hoy despiertos, vigilan el entorno.

Las golondrinas tiñen el cielo a su paso y cantan, cantan sin cesar.

La paja acumulada en los graneros fue consumida sabiendo que el verdor y el alimento han regresado.

Colores amarillos, anaranjados y granates dibujan un suelo immaculado.

Los piños de flores saludan al sol en gratitud por la vida.

Aquella cascada, que viene montaña abajo, baja cristalina cantando una canción.

Mariposas que con su silencio dicen la música moviendo las alas al compás de las mudas notas musicales.

El silencio no existe hoy porque todo es vida y alegría en la cálida mañana primaveral.

No existe ya cortina que dificulte la contemplación para éxtasis del que mira.

Hoy no existe silencio. Una y otra vez, los cánticos de los pájaros y los sonidos de los insectos entonan la música de la vida.

La esmeralda cubre al Valle con su verdor y entre una hierba y otra, los lirios encumbran la belleza.

Todo enternece. Todo alegra la mirada y, sobre todo, alegra el corazón.

Un pequeño sendero se muestra suavemente entre la vegetación. Tal vez un sendero de los pequeños animales, que uno solo no trazaría, pero que varios hacen sendero para otros.

Las marchitas hojas yacen en el suelo como testimonio de otro tiempo, otro tiempo de muerte. En el invierno.

No es posible imaginar un otoño triste ante tanta vida de hoy.

Cánticos y cánticos entonan la canción del despertar.

Otis piensa: no más tristezas, no más historias sombrías. ¡Valle!, anima al mundo. Anímallo con la canción que entonas hoy.

Sonetos, pareados, historias que riman las unas con las otras. O que quedan libres, como prosa.

Renglones y renglones, teñidos de abundancia o de escasez, alimentan las paginas escritas.

Ensoñaciones en un sueño en donde lo irreal hoy sea realidad mañana.

Y el presagio de una continuación, una alabanza, una gratitud hacia la vida por ser como es y servir de argumento para mi historia.

Si todo fuera bello y armonioso, la escritura sería una narrativa de lo sublime.

Si todo fuera sombrío y cruel, la escritura sería una narrativa de la oscuridad.

Y así, lo uno con lo otro, hace un mundo medio gris en donde habita el ser humano con toda suerte de contradicciones.

Ignacio, después de varios días, siente que apartado de aquel anciano su vida comienza a estabilizarse.

Siempre imagina lo mismo: una carretera, un puente sobre un lago y otra vez la carretera continuando su trazado.

Piensa en el agua como la experiencia vivida y en el puente como la salvación al ahogo. Una salvación que vino de aquellos que deseaban que no sucumbiera ante vete tú a saber quien.

Después de varias semanas de no encontrarse con Otis, todo parecía volver a su cauce.

Exámenes próximos. Tertulias. Fiestas. Y vuelta a la vida cotidiana.

Muchas veces martilleaban en su pensamiento las lecciones de aquel hombre tan singular, de aquel hombre en el que él no veía ningún peligro pero que muchos le hacían ver lo contrario.

Todo el día ocupado; y en la noche, mientras dormía, la repetición de un sueño. Un sueño en el que el protagonista siempre era el agua. Él no se ahogaba, aunque se sintiera acariciado por las gotas, durante mucho tiempo en medio de ellas.

Él no se ahogaba aunque el puente no estuviera.

Siempre, cuando se levantaba por la mañana y se disponía a entrar en la ducha, sonreía pensando en la nocturna zambullida. Diaria zambullida de los sueños.

Diana, ahora mucho más cerca de él. Ahí. Alcanzándola otra vez con los dedos de la mano.

Empezando de nuevo la relación. Y otra vez haciendo planes de futuro. Otra vez pensando en la mujer de su vida, sin obstáculos.

—Nacho, vuelvo a ser feliz.

Silencio y mirada a las gotas de agua que comenzaban a mojar el suelo.

—Te estoy diciendo que soy feliz. ¿Por qué no me contestas?

—Yo también lo soy, Diana.

—¿Y cómo es que no me lo dices?

—Te lo estoy diciendo.

—Sigues pensando en ese hombre. Te ha enganchado. Mira, Ignacio, yo quiero una futura convivencia de dos personas unidas, ¿sabes? No de tres. No deseo volver a ver a Otis.

—Él podía estar con nosotros siendo nosotros dos. Quiero decirte que nunca se mete en nuestras cosas. Nunca censura nada. Él solo enseña. Bueno, solo enseñaba, porque es posible que ya se haya marchado.

—¿Y te apena su partida?

Aquellas gotas cayendo con fuerza salpicaban los pies de los jóvenes, cobijados bajo el paraguas.

—Quiero que se vaya, pero también deseo que nunca se vaya. ¿Sabes?, él ha calado muy dentro de mí.

—Volvemos a lo mismo, Nacho.

—No volvemos a lo mismo. Quiero ser sincero contigo. Creo que todos hemos sacado las cosas de quicio.

Él es bondadoso. Es sabio, tierno, espiritual y sabe Amar. Y lo que es más importante, sabe comprender.

Nunca hubiera entorpecido nuestra unión. Es más, estoy seguro de que la habría enriquecido.

—Pues estoy pensando que si tú lo ves así y le has dado de lado es que no tienes suficiente personalidad para saber elegir.

—Mira, Diana, yo sé lo que quiero. ¡Claro que lo sé!

Pero por una parte estáis todos y por otra está él. Estoy seguro, estoy convencido de que todos podríamos estar unidos, incluyéndolo.

Pero si sólo pienso yo de ese modo, no puedo ni debo apartaros a todos eligiéndolo a él. Es más, estoy seguro de que él nunca lo aceptaría.

—Fíjate, Nacho, esto te lo digo para que veas que yo no tengo ningún secreto contigo: han dicho que si tú y él... Bueno, ya me entiendes. Que si él te daba dinero a cambio de...

—Qué cosa más estúpida. ¡Qué asco siento de las absurdas murmuraciones sin fundamento!

¿Cómo es posible? ¿Por qué no puede existir una limpia amistad entre generaciones diferentes? ¿Por qué podemos ser tan inconscientes haciendo de un pensamiento una realidad?

—Si te lo digo es porque ahora que ya se ha ido sabrás comprender que no deseo presionarte con argumentos.

—Sí, sí, Diana, lo entiendo.

—Ignacio, no creerás que ha sido invención mía.

—No. Realmente creo que ya me había dado cuenta hace tiempo de que podían correr esos rumores, por lo que alguien me había insinuado. Pero me parecía tan absurdo que yo mismo he llegado a quitármelo de la cabeza. Sí, realmente he visto muchas actitudes extrañas durante este tiempo por parte de alguno.

—Siento que te disgustes. ¿Sabes?, yo nunca llegué a creer tal cosa.

—Lo sé.

—Nacho, ¿hablamos de nosotros?

—Como tú quieras. Oye, Diana, ¿por qué unas veces me llamas Ignacio y otras Nacho?

—Qué pregunta tan absurda.

—¿No dices que soy muy trascendental y profundo?

—Sí.

—¿Y eso no te aburría?

—Algunas veces. No siempre.

—Pues aquí tienes a Nacho, o a Ignacio, ante ti, a tus pies, querida dama.

Y a la vez que pronunciaba palabras gesticulaba con sus manos y hacía una media inclinación de sus rodillas.

La risa hizo eco en medio de la calle. Unos cuerpos enlazados por la cintura canturreaban la esperanza del futuro.

Días que pasaban, unos tejidos con los otros; y el corazón de Ignacio dividido.

... Pensamiento de unión y triste realidad de no posible. Una pregunta tras otra. Una esperanza callada en cada amanecer esperando volver a ver a aquel amado anciano, de suaves manos y mirada azul.

Relación con todos en armonía. Solución actual a sus problemas, vida colmada en apariencia y, desde luego triste realidad de una ausencia.

Hoy, escogida soledad por unos momentos. Sentado en aquel camino de regreso a casa, rememorando un tiempo en el que conoció a un hombre, un hombre que había dejado la profunda huella en su sentimiento.

Sentado en una piedra levantada sobre las demás, contemplaba el jugueteo incesante de las hormigas.

Extendiendo su mano, asió un palo y con la mente en otro lugar jugueteaba con el suelo, entre la vida minúscula que no paraba de moverse.

—Hola.

Vuelta a la realidad por unas palabras pronunciadas junto a él.

—Hola.

Un niño acurrucado, intentando imitar su posición, le miraba sonriente.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy pensando.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Ignacio. ¿Y tú?

—Lolo.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve. ¿Y tú?

—Ya tengo ocho.

—Sí, eres muy, pero que muy mayor.

—¿Has visto cuántas hormigas hay en el suelo?

—Sí. Ya las he visto.

—¿Y... por qué las estás matando?

—No las estoy matando, Lolo.

—Pues tienes un palo en la mano y estás dando con él en el suelo.

—Lo hago suavemente. Y no deseo quitarles la vida.

—Pero aunque no lo desees, puedes matarlas.

—Tienes razón. Pero no es mi intención.

—Pues entonces, estate quieto.

—Oye, Lolo, ¿es que las hormigas son amigas tuyas?

—Sí. Paso mucho tiempo jugando con ellas. Pero no las mato nunca. Sólo una vez, porque me habían picado.

—Ya veo. Ya veo. Sólo las quieres si no te hacen daño. ¡Qué bonito!

—Claro, ¿por qué me han picado?

—Supongo que porque son así, Lolo. Será su modo de defensa.

—Ignacio, ¿por qué nunca paran de moverse?

—Buscan alimento.

—¿Sólo por eso?

—Tienen otras causas, pero el alimento es lo que hace que se muevan tan deprisa.

Tienen grandes almacenes. Son muy previsoras.

—Ignacio, ¿y ellas nunca se cansan?

—Creo que no.

—Lolo, ¿qué haces tú aquí? ¿No te estarán buscando?

—Hemos venido a vivir a este lugar hace unos días.

—Entonces seremos vecinos. Yo vivo en esa dirección. Muy cerca.

Dicho esto, dándose cuenta del tiempo transcurrido, una despedida y vuelta a casa.

Días que pasaban y una mirada hacia atrás mezclando el sueño con la realidad.

O una realidad con atisbos de sueño.

Y en las noches, Ignacio soñando con el agua. Y en las mañanas, en los amaneceres, sensación de inmensa sed.

Todos los días historias parecidas.

Momentos con Diana, cada día más unidos. Tiempo repartido en obligaciones y ocios.

Y a menudo, un encuentro con aquel niño que, ya acostumbrado a su presencia, le esperaba casi todos los días.

—¡Ignacio!

—Hola, Lolo.

—Vienes más tarde.

—Es que hoy he tenido muchas cosas que hacer. ¿Crees que mi vida es tan sencilla como la tuya?

—No sé. Pero anda, sigue contándome cosas. Me gustan mucho tus historias.

—¿A qué historias te refieres?

—Me gustan casi todas, pero sobre todo la de ayer. La que me contaste de las estrellas. ¿Era verdadera? ¿Era verdadera la historia de aquella estrella que viajaba para conocer otros lugares?

—Me la he inventado.

—Entonces, ¿por qué me dices cosas que no son verdad?

—Tú no dejas de preguntarme. Yo te contesto cuando lo sé; y cuando no, te veo tan entusiasmado que te cuento historias que yo imagino.

—Pues, ¡qué pena! ¿Sabes?, mi madre no quiere que vuelva a hablar contigo.

—¿Por qué, Lolo?

—Porque dice que no sabe quién eres. Dice que eres muy mayor para ser mi amigo. Dice que no sabe tus intenciones.

Ignacio, incapaz de pronunciar palabra, veía palabras agolpadas en sus sentimientos.

Repetición de historia con distintos personajes, o tal vez con un personaje común en las historias.

Él mismo. Protagonista de dos historias, en una como mártir, en otra como verdugo.

—Lolo, si tu madre opina eso tendrá sus razones.

—Es que dice que me cuentas muchas historias. Dice que eso no es bueno para mí. Oye, ¿y por qué me has contado tantas historias?

—Lolo, tú no dejabas de hacerme preguntas. Yo me he limitado a contestar. Cuando veía un gran entusiasmo por tu parte y no sabía la respuesta, te contaba una historia. Una historia que saciara tu curiosidad.

—Pues me da mucha pena no poder volver contigo.

—No te preocupes, Lolo. Yo seré tu amigo aunque no hablemos. Yo seré tu amigo aunque no vengas a esperarme todos los días.

Es posible que, dentro de un tiempo, tu madre me conozca más a fondo y vea que no existe peligro en nuestra conversación.

—Ignacio, ¿por qué crees que ella ve peligro?

—Mira, hace escasos momentos me he dado cuenta de que yo he vivido lo mismo que tú.

Era otra edad, era otra situación. Pero tiene algo muy afín tu historia con la mía.

—Muy afín... ¿Qué quiere decir afín?

—Lolo, no empieces con tus preguntas otra vez. Quiere decir que son historias parecidas.

—Bueno, pues adiós.

—Adiós, Lolo, hasta otro día. Te prometo que será muy pronto. Ya verás cómo dentro de poco podremos ser amigos de nuevo.

Otis no se esconde, sólo viaja aquí y allá. Y ante las circunstancias existe. Y cuando el pensamiento es penoso acude y en la vida vive.

—Madre de mediana edad lamentándose en soledad por la difícil solución a sus problemas.

Un hijo adolescente intenta marcar su senda sin seguir sendero.

Temperamental. Decisión indecisa. Inmaduro haciendo ademanes de madurez.

Actuando como adulto siendo casi un niño. Y ante todo, una terrible rebeldía.

Y una madre sola, con padre ausente, sintiéndose vacía por dentro.

Triste y desconsolada invocando aquella niñez entre sus manos.

Intentando ver un futuro prometedor para su hijo y sólo viendo el calvario de la cuesta abajo en la decisión tomada.

Una puerta abierta. Un hijo vuelve a casa ya de madrugada.

Una madre espera la llegada con ansiedad.

Mirada inquisidora. Mirada preocupada. Mirada protectora en los ojos maternos.

—Hijo, ¿dónde has estado?

—Por ahí.

—¿Por ahí por dónde?

—Pues por ahí, mamá, simplemente.

—¿Con quién?

—Con mis amigos.

—¿Qué amigos?

—Pues, los de siempre.

—Me habías dicho que no volverías con ellos. Me lo habías prometido.

—Pues debía de estar loco si te lo he dicho, porque no es mi intención dejarlos.

—No son una buena compañía.

—Para mí, sí.

—¿Qué has bebido?

—Agua.

—¿Agua sólo?

—Mamá, ¡qué te importa!

—¿Cómo no va a importarme? Eres mi hijo.

—Pues olvídame.

Y Otis, desde su visión, contempla el paso de niño a hombre. Contempla los temores de uno y de otra. Y piensa: «Madre, no atosigues a tu hijo con preguntas. Confía en él. Y si en algún momento ves que realmente te falla, háblale. Háblale diciéndole palabras amorosas y guiando sus pasos sin que se dé apenas cuenta.

Cuéntale cómo eras tú a su edad y a la vez recuerda: ¿qué hacías tú? ¿Qué intentabas parecer?

No dudes en decirle tus equivocaciones y lo que harías hoy si comenzaras de nuevo. No sientas reparo en confesar que tú también has fallado. Y dile, si realmente lo sientes, cuánto desearías volver a comenzar, eligiendo aquel camino sencillo que te dictaban.

Y Otis pensando en el adolescente, también le dice: hijo, no hagas que sufran aquellos que velan por ti. ¿Qué pretendes? ¿Tomar tus propias decisiones? Ya lo sé: ¡Pero tienes tanto tiempo para ello!

El que te dejes guiar no quiere decir que se anule tu personalidad.

Simplemente, alguien que tiene más experiencia intenta que tú no caigas en los mismos errores que él un día. O en los mismos errores que, aún sin haber caído, él conoce.

Simplemente, aquel que se siente responsable de ti intenta que no sufras en las equivocaciones.

¡Es tan fácil caer en el camino equivocado si no piensas! Y ¡es tan difícil salir de él!

La vida no es fácil, joven amigo. No incrementes la dificultad».

Aquella tarde de comienzos de verano tenía tintes especiales. El sol casi llegaba a agobiar. Y la suave brisa hacia más llevadero el calor.

—Nacho, ¿cómo está Lolo?

—Hace días que no sé nada de él.

—Se habrá marchado. Seguro que ya están de vacaciones.

—No, Diana, no están de vacaciones. Simplemente, sus padres le han prohibido mi compañía. Temen que yo sea peligroso.

—¡Tendrán poca vergüenza! Peligroso, ¿por qué?

—Porque dicen que le estoy contando historias extrañas a su hijo.

—¿Y es verdad?

—Él me hace preguntas y yo le contesto si es que conozco la respuesta. Y si no, le digo alguna historia para no decepcionarlo.

Él se divertía mucho. Realmente, es un niño con gran imaginación y muchas ganas de aprender.

—No entiendo qué pueden ver de peligroso en ti.

—Escucha, Diana, ven lo mismo que muchos habéis visto en Otis. ¿Te das cuenta? Es una historia que se repite.

—Mientras tú hablabas me he dado cuenta. Es curioso...

—No, Diana, no es curioso. Es injusto. Pero es la triste realidad.

—Hace tiempo que no hablamos de Otis. Dime, ¿le recuerdas mucho?

—Sí. Me ha dejado un gran vacío.

—Y yo, ¿no te lleno ese vacío?

—Diana, tienes que darte cuenta de que sois personas diferentes. Tú ocupas un lugar. Él ocupa otro. En los sentimientos tiene cabida todo y todos.

Cada sentimiento es diferente a la vez, y también tienen en común el propio sentir.

—Hoy, el día amaneció con total ausencia de nubes. Ignacio, dispuesto a pasar un día en plena naturaleza, se mostraba encantado. Canturreos ya de mañana, ilusión de nuevo día. Y mientras tanto, retirada la cortina de su habitación intentando que el milagro se produjera. Intentando que aquel hombre ausente le estuviera esperando en la mañana.

Y esa mirada hacia la calle no era de hoy, sino desde unos meses atrás. Esos meses que ya duraba la ausencia.

Todos juntos. Comentarios diversos. Planes de unos y otros ante las vacaciones. Opiniones de esto y de aquello...

Ya a mediodía, sentados en el monte, divisando el valle y extasiados por el paisaje y hambrientos por el esfuerzo.

Ya media tarde y poco a poco se emprende la bajada. Cerca del valle, Ignacio descubre una silueta.

Vueltas en el corazón. Nerviosismo en las palabras. Y Diana que entiende. Que comprende el avistamiento.

—Id bajando. Ya os daré alcance.

—Nacho, yo me quedo contigo.

Sonrisas picardiosas por parte del resto del grupo pensando en ardores amorosos.

Y ya solos, dirigiéndose hacia a las matas de flores, le encuentran.

—¡Otis! Grita Ignacio.

—Y como un eco:

—¡Otis! dice Diana.

Uno y otro mirándose asombrados, no acertando a comprender el anhelo de ella. Y comprendiendo a la vez muchas cosas.

—Otis, al fin. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Queridos amigos, contemplo la vida.

—¿Dónde te habías metido todo este tiempo?

—En muchos lugares.

—¿Por qué te fuiste?

—Vosotros deseabais que así fuera.

—Otis, deseábamos que no estuvieras hablando demasiado. Pero en el fondo deseábamos verte.

—La ausencia es buena para aclarar ideas.

—Otis, ¡te he echado tanto de menos!

—Cuando sale el sol, a menudo no aprecias su luz. Pero cuando la nube lo esconde, te das cuenta de su caricia de antes.

—Tienes que decirnos en dónde vives. En dónde está tu casa. Habríamos ido a buscarte de haberlo sabido.

—Mi casa está en donde yo estoy.

—¡Qué gracioso!

—Otis, ¿estás molesto con nosotros?

—No. Estoy un poco asombrado.

—¿Por qué?

—Me pregunto a qué se debe vuestro cambio de actitud.

Los ojos de Ignacio y los de Diana se cruzaron en profunda mirada. No se habían dado cuenta del porqué de la alegría del reencuentro y del porqué de la esperanza en la búsqueda diaria por parte de él.

—Supongo que se deberá a la añoranza. Es el deseo de poder recuperar a un amigo. A un buen amigo, dice Diana ante la atónita mirada de Ignacio.

—Mi gran deseo de verte se debe a que he comprendido muchas cosas. He comprendido tu afán de respuestas ante mis insistentes preguntas.

He comprendido tu cariño desinteresado hacia mí, hacia todos, porque tus palabras son Amor y tus respuestas, comprensión.

—Me agrada escuchar lo que estoy escuchando. Deseo que nunca presionéis con vuestra actitud. Debéis dejar siempre que los acontecimientos se vayan desgranando. Poco a poco, sin prisas. Debéis actuar siempre con la mejor intención. Si alguien no os comprende, no intentéis hacerlos comprender porque con ello puede interpretarse el empleo de la coacción.

—Otis, ¿sabías que hoy íbamos a venir a este lugar?

Mirada clavada en las miradas de los jóvenes y unas caricias en los rostros de los dos. Una mano tierna y amorosa, surcada por el tiempo la tersa piel.

No siendo necesaria la respuesta, momento de silencio. Momentos centrados en vivir aquel momento.

—Debéis marcharos. Pronto llegará la noche y es peligroso que os quedéis atrapados en la montaña.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú?

—Extasiarme con el crepúsculo.

—¿Pero con quién vas a volver a la ciudad?

—Hoy deseo permanecer aquí. Mañana bajaré. Tengo un lugar en donde puedo cobijarme.

—Otis, ¿por qué tienes tanto poder de sentimiento? ¿Por qué me siento tan bien cuando estoy contigo?

—Te sientes bien cuando estás conmigo. También te sientes bien cuando estás con ella. Y con muchos otros.

Eso, hijo, es porque te sientes bien contigo mismo.

—Otis, promete que volveremos a vernos.

—Sí, si es vuestro deseo.

—Lo es.

—¿Podrás perdonarme? Hasta ayer no me había dado cuenta de algo. Y por esa ignorancia he hecho mucho daño a Ignacio, alejándolo de ti, dice Diana con suave voz.

—No tienes motivo para pedirme perdón. Sólo has hecho lo que tu sentimiento te dictaba en un momento de duda. En un momento de miedo al que sucederá.

—Verás, es que a Ignacio le ha sucedido algo que... bueno, que es otra historia, pero en vez de ser tú, era él. Quiero decir que me he dado cuenta de lo injusto de la situación; y eso ha servido para abrirme los ojos. Ha servido para que reconozca lo injusta que he sido. Que hemos sido contigo.

—No sabes cuánto te comprendo. No sabes hasta qué punto admiro tu franqueza de hoy.

Y ya, comenzando el desnivel hacia el autobús, abrazados, con sensaciones nuevas y conocidas a la vez, emprendieron la vuelta a casa.

Miradas picardiosas por el resto de sus amigos cuando llegaron dichosos y acalorados.

Tomando asiento, callando a los comentarios que alguien vertía sobre su tardanza y sintiéndose unidos, se acurrucaron el uno junto al otro en el camino. Un camino en el que las flores ya habían nacido.

Entonces, Otis, deliberando sobre lo vivido, entona el canto de la comprensión y de la esperanza.

Comprende al que intenta sobrevivir en la dificultad porque él ha vivido.

Comprende al que vive en la abundancia, el éxito y el placer porque poco le fue negado.

Comprende al que intenta levantar su ánimo ante la enfermedad porque él ha padecido.

Comprende porque las situaciones le son conocidas por lo experimentado.

Y vive en la esperanza porque esperanza significa tener ilusión en conseguir; y él desea conseguir un mundo de Luz. Un mundo despierto. No dormido como hoy, arrastrado por el caudal abundante de un negro río.

Él, que ilumina pequeños senderos, descubre un día la noche. Pero la noche, ante la Luz, desaparecerá.

Incrementando la ilusión ante la vida, por la esperanza del después, hará que el muerto viva. Haré que el sediento beba.

Iluminando cauces insospechados hoy, hará que el caudal de Amor inunde al río ennegrecido y la negrura ante el inmenso sol ya no estará.

Historias y pensamientos en la historia hacen que se incrementa la rueda de la experiencia.

Y las experiencias tejidas poco a poco hacen posible el vestido.

Un vestido compañero del viajar. Un vestido compañero en la existencia.

Otis, reunido hoy con unos jóvenes, todos aquellos que desean oírlo, comienza a hablar. Suavemente. Sin prisas, va desgranando sentimientos.

Va desgranando la Sabiduría sobre la vida y la Vida.

—Querida juventud: ¡cuánto os quiero!

Os amo porque conozco y os conozco.

Recorrí muchas tierras. Muchos lugares. He llegado a llorar abundantemente por la vivencia cruel y he reído sonoramente con la alegría que me rodeaba.

He cansado. Y mis pies, hoy, ya están viejos y cansados para guiar mi cuerpo.

He estirado mis manos hacia el cielo, hacia la tierra... y, hoy, mis venas surcan ya desmesuradamente la arrugada mano.

He mirado en todas direcciones y mis ojos, ya ancianos, no tienen el brillo de los vuestros.

He sostenido sobre mi espalda tantos pesares que me pesa la experiencia, como roca sobre la frágil espiga.

Momentos de silencio. Momentos reflexivos:

—Querida juventud, os quiero y os comprendo. ¡Cuánto os comprendo!

Cómo buscáis un lugar en un mundo, a veces carente de lugar.

Cómo intentáis destacar en esa feroz lucha por un modo de vida digno.

Cómo intentáis mimar y amar tantas veces siendo despreciados.

Querida juventud, tenéis tantas cosas adversas cerca de vosotros... que vuestra lucha por el no, alguna vez, deja de luchar.

Qué poco sabéis aún de la dura experiencia. Qué poco sabéis aún de ese después.

La vida, el vivir diario, os llevará alguna vez al triunfo. Pero no seáis avaros en la elevación de vuestro rango.

La vida, el vivir diario, os llevará a menudo hacia experiencias negativas, pero no dejéis nunca que os hunda la circunstancia. ¡Salid! Salid mirando con confianza. Nada está perdido.

Querida juventud, a lo largo de vuestra vida veréis multitud de sinsabores. Multitud de vidas maltratadas.

Multitud de abusos de todo tipo; pero vosotros no debéis contribuir a perturbar el camino de los demás. Nunca obstaculicéis el paso del otro.

Y cuando alguien deposite una roca en el medio de vuestro camino, trazaréis un sendero alternativo y seguiréis hacia vuestra meta. Mirando con confianza el final del trayecto.

Querida juventud, os admiro hoy porque sabréis conseguir mucho más de lo que tantos creen.

Sabréis conseguir que vuestros pasos sean fuertes, firmes y sinceros.

Hijos, que nunca decaiga vuestra ilusión.

Silencios, silencios; y al fin, rotura de silencio por las palabras de una mujer. Casi un niña.

—Otis, no toda la juventud es tan sana. No toda la juventud tiene propósitos positivos, como tú parece creer.

—Querida amiga, yo no creo en absoluto que toda la juventud sea recta. Ni siquiera me atrevo a pensar que un cercano día lo sea.

Pero hoy os estoy hablando a vosotros. Yo sé que hoy, en este lugar, vosotros sois receptores de mis palabras.

—Otis, voy a hacerte una pregunta tal vez absurda, pero me interesa saber por qué te diriges a nosotros llamándonos unas veces Hijos, otras Amigos...

—Porque os siento hijos y os considero amigos.

Otra vez silencio.

Y entre comentarios, todos los allí reunidos, en medio de un campo, con el trino de los pájaros como única compañía, decidieron poco a poco dar por terminada la amistosa conversación.

Y el viento, suave, casi brisa, inunda aquel bello atardecer. Un atardecer colmado de esperanzas.

Otis, hoy, lleva el peso de la sombra sobre su cabeza. Hoy está ante esa juventud perdida, en un barrio cualquiera.

Lleva en su mano derecha la antorcha invisible del Amor. En la izquierda, un libro con canciones de esperanza; y en su corazón, un broche de dolor.

Hoy, Otis dirige una tierna mirada hacia los jóvenes, perdidos en la cuesta abajo.

—Queridos jóvenes, quiero deciros algo.

Nadie que repare en él. Nadie que le mire. Nadie que le vea.

Un antro oscuro, medio en penumbra, es el lugar. Uno porta en su mano una navaja. Otros, desdichados, sumidos en una aparente semiinconsciencia, dibujan una sonrisa. Una incierta sonrisa...

—Hijos, mirad, escuchadme. Escuchadme aunque sólo sean unos momentos.

Al fin alguien dice:

—¿Qué quiere este loco?

Y Otis responde:

—La cordura.

Y alguien le dice:

—¿Quieres «flipe»?

Y Otis responde:

—No. Ya lo palpo.

Y alguien le dice:

—Vete a la mierda.

Y él no responde.

—¿Qué quieres?

Rodeado ahora de miradas imperativas, imperturbables, crueles...

—Deseo hablar contigo. Hablar con vosotros.

—¿Para qué?

—Para que me escuchéis.

—Escuchar qué.

—Canciones de esperanza. Canciones de ilusión hacia vuestras vidas.

—Mira, dice que canta.

—¡Que cante! ¡Que cante! ¡Que cante! dicen a coro.

—Mi canción no lleva letras musicales. Mi canción lleva palabras de esperanza.

—¡Vaya!, No canta. ¡Que se vaya! ¡Que se vaya! ¡Que se vaya!

—Deseo estar aquí.

—Pues ¡que se quede! ¡que se quede! ¡que se quede!

Hoy, la forma de mirar no tenía firmeza por parte de los presentes.

Hoy, el círculo no era tal, sino una sinuosa presencia repartida por aquella triste estancia.

—Hijos, no quiero que interpretáis mal mis palabras.

No deseo que veáis en mí un loco perdido que ha entrado aquí por confusión.

Hé venido a veros, a estar con vosotros.

Sé que muchos habéis carecido de los brazos amorosos de unos padres. Y también sé que otros habéis despreciado la caricia.

En donde estáis es difícil vivir por largo tiempo, porque el tiempo, a menudo, acaba pronto para vosotros.

En donde estáis, el agua no moja con la fuerza de la vida. En donde estáis, el agua salpica alguna vez desde aquel charco embarrado de una calle cualquiera.

Las pérdidas de conciencia a menudo hacen que dormitéis gran parte del día despreciando la vida.

Hijos, ¿qué esperáis?

Ahí fuera existe otro modo de vida. Vida ciertamente difícil, pero el placer de sobrevivir ante la dificultad hace que el gozo sea gran triunfo en el vivir.

El gozo de una vida plena saboreando cada momento es tan grande...

Y al final, la meta ilusionada. La espera de alguien y el reencuentro lo colma todo.

Queridos amigos, no estáis muertos en la vida. Y vosotros, con gran ignorancia, también sembráis la muerte.

¡Salid a la vida!

Ya con voz baja, casi imperceptible, contempla a aquellos medio dormidos.

Sólo uno despierto. Sólo uno.

Y entonces, una mano apoyada en la otra hizo que se levantara. Más tarde, ya en la calle, un sol acarició aquel rostro tanto tiempo bañado por la oscuridad.

Curioso tiempo de un ayer que acaba y empieza de nuevo como antesala del mañana.

Estáis oyendo la canción de la risa, el silencio del pensamiento, o el llanto del dolor.

Curioso tiempo que alberga la vida y, en ella, las vivencias. Concededme un momento. ¡Quieto el tiempo! Un momento en donde se pierde el antes y el después.

Y ya, en el deseo cumplido de la indulgencia de las horas, paro los pasos y pienso en la subida al alto cerro.

Pienso en la subida a lo sublime; y desde allí miro el frío abismo del dolor.

Y lloro con el llanto. Y sufro ante la sombra cuando miro aquel hoyo. El hoyo y la traición.

Y en el alto cerro, hoy, toco las estrellas y el destello hace vibrar la noche con su brillo.

Ocultas todo el día, dan esperanza cuando en la fría noche juegan en el inmenso firmamento.

Y en el alto cerro, hoy, descubro el alba; y los pájaros, ya despiertos, suenan a canción.

Y el tiempo comienza de nuevo su andadura.

Indulgencia acabada; y yo, en la vuelta a la realidad, sigo las vivencias aún por un tiempo. Un poco más de camino en mi caminar.

Hoy, Otis pasea. Intentado una mente en blanco, sin escribir. Intentando ausencia de pensamientos, ¡tan difícil!, piensa. Y mientras piensa, ya no existe ausencia de pensamiento.

Anciano, anciano... ¿A qué suena este nombre dicho por un niño?

Sonrisa en su paseo. Libro de gruesas tapas bajo el brazo. Pasos acompasados; y en un parque, ahora, toma asiento.

Muy cerca, un niño. Extiende su mano, dirigiendo la juguetona pelota, que cae junto a él.

—Casi me has dado en la cabeza.

—Perdona.

—Toma, pero debes tirarla con menos fuerza. Todavía tengo la rodilla dormida por el pelotazo.

—Gracias le dice aquel pequeño, tomando asiento junto a él mientras respiraba jadeante tras la carrera.

—No hay de qué hijo. Oye, es que había pensado hacerle una pregunta a alguien, alguien como tú. ¿Tienes unos diez años?

—Tengo once.

—Bien..., no importa año arriba o año abajo.

Dime, hijo, ¿qué es para ti un anciano?

—Un viejo.

—Sí, ya me imagino, un viejo, ¿pero podrías decirme que significa para ti?

—Significa que va a morirse pronto.

—Vaya..., ¿sabes?, me estás dando muchos ánimos.

—Mi abuela ya es vieja y mi madre dice que pronto va a morirse.

—¿Cómo va a decirte tu madre eso?

—Es que algunas veces mi hermana y yo la desobedecemos y la hacemos rabiar. Entonces mi madre nos dice eso. Nos dice que debemos tratarla bien porque se va a morir pronto.

—¿Sabes una cosa?, tú a tu abuela debes tratarla con consideración no porque se va a morir pronto, sino por lo que significa.

—¿Qué significa?

—Mira, hijo, la palabra anciano va unida a sabiduría. Va unida a conocimiento. Va unida al respeto y al cariño que debes sentir por él.

—Pues dice mi madre que mi abuela casi no sabe escribir.

—No, hijo, no se trata de escribir, sino de saber la sabiduría que da la vida.

Simplemente, muchos ancianos saben ya, con el alba, el día que va a hacer porque la experiencia les ha enseñado. Y esto es sólo por decirte un ejemplo, porque existen multitud.

—Pues mi abuela sabe que va a hacer mal día porque le duelen los huesos, sí, que lo dice ella.

—¿Has visto?, pues eso lo ha aprendido con la vida.

Bueno, muchachito, ya no te hago más preguntas. Puedes irte a jugar.

—Total... estaba solo.

—¿No tienes amigos?

—Sí, pero hoy no están. Oye, y tú, ¿en dónde vives?

—Cerca de aquí. Cerca de ti.

—¿Cerca de mí? ¿No serás tú el novio de mi abuela? Es que

mi madre ha dicho el otro día a la tía Pilar que la abuela hablaba mucho con un señor; y decía que era lo que les faltaba, que la abuela tuviera novio...

—No, hijo, yo no soy el novio de tu abuela, pero ella tiene el mismo derecho que un joven a tener ilusiones en su vida. Si tiene un novio y es feliz, y son felices, pues mucho mejor para todos.

—¿Por qué para todos?

—Mira, cuando eres feliz haces felices a los que están contigo. Entonces, si la abuela está contenta, tú no tendrás problemas con ella porque no va a enfadarse contigo.

—Tendrás razón. Pues también puede casarse y puede ir a otra casa.

—¿Y tú quieres que se marche?

—Es que a ella no le gusta que veamos la televisión. Y cuando estamos merendando y se caen las migas en el suelo, se enfada mucho. Y yo ya estoy hasta las narices de aguantarla.

—Compréndela, hijo, piensa siempre que cuando tengas tú su edad va a sucederte lo mismo. Piensa que tal vez recuerdes lo poco comprensivo que has sido tú hoy.

—Bueno, pues hasta otro día.

—Adiós, pequeño. Recuerda: sé comprensivo.

Movimiento de cabeza de un lado a otro, suavemente; y con una sonrisa dibujada en sus labios levanta su pesado cuerpo e inicia de nuevo el camino.

Un camino lleno de pensamientos y reflexiones. Algo habitual en su vida.

Sosegados destinos. Y asiento para mí en mi destino.
¿Sosegado?

No lo sé.

Expectación algunas veces por las palabras dichas por mis labios. Y silencio, a menudo, por lo dicho, por lo comunicado.

Será que inundas de sabiduría palabras y palabras. Y muchas veces cubres con la nube el entendimiento ajeno para que no entienda.

¿Por qué?

Tal vez tengas derecho a jugar con las vidas, pero no es justo que en tu juego sufran muchos otros.

A no ser que Tú mismo seas la Vida y entonces debas jugar aquí y allá. En este o aquél, porque en todos estás.

Sólo así se entenderían muchas cosas. O tal vez aunque estés no admitan que seas, que habites en el que vive. Siendo así también se entenderían muchas cosas...

Hoy, como un niño divisando la realidad, desnudo mi Alma. Desnudo mis sentimientos.

¡Pobre viejo!, amenazado por tantos males. ¡Y pobre niño!, amenazado por tantas vivencias que aún le quedan por vivir.

Hoy quiero desnudar mi Alma. Hoy deseo mirar muy dentro de mi existencia.

Quiero teñir de colores mis actos. Mis acciones. Mis pasiones y, por qué no..., mis miserias.

La vivencia rebelde y de cobardía se plasma en mí de negro, de oscuro. Sin Luz.

La vivencia de Amor se tiñe de rojo anaranjado. Como dice un poeta cuando al luminoso atardecer le escribe.

La vivencia intermedia, de pasividad, se tiñe de gris. No intenso, sino un gris medio azulado.

Éstos son los colores de mi Alma.

Y los destellos frágiles un día, casi apagados otro y luminosos alguno intentan expandirse y tocar los rincones más apartados.

Ése es el Alma que está en este cuerpo anciano.

Y alguien puede decir: «Tú eres comprensivo, tú eres amoroso. Todo en ti desprende dulzura, como alguien ya me ha dicho».

Y yo hoy contestaría:

«¡Qué equivocado estás!, hijo querido.

Cuando estás entre el árbol espinoso siempre te penetra algún agujijón y tú lo clavabas si saber a quién ni cuándo.

Cuando estás en la experiencia, en la rueda de la experiencia, sometido a muchas contradicciones, a muy diversas vicisitudes, es difícil, casi imposible, mantener siempre postura positiva.

Y yo, hoy, cercano el día de mi partida, quiero ser sincero conmigo mismo.

Bien sé mi procedencia. Bien sé de donde vengo y a dónde voy. Bien sé quién soy. Pero muchas veces, perdido en la distancia, termino perdiendo también aquel recuerdo que un día fue nítido y que hoy, con el paso de los días, ¡se vuelve tan lejano!»

Y más tarde, el viento corre entre esto o aquello. Esto o aquello cobra vida; y el que viaja en el viento encuentra diversas situaciones.

Familia de clase media. Media, tal vez media alta.

Trabaja ella. Despacho con mesas aparentes, con adornos, con mandos. Ella da órdenes.

Trabaja él. Oficina elegante. Puesto elevado.

Muy ocupados diariamente. No visitas a comedor conjunto.

Cada uno, vislumbrando soluciones particulares en sus proyectos, encauzan el vivir de cada día por separado.

Y allá, en la casa, un hombre llega y llega una mujer.

Es ya muy tarde y pocas palabras cruzadas. Poco calor de hogar.

Y aquel muchacho, casi un niño, un hijo traído al mundo con el amor demostrado en otro tiempo, pide clemencia a la vida. Pide un «¡alto!», quiero decir algo.

Pero...

Quebraderos de cabeza en él y en ella.

Ensalada rápida sobre la mesa, en la cena. Y mientras se ingiere el alimento, montones de apuntes y revistas de economía para él y para ella.

Y un hijo adolescente pide que se pare el tiempo cuando surge la pregunta de sus labios, esperando que llegue de sus padres esa respuesta de amor y de atención que tanto desea.

Casa colmada de detalles. Colegio de elite. Juegos y distracciones por todas partes, pero falta de atención. Falta de ser escuchado; y entre ellos, no comunicación y un frío inundando la estancia.

Y un grito en el aire.

Corazones vagabundeando sin la unión del somos uno. Y un hijo aprendiendo a ser hombre con el cobijo de la soledad.

Una mirada a las estrellas y una esperanza en el despertar.

Y en el viaje de la vida, alguien mira cómo multitud de personas intentan ser felices entre playas arenosas, carreras de caballos, competiciones deportivas...

Todo color. Gritos, besos, susurros, aplausos y momentos de evasión.

Y hoy, en este instante, un «¡alto!» en la narrativa. Un «¡alto!» en las historias de la vida.

Un pensamiento hacia el mañana de unos hijos, aún jóvenes hoy.

Calidez de mirada, ternura, sinceridad.

Deseo tanto que esto no muera nunca en vuestra vida...

Palpitante incertidumbre hacia esa otra época a la que todavía no habéis llegado.

Pensamiento en unos brazos sin final, abarcando el tiempo. Pensamiento en ese mi abrazo imperceptible, arrojando vuestros futuros sentimientos, cuando vuestra vida lllore.

Tiernos corazones hoy.

Surgirá un mañana con la dificultad de la existencia. Y un anhelo surge en mí: debéis convertir cada momento en provechoso aprendizaje.

Llegará el día en el que sentiréis soledad, pues aunque no exista, existe muchas veces en el corazón del que vive.

Debéis arroparla con la caricia de la esperanza. Nunca debéis desfallecer ante la adversidad, pues esta no es cuando la mente intenta aliviar el dolor.

¿Depresión? Nunca.

Cuando veáis atisbos de hundimiento, un hundimiento producido por el peso de la vida, levantad los ojos con una limpia mirada. Con la fuerza de vuestro esfuerzo, elevaros trazando un círculo libre sobre el problema. Un círculo en donde quede plasmada vuestra valentía.

Nada deber hacer que caigáis en la desesperación.

Nunca toda una vida es fácil.

Nunca toda una vida es difícil.

Siempre, en las vivencias existe un compendio de las dos.

No paséis la vida en un lamento por no haber sabido sortear un obstáculo.

Mirad el siguiente y afrontarlo con valentía y rectitud.

Siempre conducta recta, mirando con franqueza. Sin tener que esconderos.

Pienso tanto en vuestra unión futura... A menudo os he hablado de mi idea de la trascendencia. Lo que realmente perdura.

Hoy, eso ya asumido por vosotros, quiero deciros cuánto deseo que uno y el otro y el otro permanezcáis siempre unidos por el sentimiento de Amor. Por el recuerdo de la vivencia pasada en compañía. Con un padre y una madre abarcando vuestros desvelos.

Hijos, deseo tanto que vuestro tierno corazón hoy no endurezca nunca...; sería nuestro triunfo. Vuestro triunfo ante la vida.

Extender la mirada, mirando y observando la vida. Participando, conociendo y, sobre todo, creciendo.

¿Poder? ¿Rango elevado? ¿Éxito? Puede ser porque surja, pero no centréis vuestra vida en conseguirlo.

Hijos, estos pensamientos no son una despedida, simplemente es el consejo de una madre que desea lo mejor para vosotros.

Y allá a lo lejos, cerca de la Gran Avenida, en un piso elevado, una mujer.

Rellano de la escalera. Abierta una ventana, mira al vacío.

Mediana edad, ojeras pronunciadas, siniestros pensamientos. Y un grito en el aire.

Sentimientos ya perdidos por el intenso sufrimiento de años y años.

Una idea. Una idea fija de no vivir.

Alguien saliendo de la puerta del cercano ascensor, y un sobresalto para aquella que espera el momento.

—Buenos días.

Un hombre anciano, de mirada azul, suavidad de modales, elegante porte.

Silencios por respuesta. Ausencia.

—¿Me puede decir si vive aquí alguien a quien busco?

—No lo sé. Yo no vivo en este edificio.

—¿Puedo preguntarle qué hace ahí con la ventana abierta?

—Espero.

—Las personas suelen venir en el ascensor o por la escalera, pero es difícil que alguien venga volando.

—Ya lo sé. No espero que venga alguien volando.

—Es que, como mira tanto hacia fuera...

—Oiga, haga el favor. Toque en el timbre de esa puerta y pregunte por el que busca. Le agradecería que me dejara en paz.

—Verás, es que no tengo prisa. Como veo que estás aquí sola, te hago compañía hasta que llegue alguien.

A mi edad ya la prisa se acaba. La prisa es sinónimo de vida activa; y a estas alturas ya todo está hecho.

Prisa deberías tenerla tú. Porque seguro que alguien te está esperando.

—No. Nadie me espera.

—Pues si eso es verdad, no te importará venir conmigo a la calle. Daremos un paseo. Creo que eso sería beneficioso para los dos.

—Oiga, si busca un «rollo», no soy la persona adecuada. Y créame, usted ya no está para andar por ahí haciendo tonterías.

—No, hija. Entiendo que puedas pensar eso, pero yo intento que tú vengas a dar un paseo. Que vengas a sentir la vida en el cercano parque. Que vengas a ver aquel rayo de sol que parece asomar entre las nubes.

—Mire, señor, estoy desesperada. He venido aquí para poner fin a todo, así que haga el favor.

—Quiero ayudarte.

—Pues márchese. Así me ayudará.

—Antes dime: ¿es posible que exista algo tan importante que te haga morir? ¿Es posible que huyas al otro lado por no saber hacer frente a lo que debes vivir en éste?

—Tengo problemas de todo tipo. Problemas familiares, de dinero, afectivos, de ausencias...

¿Para qué voy a seguir viviendo? Pero tengo miedo. Dicen que quitarse la vida es de cobardes. Yo creo que quitarse la vida es de valientes porque no me atrevo a lanzarme al vacío, como era mi intención.

—Pienso que quitarse la vida ni es de cobardes ni es de valientes. Simplemente es de alguien que no afronta la realidad.

Mira, hija mía, la vida está plagada de sinsabores. Está llena de obstáculos. Está llena de sensaciones desagradables.

Pero también tiene muchas cosas hermosas que debes buscar y disfrutar. Y sobre todo tiene esperanza.

No pienses que las circunstancias carecen de solución. Cuando ves ese cielo negro, lleno de oscuridad, seguro que resulta difícil para ti imaginar un nuevo día de sol.

Pero el día de sol llega a veces en el mismo día de oscuridad. Y todo pasa.

Nada hay tan importante como para que dejes de vivir prematuramente.

Las vivencias son necesarias. Y vuelvo a decirte, también por encima de todo está la esperanza.

—Es que usted habla así porque no conoce realmente mi vida.

—¡Conozco tantas penalidades!

—No todos sabemos afrontar los problemas de la misma manera.

—No te imaginas todo lo que puedes afrontar en tu vida.

—Tengo la sensación de que nadie me quiere.

—Yo también. Yo también he tenido el mismo sentimiento muchas veces.

—Recibo malos tratos continuamente.

—Eso es motivo para buscar soluciones, pero ésta no es la solución.

—No tengo un duro. Es más, todo son deudas. El timbre no deja de sonar. Yo me avergüenzo y, además, no sé hacer frente a esa situación.

—Nada diferente a lo que le ocurre a mucha gente. Pero aun así siguen viviendo, porque es la obligación.

Debes pensar que existirá un mañana en el que el timbre de la puerta deje de sonar.

—No creo que llegue a suceder.

—¿Y para qué está la esperanza? Hija, vive esperanzada. Afronta las situaciones.

—He dejado una carta escrita en casa. Seguramente que a estas horas alguien ya la habrán leído.

—Pues vete a decir que esas palabras de despedida jamás volverán a tus pensamientos.

—Posiblemente les dé un disgusto cuando me vean aparecer.

—Posiblemente, o tal vez no sea así.

—Mi hija está siempre en continua lucha conmigo. Creo que no me quiere. Es más, pienso que se avergüenza de mí.

—Pues no veo ningún motivo para que así sea. A menudo, la fantasía de las situaciones hace que les demos tintes reales, no siendo así.

Puede haber un momento de odio por su parte y también por la tuya. La convivencia diaria es difícil y existen momentos ciertamente de gran tensión. Pero el cariño hacia ti por parte de ella es seguro que está por encima de todas esas cosas.

—Es que yo paso el día demostrándole lo importante que es para mí, y parece que no me escucha.

—Dices que es muy importante para ti y ¿habías decidido dejarla para siempre?

—Sí, es por su bien.

—No puedo entenderte. Es por su bien y dejas todos los problemas para ella...

—Estoy tan desesperada.

—No debes desesperarte nunca. Nada es tan importante como para eso.

—Dime, ¿quién eres?

—¿Quién soy? Mirada fija en aquella nube que avanza guiada por el viento.

—¿Qué importa quien soy. Y tú, ¿sabes quién eres tú?

—Sí. Una desdichada mujer.

—No, hija. No.

Tú eres la incomprensión de la vivencia.

Tú eres la desesperación en busca de salida. Una salida no acertada, afirmo yo.

Tú eres esa mujer que se ve infravalorada, aunque tal vez no sea así.

Eres el abandono de sentimientos por la fijeza de una acción.

Eres la mujer que se calla a menudo sus problemas sin hacer partícipe de su dolor a aquellos que comprenderían el desesperado sentimiento.

Eres hoy un mujer perdida en su propia desesperación.

Pero, querida amiga, que no te pese la vida. Que no te pese el dolor. Comparte tus penas y alegrías. Siempre hay alguien deseoso de escucharte. No tengas miedo.

Libérate de temores. Ahuyenta los desvelos. Intenta calmar ansiedades y busca soluciones con la cabeza erguida. Con tu cuerpo recto y la mirada fija en el horizonte. En el horizonte de la Vida.

Sollozos, lágrimas y el convulsivo cuerpo cobijado en el hombro del anciano, acallando tanta pena.

Momentos, tal vez horas. Silencios, tal vez gritos callados. Intentos de ver aquellos ojos de mirada azul, pero las gotas lacrimosas nublando la percepción.

Y dos personas, con distintas vivencias y con la palabra esperanza entre los labios, emprendiendo la marcha. Una marcha hacia la salida del edificio. Una marcha hacia la soleada mañana.

Caminos y caminos tejen las diversas historias. Tejen la novela de la vida.

Mañanas, tardes, noches. Amaneceres, ansiedades. Despedidas, muerte.

Y otra vez el joven Ignacio, pregunta sobre la vida y la muerte.

—Otis, ¿qué significa la muerte para ti?

—Significa la Vida.

—Para mí es el fin. Aunque piense que existe un «más allá», es el fin de mi entorno, de mi vivencia, de todo lo que me rodea.

—Sí y no. Mira, tú a menudo no estás de acuerdo con las situaciones que tienes que vivir y te lamentas de muchas cosas; de la incomprensión, de la falta de armonía, de la falta de Amor...

Te lamentas. Me has dicho en más de una ocasión que la vida es un desastre. Dices que existen situaciones tan injustas.

Y tienes razón en muchas cosas. ¿Pero por qué te apena tanto abandonar algo que te agrada tan poco?

—Porque no me agrada demasiado el mundo, pero amo a muchas personas.

—Precisamente, a las personas no deberás abandonarlas.

—¿Cómo?

—Quiero decirte que la ausencia tanto para el que se va como para el que se queda es temporal.

Todos volveréis, todos volveremos a estar unidos allí.

—Mira, eso me parece un cuento chino. Resulta que seremos una gran familia. Todos juntos.

—Seremos una gran familia.

—Pero bueno, ¿te das cuenta?, eres un cabeza hueca. Y yo que llegué a pensar que tenías cordura y sabiduría.

—Verás, un día te dije que la rueda de la vida dejar de girar para permanecer.

Cuando deje de girar, todos estaremos unidos con EL.

—Pero es absurdo. ¿Qué va a pasar? ¿Moriremos todos en un cataclismo?

—No. La rueda girará en la evolución. Y cada uno de nosotros forma la rueda de la existencia.

Cuando deje de girar será porque ya todos habremos alcanzado el grado suficiente para la permanencia.

—Pero unos tendrán que esperar mucho por los otros. Porque los que llevan allí años y años...

—No tienen ninguna prisa. La espera aquí puede traer consigo la ansiedad de la llegada. Pero allí, esa ansiedad no existe.

Tampoco existen los minutos ni las horas, porque no existe el tiempo.

—Genial.

—Pues sí. Genial.

—¿Sabes tú por qué el tema de la muerte, en la tierra, es bastante tabú?

—Pues es la única realidad para el que vive. Tú, a lo largo de tu vida tienes muchas posibilidades y pocas realidades.

Quiero decir que es posible que tengas buena salud o no. Es posible que termines tu carrera o no. Es posible que te cases con Diana o no.

—Espero que sí.

—Yo también lo espero. Es una gran chica.

Sigo: todo ello son posibilidades que pueden o no hacerse realidad. Pero la verdadera realidad es que te vas a morir algún día.

Cuando se tiene un miedo atroz a algo, como le ocurre a gran cantidad de personas con la muerte, se evita hablar de ello.

—Yo, más que a la muerte le temo al dolor.

—Es un sentimiento muy común. El dolor puede controlarse cuando estás acostumbrado a controlar tu mente.

Si tu mente está convencida de su poder, ten la seguridad de que el sufrimiento será mucho menor.

—Depende, porque recuerdo en una ocasión, siendo niño, algo muy curioso.

Estaba en clase de no recuerdo qué..., sería... Historia. Sí, creo que sí, porque era una asignatura para estudiar mucho y a mí me gustaba muy poco. Pues a lo que iba, yo le dije al profesor que tenía un gran dolor de cabeza y me puse muy en mi papel.

Sabrás mi asombro cuando al cabo de unos minutos tenía un dolor de cabeza tremendo. Vamos, que aquella mentira se hizo una realidad muy a mi pesar.

Quiero decir que si no guías bien la mente puedes incrementar el dolor.

—Siempre deberás ser consciente. Debes saber lo que quieres y de qué huyes.

Cuando te encuentras en una situación dolorosa para ti, pide siempre que tu mente envíe mensajes positivos.

Es seguro que tu vida será más luminosa. Será más positiva.

—Otis, si tuvieras una enfermedad terminal, ¿desearías saberlo?

—Yo lo sabría. Bueno, quiero decir que sí.

—Supongo que no tendrías miedo.

—No, hijo. Yo a eso no le temo porque sé que la vida, la verdadera Vida, no está aquí.

Y tú, ¿tendrías miedo de saber?

—Sí.

—Eso es porque todavía no crees mis palabras. Si tuvieras confianza en mí no tendrías miedo.

—Yo tengo confianza en ti.

—Sí, pero a menudo no crees muchas cosas. Dime, nunca has experimentado algo cuando personas cercanas a ti fallecen?

— Sí. En dos ocasiones, pero no acostumbro a contarlo, porque, ya sabes...

—¿Quieres contármelo a mí?

—No hay mucho que decir.

Me resulta algo curioso una vez en que yo estaba dormido. Eran las doce menos cuarto de la noche.

A esa hora, algo me despertó. Algo como una ráfaga eléctrica.

Después pude saber que exactamente a esa misma hora falleció un querido primo mío.

—No es nada extraño. Él ha querido despedirse de ti, a la vez que intentaba hacerte ver que la vida continúa.

—En otra ocasión, bastante más reciente, estaba sentado en un sofá. Era verano.

Mi madre tiene en el salón un centro con flores secas. Pues bien, las flores sonaban, aunque no se movían.

También la coincidencia. A esa hora, exactamente las diez menos cinco de la noche, falleció una hermana de mi padre.

—Son vivencias que hablan de Vida, y no de muerte. ¿Te das cuenta?

—Sí. La verdad es que es algo que me ha hecho pensar con frecuencia.

—Pensar es necesario, querido amigo. Pensar es crecer.

—Querrás decir pensar en positivo es crecer.

—Yo siempre hablo de pensamientos positivos porque quien piensa en negativo, deseando males, realmente no piensa.

—Entonces, Otis, ¿tú quién eres? ¿Por qué conoces tanto? ¿Por qué eres tan especial?

—¿Quién soy...?

Conozco porque recuerdo. Conozco porque mi situación en la tierra no es como la de la mayor parte de las personas.

Unos nacen altos; otros, bajos. Unos, rubios; otros, morenos... Unos nacen para unas determinadas vivencias y otros, para otras.

Yo tal vez he venido para estar ahora contigo hablándote de muerte. O mejor, de no muerte.

Conozco porque la cortina que separa esta vida de la Vida no existe para mí.

Dices que soy especial. No, hijo. Yo no soy especial, es especial mi circunstancia.

Yo, muy a mi pesar, aun teniendo acceso al aquí y al allá cometo errores.

Y hoy, querido Ignacio, quiero que sepas que los errores son cometidos por todos los caminantes de la vida. Por lo tanto, cuando los cometas no pases el tiempo mirando aquella acción. Debes levantar tu ánimo y emplearlo en la búsqueda positiva.

—Si tú tienes acceso a la tierra y al cielo, siendo consciente, dime, ¿qué buscas aquí?

—Intento hablar de aquel otro lugar. Intento calmar ansiedades y apagar la sed de muchos que no encuentran manantial.

—Oye, voy a hacerte una pregunta que no sé cómo vas a tomar. Por favor, no te enfades conmigo. Dime, tú... tú... ¿eres ÉL?

Momentos de silencio. Momentos de miradas profundas. Momento de mirada al cielo y a la nube y al firmamento entero.

—No, querido amigo, no más que tú.

Te he dicho que todos formamos parte de ÉL, pero sólo ÉL es ÉL.

Yo miro el otro lugar, el lugar de la llamada muerte, que no es tal. Yo vengo de allí, pero existen distintos estados hasta que llegas al lugar que yo te he dicho, en donde los colores son colores.

En esos diferentes escalones de la existencia, unos hemos llegado más arriba que otros.

Los que ocupamos un lugar en donde el conocimiento abarca grandes conocimientos debemos bajar para ser un rayo de luz, un rayo de esperanza para los que viven en el frío manto de la tierra.

—Y yo, ¿en qué escalón de existencia estoy?

—A lo largo de tu vida, a través de tus vivencias sabrás el lugar que te espera al regreso.

—Oye, ¿sabes qué es lo que me espera a mí en la vida? ¿Tienes conocimientos referidos a las vivencias venideras en la tierra?

—Yo tengo conocimientos, tengo los conocimientos necesarios. Los que debo tener porque me fueron dados.

Pero, que yo sepa, no quiere decir que sea necesario que tú sepas, sino que debes de saber lo que debes saber.

Y debes saber que no debes temerle a la vida. Debes saber que debes de evolucionar hacia el Amor.

Silencio. Momentos de silencio y al final:

—Pensamientos absurdos a menudo inundan las mentes y respuestas absurdas en respuesta.

Joven de mirada transparente, nunca hables sin pensar y muchos de tus pensamientos no los hagas saber a no ser que sea necesario.

Medita tus actuaciones sin lanzarte a un vacío en dónde nada se aloja.

Alienta con tu buena actitud las actitudes ajenas.

No desprendas odios ni rencores que empañarían tu tierna mirada.

Joven, que no te invada el temor, que no te pueda la oscuridad, que no se encoja tu Alma.

Que tu Alma siempre esté dispuesta hacia aquel que la necesite.

Agridulce es la vida y a menudo sólo agria. Pero no contribuyas a engrandecer el amargor y endulza corazones con tu forma de actuar.

Joven, tú que te interesas en aprender, intenta que otros aprendan y comprende al que desea seguir en la ignorante sombra. Nunca fuerces a nadie hacia un lugar adonde no desea ir.

Piensa en las hoy modernas batallas callejeras.

¿Qué pueden albergar los corazones de los atacantes?

El vacío. Y el vacío alberga nada. Y el corazón en la nada carece; y, por lo tanto, el corazón como fuente de Amor no está y actúan guiados por la no bondad.

Un día, la banda callejera llegará a mirar, pero para algunos ese día se pierde en el tiempo de la futura existencia.

Joven de gloriosa intuición y juicio armonioso, yo quiero cantarte hoy canciones que hablan de amistad sincera. De atención al otro. De enrojecimiento facial ante cualquier circunstancia en la que salte tu corazón.

Hoy quiero cantar la canción del Amor que alberga la mayor parte de la juventud en sus jóvenes sentimientos.

Hoy quiero cantar un canto de esperanza a esa perdida juventud, en donde mi canción y su canción sean una.

Joven, no escuches cuando oigas hablar de mala juventud.

Los jóvenes sombríos son una minoría ante vosotros, luminosos sonidos de la existencia.

—Otis, creo que hoy me siento valorado. Oye, Otis, tú..., tú que tanto nos valoras, tú que tanto nos defiendes, tú que tanto sabes escuchar, déjame escuchar a mí. Déjame escuchar quién eres tú.

—Quién soy yo...

Soy ese algo que mueve las hojas y despierta corazones.

Soy la pasión de los armoniosos y la vibración del Amor.

Soy aquella barca que aparece cuando el embravecido mar revuelve las olas y aquel que se ve hundido asía su mano a ella y no naufraga.

Soy la expresión triste de la nube cuando llega al cenit la tormenta.

Soy la antorcha que abre senderos en la distancia de la montaña hacia el camino.

Soy el amanecer de la esperanza.

Soy el que te dice que no tengas miedo porque el miedo no aloja realidad; y la realidad que yo quiero que tú sepas no puede inspirar miedo, sino seguridad.

Soy, tierno amigo, un amigo que desea con todas sus fuerzas que el rechazo a la violencia, al odio y a la maldad surja de los corazones y, sobre todo, surja de los jóvenes corazones que serán pilares de la futura sociedad.

Huye, querido amigo, de los fanatismos, las sectas, las dictaduras espirituales y evoluciona espiritualmente con el Amor y el deseo de amar cuando no ames.

Y tú me preguntas quién soy...

Sonrisa aprobatoria ante el que ve.

—Soy tu amigo y por ti me esfuerzo y me preocupo y soy feliz cuando veo felicidad y sufro en la tristeza cuando existe tristeza.

Tú serás amigo del mundo, yo lo veo; y no te importe que ése o aquél sea del norte o del sur, del este o del oeste. Y no solo tú serás amigo del mundo, sino que algún día el mundo será amigo.

No tengas miedo de los presagios fatalistas para el final del milenio.

No acabará este viejo mundo que gira y gira hecho jirones por el deterioro, pero él no sucumbirá. No debéis temer.

Pero sí el renacer debe de existir y los corazones perdidos deberán intentar que la semilla de la flor germine y que la joven primavera inunde al hoy otoñal estado de la vida.

—Otis, hoy veo en tus palabras una partida. ¿Vas a marcharte? ¿Nos vas a abandonar?

—Tal vez por un tiempo, pero yo seguiré existiendo.

—¿Ya has terminado tu viaje por la vida?

—Tal vez.

—¿Y hasta hoy todo ha sido como debería haber sido?

—Aún no lo sé. Es posible que pronto lo sepa.

—Cuando te vayas, ¿me harás una señal desde el cielo?

—Sí. Sí, si realmente lo deseas.

—Otis, sentirá pena por tu partida.

—Yo también, Ignacio. Yo también. Pero debes recordar la unión en el más allá.

No te desesperes. La esperanza siempre debe mantenerte en pie.

—No sé que va a ser de mí ahora sin mis largas conversaciones contigo.

Sé que vas a estar mejor que aquí, pero es que creo que nos haces mucha falta aún.

—Os seguiré ayudando. No estáis solos. No debéis temer. Desde el otro lugar se ayuda, aunque a menudo no cuente para el que debiera contar.

—¿Qué quieres decir?

—Alguien pide ayuda. Esa ayuda llega; y cuando llega existe la no valoración, tornándola en casualidad.

—Tienes razón. Otis, te ruego que me perdones, espero que nos perdones a todos por haber dudado de ti. Por haber dudado de tu buena intención.

—Hijo, en vuestro lugar yo también habría dudado.

Hijo del bien, no me olvides y alumbrá corazoncitos.

Miradas clavadas en el solitario guijarro de aquel camino tantas veces paseado por los dos.

Asociación de ideas, asociación de criterios, y lágrimas derramadas por unos ojos brillantes, llenos de vida. Otros, secos ya por el paso de los días, experimentando pena no vierten gotas. Porque sus llantos, no derramados ahora, serán vertidos más tarde entre la roca, dando vida al ardoroso manantial. Un manantial que calmará el desaliento, la incomprensión y la falta de carrizo.

Un manantial, allí junto a la montaña, en donde el caminante desea beber el agua cristalina. Y en ese sorbo, la Vida inundará la vida.

Desaliento de despedida. Desvanecimiento de alegría e inundación de pena.

Intentos de no más lágrimas. Intentos de mirar hacia no sé dónde, y más lágrimas surcando las mejillas.

Adiós a aquel amado amigo; hola a la enseñanza y ensueños del mañana.

Acariciado recuerdo y almacenamiento de lecciones, pero pena en el sentimiento.

Nubes en el cielo, y una hoja revolotea movida por el viento.

Presagio de tormenta, pero no tormenta. Cambio de sentido, y el viento alejando las nubes. Las negras nubes.

Corazón palpitante y un aire suave, casi viento, secando sus lágrimas.

Sentimiento conocido. Aroma familiar. Inspiración profunda y llenos de aire los pulmones.

La Vida penetrando en la vida y, ya, una mueca de sonrisa inundando el rostro de aquel joven.

Y por fin, la respuesta a la pregunta de ¿quién eres tú?

La no duda inundando la tarde y un gozo al viento y un gracias al aire.

No más nostalgia. No más lágrimas.

Partida que quizás no fue partida, sino llegada del que nunca llegó a partir.

Pasados unos días, la ausencia de Otis no desvanecía su presencia en el corazón. Ignacio soñaba muchas veces con el lago. Un lago en otro tiempo adornado por un puente, su puente de salvación para no sucumbir entre las aguas, como pensaba, temiendo al agua.

Hoy, ya vacío de puente, disfrutaba pensando en su frescor.

Y una tarde, una tarde de final de verano, Ignacio y Diana iniciaron un paseo por el adorado valle en donde Otis vivía en armonía perfecta con el entorno.

Hoy todo parece saludarles. Hoy todo parece hablar de él.

Enardecida presencia presidiendo un valle en donde la luz empañaba la oscura sombra dibujada por los que se encumbran en medio de aquella ladera.

Esperanzados abetos intentan avisar de que sus rojos adornos no lucen hoy. Pero saben que el frío invierno traerá su flor, dando la nota de color cuando los demás colores no están.

Sonidos ausentes. Hoy no pronunciados.

Existe en el valle quietud. Y una presencia presente en el pensamiento de Diana y de Ignacio.

Sentados en el suelo, repartiéndose caricias mutuamente. Muestras apasionadas. Muestras a menudo interrumpidas por Otis cuando estaba cerca.

No comprendían cómo aquel hombre podía ser tan inoportuno en muchas ocasiones.

Pero hoy, aún con la pena presente por la ausencia de unos días, porque algo les hacía presentir que la partida ya había sido, daban rienda suelta a sus demostraciones

No. No. No habían visto su cuerpo muerto, ni nada parecido. Pero Ignacio, el último día que estuvo con él vio en los ojos y en las palabras del anciano una despedida.

Pasaban momentos y momentos y ...

Un sonido cercano avisando de una llegada.

Contrariedad. ¿Será posible que siempre estuviera presente alguien en el momento menos oportuno?

Ignacio, de un salto, puesto en pie, mirando en la dirección de los sonidos, decía algo. Susurraba contrariado algo que ni siquiera el viento oyó.

—Nacho, ¿es Otis?

—No, no lo es.

—Por un momento he pensado que era él. Pues entonces, ¿quién viene?

—Un grupo de personas.

Diana, a su vez incorporada, ya puede ver. Pudo ver, muy cerca de ellos, caminando por un sendero ¿una familia?

Unos hombres y mujeres tranquilamente hablaban. Unos niños corren de aquí para allá mientras se ríen y comentan algo.

Abrían los brazos y dando vueltas sobre sí mismos trazaban círculos hasta que más tarde caían desplomados. Tal vez mareados.

—Hace calor, ¿verdad?, alguien dice, dirigiéndose a los jóvenes.

—Sí, bastante.

—Bueno, es lo propio. Es el momento de bochorno.

—¿Estáis perdidos?, dice otro integrante del grupo.

—No. Conocemos este lugar.

—¿Es que sois de por aquí?

—No, pero lo conocemos bien.

—Pues nosotros vamos para casa. Venimos de recoger hierba del pueblo vecino. Nos pagan algo y eso significa poder vivir.

—Como podéis ver, no somos de aquí pero llevamos viviendo varios años por estos lugares.

¡Claro que no eran de aquí!, pensaban Diana e Ignacio.

Estaba clarísimo, eran de color. No exactamente con negrura ni rasgos muy marcados, pero se veía claramente su procedencia.

—Vamos a sentarnos un poco con vosotros. Parecéis asustados, pero no tenéis motivo.

—Perdonen si les hemos dado esa impresión. No estamos asustados en absoluto.

—Mirad, hemos traído algo de comer. Podemos merendar todos juntos. No es que hayamos elegido este lugar hoy, sino que es en donde solemos hacer un alto cada vez que venimos de retirada.

Diana e Ignacio cruzaron una mirada, una mirada de sorpresa. Sintieron que no podían negarse a aquel ofrecimiento; y por fin:

—Bueno, será un placer. La verdad es que ya comentábamos que empezábamos a sentir apetito.

—¡Venga, venga!, dejad ya de correr. Vamos a merendar dijo alguien a aquellos niños que parecían no cansarse nunca.

Una cesta de mimbre que uno de los hombres portaba colgada en un palo, a sus espaldas, bajo al suelo cogida por una mujer. Con sumo cuidado. Como si lo portado fuera cristal y porcelana.

Comenzaron a sacar de aquel gran recipiente diversos envoltorios.

Algo cuidadosamente envuelto en un papel que dejaba entrever restos de grasa.

Pan de hogaza. Un pan redondo con una hendidura en el medio. Muy tostado.

Algo parecido a una empanada hacia las delicias olorosas en el lugar, sustituyendo a los aromas de los lirios y de las rosas silvestres que adornaban el campo.

Y envoltorios y más envoltorios que cada uno iba deshaciendo poco a poco. Viviendo el momento.

Y hablando amigablemente, se sintieron conocidos desde siempre. Se sintieron en armonía con el entorno. Con los comensales y con la empanada..., sabrosa y olorosa.

—Está buenísimo, dice Diana mientras masticaba aquel bocado delicioso.

Ignacio, asintiendo con la cabeza, no pronunciaba palabra afanado en llenar su estómago.

El grupo estaba formado por cuatro personas de mediana edad. Dos hombres y dos mujeres.

Un chico de unos veinte años y tres niños. Los juguetones niños.

Todos con idénticos rasgos intensamente morenos y un acento peculiar por parte de los más adultos.

—Pues sí. Nosotros vivimos detrás de este valle desde hace ya bastantes años. Y esto es para nosotros nuestra vida.

No tenemos mucho, pero trabajamos aquí y allá, y qué quieres..., somos felices.

—¿Habéis dicho que sois felices?, dice Ignacio sorprendido.

—Sí, somos felices asintieron.

—¿Y qué es para vosotros la felicidad?, dijo Diana.

—Es... valorar este momento, por ejemplo balbucea el joven del grupo.

Es, cuando... si las gallinas que tenemos en el gallinero no ponen huevos, pensar que mañana los pondrán.

Y es salir de casa y encontrar lo que te rodea. Es... cuando tienes que dormir en un jergón en el suelo, pensar que el suelo te acoge y que el techo te libra de la tormenta y de la lluvia.

—Pero tendréis momentos de tristeza y de amargura, comenta Diana.

—Sí. Pero Otis nos ha dicho que en esos momentos nos debemos de sentir flores acariciadas por el sol. Dice que eso te hace feliz. Y dice que cuando vuelves a la realidad ya todo es distinto.

Atónitos ojos de Diana. Atónitos ojos de Ignacio, que no dan crédito a lo que acaban de oír. ¡Ellos también conocen a Otis!

—¿Qué sabéis de Otis? ¿Es que Otis os ha visitado? ¿Cuándo le habéis visto por última vez? ¿Pero qué hacéis callados? ¿Es que no podéis contestarme?, preguntó Ignacio.

—Sí, cuando nos dejes dice alguien del grupo.

—Veréis, Otis es un anciano...

—Eso ya lo sabemos. ¿Y que más?, casi llegó a gritar Ignacio.

—Digo que Otis es un anciano muy amigo nuestro. Pasa mucho tiempo con nosotros. Dice el joven del grupo.

—Y con nosotros también, comenta uno de los niños.

—A mí, el otro día me dijo que si en la escuela me llamaban negro que les contestara que las flores tienen distintos colores y que los hombres también.

Y me dijo que dijera que las flores no tienen mejor ni peor aroma por ser de un color o de otro.

Y me dijo que dijera que no siempre las flores más bonitas son las más claras.

—Sí, es cierto, eso nos lo ha dicho Otis muchas veces dice un hombre.

—Además, cuando llueve, las más claras se estropean antes.

—Niño, eso no lo ha dicho Otis le recrimina aquella que parece ser su madre

—¿Pero podéis decirme cuándo lo habéis visto por última vez?

—Le hemos visto hace apenas unos días... No sé, tal vez una semana.

—Por favor, si volvéis a verle tenéis que decirle que Ignacio le necesita.

Tenéis que decirle que debe de ir a verme. Que quiero volver a hablar con él. ¿Se lo diréis?

—Claro. Se lo diremos. Posiblemente hoy mismo. Él acostumbra a esperarnos algunas veces cuando regresamos de las faenas.

—Bien. Gracias. Gracias por ser como sois. Yo también pienso igual que Otis. Creo que las flores son hermosas sin más, independientemente del color, dice Ignacio.

Se deshace el grupo y cada cual emprende el camino de vuelta. Un día intenso. Un día para no olvidar.

Y las noches y los días se suceden. Uno tras otro. Uno tras otro.

Silencios de respuestas. Miradas por todas partes. No alguien. No ese alguien buscado con tanto anhelo.

¿Pero qué tiene ese anciano?, se preguntaba Ignacio a cada paso.

Y su corazón le dice: «Vida. Él tiene Vida y la reparte.

Experiencia. Tiene experiencia y dice.

Amor. Tiene Amor y desea que el Amor viva en el que vive.»

Fin de verano. Comienzo de nuevo curso, comienzo de vida cotidiana.

Camino de su casa, pisada la alfombra seca que yace en el suelo.

Un otoño. Un otoño nacido de la ausencia de verano. Y el sonido acompasado de unos pasos dirigidos hacia el domicilio familiar, por el habitual camino.

Sonido de hojarasca bajo sus pies. Sonido de despedida de aquellas aves diciendo adiós. Diciendo que volverán la próxima primavera cuando el sol comience a calentar.

Ignacio, deseando también partir en el vuelo del aire, esperando llenar el hueco de la ausencia, miraba la vida cuando empieza a decir adiós.

Y la mirada baja hacia el camino. Un camino que conduce al hogar.

Ya el día casi se confunde con la noche. Y mirada fijada en alguien que avanza poco a poco. Delante de él.

Pasos conocidos, cuerpo erguido ya no erguido. Sensación de amparo conocido. Sensación de Vida.

Y aquel hombre que toma asiento en la piedra que sobresale en el borde del camino.

Entonces, Ignacio, con la razón centrada en la presencia, con el Alma enfocada en una dirección, con el sentimiento latiendo en su corazón, corre. Corre.

Y una llegada y una pregunta:

—¿Dónde has estado? ¿Cómo has tardado tanto?

Y una respuesta:

—Nunca me he ido.

—Otis, yo hace mucho que te busco. Diana hace mucho que te busca. Te buscamos y tú no estabas.

—¿Has visto la otra noche una estrella fugaz?

—Sí. La he visto.

—Allí estaba yo.

—¿Cómo que allí estabas tú?

—La contemplaba, y mi pensamiento en ese momento se sintió estrella y surcó el firmamento.

—¿Vas a decirme que tú eras esa estrella?

—No. Sólo intento decirte que tu pensamiento puede volar. Tu pensamiento puede hacer que sea lo que deseas que sea.

—Deseo ser un mago. Deseo cambiar tantas cosas... Y ¿ves?, no cambian. Sólo con el pensamiento, sólo con el deseo no cambia nada.

—¡Cuanto te queda aún por aprender, joven amigo!

Edición al cargo de:
NIGRA IMAXE
Martín Echegaray 11, 1ºB. 36309 Vigo
Telf: 986 29 60 49

© Celia Álvarez Fresno
© *Ilustración portada:* Gerardo Marín García

I.S.B.N.: 84-87709-71-0
Depósito legal: As-1523-2003